



UNA MISIÓN ESPECIAL

Debra Webb

e^{lit}

UNA MISIÓN ESPECIAL

Debra Webb



Índice

UNA MISION ESPECIAL

Argumento

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Argumento:

Quizá saliera con vida de aquella misión, pero ya había entregado su corazón...

El especialista John Logan estaba dedicado a su trabajo en cuerpo y alma; era capaz de hacer cualquier cosa con tal de llevar a cabo una misión... aunque eso significara tener que hacer lo impensable: hacerse pasar por el marido de Erin Bailey...

Aquel tipo se había presentado allí en mitad de la noche y le había ofrecido a Erin su libertad a cambio de que fingiera ser su esposa hasta que atraparan a un importante traficante de drogas y armas. Sólo tenía que asumir otra identidad, averiguar todo lo que pudiera sobre el tráfico de armas... y compartir cama con su peligroso «marido».



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Debra Webb. Todos los derechos reservados.
UNA MISIÓN ESPECIAL, N° 58 - julio 2017
Título original: Undercover Wife
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-004-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

—¿Qué hay tan importante que no pueda esperar a mi informe de pasado mañana? —John Logan se dejó caer en una de las altas sillas que flanqueaban el escritorio del director. Ni él ni su compañera de trabajo habían tenido mucho tiempo libre durante los ocho últimos meses. Y aquel pequeño viaje al Distrito de Columbia no había figurado en su agenda de aquel día.

Se obligó a relajarse. Definitivamente, el *jet lag* le estaba afectando. O tal vez fueran los margaritas de la noche anterior. Una sonrisa asomó a sus labios cuando evocó la pequeña fiesta privada que había compartido con cierta señorita. Era una pena que una intempestiva llamada lo hubiera sacado de la cama poco antes del amanecer...

—Tenemos un problema —pronunció Lucas Camp, máximo responsable de la oficina de operaciones especiales. Estaba apoyado en la mesa del director Casey, mirando a Logan con expresión seria.

El tono de su voz devolvió a Logan a la realidad. Se inquietó. Conocía aquel tono. Era el que empleaba para buscar la mejor manera de decirle algo. Fuera lo que fuera, sabía que no se trataría de nada bueno.

Logan se irguió en su silla, revisando mentalmente una lista de posibles opciones y escenarios.

—¿Qué clase de problema?

El director Thomas Casey lo miraba desde el otro lado del escritorio, detrás del círculo de luz que proyectaba la lámpara. Aquel hombre siempre parecía estar envuelto en sombras. Nuevo como era en la organización, ya se había rodeado de un halo de misterio y secretismo.

Logan, todos sus sentidos alerta, concentró su atención en Casey. Algo importante estaba a punto de suceder.

—Puede que tengamos que abortar la misión de Sudamérica. Taylor ha

muerto.

¿Muerto? Logan se levantó. Jess Taylor era su compañera de trabajo. Hacía tan sólo cuarenta y ocho horas habían estado juntos, descansando antes de su siguiente misión. ¿Cómo podía haber muerto? Sacudió la cabeza, negándose a aceptarlo. Tenía que tratarse de un error.

—Nosotros... ella... —le falló la voz. Se recordó que aquellos hombres, sus superiores, no podían mentirle—. ¿Cómo ha sido?

—Sánchez la disparó en la puerta del aeropuerto de Los Ángeles —respondió Lucas—. Sabemos que fue él porque hubo tres testigos presenciales. A juzgar por su descripción, no hay ninguna duda.

Una oleada de rabia lo barrió por dentro. Sánchez, el muy canalla... Debió haberlo matado cuando tuvo la oportunidad. Pero Sánchez le pidió clemencia, jurándole y perjurándole que denunciaría sin dudar a los traficantes de drogas que Mission Recovery llevaba cerca de un año intentando atrapar. Jess se había dejado engañar, cayendo en la trampa. Logan no le había creído, pero se había fiado del juicio de su compañera. Ahora se arrepentía de ello.

Pero no tanto como se arrepentiría el propio Sánchez.

—¿Dónde está?

—Nos estamos encargando de él.

—No, yo me encargaré de Sánchez —lo desafió Logan, tenso.

—Tú ya tienes asignada una misión —le señaló Casey con su tranquilidad habitual.

Thomas Casey era un ser frío, sin entrañas, absolutamente letal. La misión era siempre su máxima prioridad. Así funcionaban las cosas en Mission Recovery, la más importante organización secreta dependiente del gobierno de los Estados Unidos. Había sido creada para subvenir a las necesidades de las otras agencias del gobierno, CÍA, FBI y DEA, en casos de

emergencia que exigieran su intervención. El grupo de especialistas de élite que lo componía había sido entrenado en todos los campos de la lucha antiterrorista y la infiltración. Cuando todos los demás fallaban, uno de esos especialistas entraba en acción. Aquella era una de esas ocasiones. Pero la muerte de Jess lo había cambiado todo.

—Jess está muerta. Ahora va a resultarnos tremendamente difícil culminar esa misión. Ya no tenemos a nadie en el cerrado grupo de Esteban. Y teníamos un acuerdo. Sólo parejas.

—Existe una alternativa —Lucas abrió una carpeta y le mostró una fotografía—. Erin Bailey.

El cabello era rubio en vez de negro, y demasiado largo. Y los labios quizá algo más llenos. Pero, por lo demás, la mujer de la foto habría podido pasar por la propia Jess.

—¿Quién diablos es? —inquirió sin dejar de contemplar aquella imagen.

El delicado contorno de su rostro, la fina línea de la nariz y los maravillosos ojos color azul oscuro eran exactamente los mismos. El parecido resultaba... inquietante.

—Es una hacker, licenciada con las mejores notas, especialista en seguridad informática. Al parecer tuvo ocasión de desarrollar sus dotes como hacker mientras trabajaba como analista para una empresa.

La informática había sido precisamente la especialidad de Jess. El éxito de la misión en Sudamérica exigía un gran conocimiento del mundo de los ordenadores.

—¿Cómo la han encontrado?

—Por puro accidente —explicó Lucas—. Forward Research.

Logan lo sabía todo sobre Forward Research. El grupo estaba compuesto por una docena de hombres y mujeres especializados en reclutar a personas singularmente destacadas en diversos campos. Fue Forward Research quien

descubrió a Logan tres años atrás. En la actualidad era un especialista ya formado, con todos los requisitos mentales y físicos necesarios para formar parte de un cuerpo de élite.

—¿Ya ha sido reclutada?

—No —fue Casey quien respondió a su pregunta—. Primero queríamos conocer tu opinión.

«Claro», pensó Logan, irónico. Sabía perfectamente que su opinión no contaba nada. Si aquella mujer podía servir, la contratarían sin dudarlo.

—Lógicamente no querrás arrojar por la borda una misión a la que Jess y tú habéis dedicado tantos meses —intervino Lucas—. Erin Bailey es nuestra única esperanza de salvarla.

A Logan le entraron ganas de mandar al diablo la misión. Jess estaba muerta. Pero su instinto profesional, arraigado en lo más profundo de su alma, no se lo permitía. La misión era la máxima prioridad. Si Jess hubiera estado en su lugar, habría reaccionado igual.

—¿Dónde está ella?

—En una prisión federal de Atlanta.

Logan volvió a mirar la fotografía.

—¿Qué es lo que ha hecho? —la mujer de la foto parecía incapaz de cometer el menor delito. Un punto en su contra. ¿Cómo se las arreglaría para sobrevivir en el mundo de Esteban, el cerebro de la red de traficantes?

—Ella dice que nada —un brillo de diversión asomó a los ojos de Lucas—. Pero eso es lo que dicen todos los presos.

—Saboteó los sistemas de seguridad de algunas de las mayores corporaciones del país. Y todo ello para favorecer a la pequeña empresa pura la que trabajaba —explicó Casey—. Fue condenada a cinco años. Sólo lleva cuatro meses y al parecer no se está adaptando nada bien a su nueva vida.

Lucas y Casey intercambiaron una mirada de complicidad. Logan estaba seguro de que los problemas que debía de estar padeciendo aquella chica en la cárcel tenían más que ver con Mission Recovery que con una simple casualidad. En cualquier caso, recogió la carpeta y leyó el informe. Según la descripción física, tenía aproximadamente el mismo peso y altura que Jess. Uno sesenta, cuarenta y cinco kilos. Frunció el ceño.

—¿Tiene familia? ¿Un novio, quizá, que pueda crear algún problema?

—Ni un alma —Lucas sacudió la cabeza—. Al parecer estaba liada con su jefe cuando la detuvieron. Él juró que no sabía nada de sus actividades delictivas. No creo que la eche de menos, a juzgar por la morenita que no se separa de él en estos días.

—¿Por qué creen que aceptará el caso? —desvió la mirada hacia el director—. Todos sabemos el enorme riesgo que entraña.

—Erin Bailey quiere recuperar su antigua vida. Y está deseosa de jugarse la oportunidad de volver a recuperarla a cambio de vengarse. Está claro que su novio la engañó. De todas formas, en caso de que no esté lo suficientemente interesada, podríamos utilizar algún pequeño incentivo para convencerla... —Casey sonrió, un gesto que lo hacía aparecer casi humano—. Todo está preparado para que le propongas el trato.

Logan se preguntó, inquieto, si aquella mujer sería lo suficientemente estúpida como para hacer un trato con el diablo en persona.

—¿Y si acepta nuestra oferta?

La sonrisa de Casey se disolvió en la fina y severa línea que siempre solían formar sus labios.

—Entonces dispondrás de una semana para convertir a Erin Bailey en Jessica Taylor.

Erin estaba soñando. Se hallaba en el centro de una hermosa pradera verde, salpicada de flores. Un radiante cielo azul se extendía hacia el infinito.

En el sueño, cerró los ojos y empezó a girar lentamente. Estaba descalza. Un delicioso y fresco aroma la envolvía por completo. Un aroma a flores silvestres, a hierba verde, a libertad...

—De pie.

Se despenó sobresaltada, intentando distinguir la silueta que, en medio de la oscuridad, se cernía sobre su catre. ¿Y si el guardia Roland había decidido ejecutar su amenaza? O tal vez fuera su compañera de galería, aquella mujer que parecía tenerle tanta inquina... Sintió una punzada de terror cuando una mano se cerró sobre su hombro y la sacudió con fuerza.

—¿Qué... qué es lo que quiere? —murmuró. Era más de la medianoche. La galería estaba sumida en un absoluto silencio.

—He dicho que de pie —ordenó la áspera voz.

Aquella voz era distinta. No era la del guardia que la había amenazado. Aliviada, apartó la fina manta y se apresuró a vestirse. Guando terminó, el guardia le puso las esposas.

—Mantén la boca cerrada. No quiero que despiertes al maldito edificio.

Le enfocó con la linterna. Cegada por la luz, Erin asintió sin comprender. ¿A dónde la llevarían a esa hora de la noche? ¿Qué querrían de ella? ¿Y por qué la habían esposado? Antes de que pudiera hacerse más preguntas, el guardia la sacó de la celda.

El rumor de sus pasos en el suelo de cemento era el único sonido que se oía en la galería. Ansiaba preguntarle a dónde iban, pero el miedo la mantuvo callada. Demasiadas veces había visto a compañeras suyas pagar con creces su desobediencia. El terror le aceleraba el pulso. La oscuridad del largo pasillo contribuía a intensificar la sensación de encierro. ¿Cómo podría soportar los cuatro años y ocho meses que le quedaban de estar allí?

En la oficina de la galería, otro guardia esperaba para abrirle la reja. El círculo de luz de la lámpara del escritorio iluminó sus severos rasgos. Una

vez en el pabellón de visitas, el guardia se detuvo delante de la puerta de uno de los locutorios. Era el mismo en el que Erin se había entrevistado con su abogado, durante las dos únicas ocasiones en que había mostrado algún interés por su caso.

—Esperaré aquí para llevarte a tu celda —parecía más una amenaza que un aviso.

—No entiendo. ¿Por qué me han traído aquí?

—Anda, pasa —el guardia le señaló la puerta—. Tienes visita.

¿Una visita? ¿De quién? ¿El muy canalla de Jeff habría venido a disculparse? ¿A decirle que todo aquello no había sido más que un enorme malentendido? Erin casi soltó una carcajada al imaginárselo. La había utilizado. Apretó los dientes. Aquel hombre había arruinado su vida, había destruido su carrera, todo. Nunca volvería a trabajar en el campo de la seguridad informática. Y Jeff había salido del apuro tan fresco como una rosa. Ella había pagado los platos rotos. Todas sus promesas no habían sido más que mentiras.

Suspirando profundamente, se dispuso a entrar en el locutorio. Quienquiera que hubiera ido a visitarla, no podía ser Jeff. Ni su abogado tampoco. Desde un principio, el abogado le había asegurado que su caso no tenía remedio. Por supuesto, lo había contratado Jeff. Hasta en eso había pecado de ingenua.

La puerta se cerró con un seco estruendo. Cómo odiaba que la encerraran... Era como si las paredes se cernieran lentamente sobre ella, envolviéndola. Una vez más, se preguntó cómo podría soportar lo que le quedaba de condena. Se le aceleró la respiración. El destino y Jeff la habían dejado sin opción alguna.

«Tranquila», se ordenó. «Piensa en cualquier otra cosa». En aquella habitación, por ejemplo. Ya había estado una vez antes. Pero esa vez estaba sumida en la penumbra. Una solitaria bombilla colgaba del techo, sobre una mesa vacía. Las dos sillas estaban desocupadas.

—Tome asiento.

Sobrecogida, se volvió al escuchar aquella voz. No reconoció al hombre alto y de pelo oscuro que entró en el círculo de luz. Había estado esperando allí, en lo oscuro, y ella ni se había dado cuenta. Era atractivo. Una sombra de barba le oscurecía el mentón y la mandíbula cuadrada. Llevaba una camisa blanca de algodón, algo arrugada, y unos vaqueros. Tenía un aspecto cansado, como si acabara de llegar de un largo viaje.

Dado que no se molestó en presentarse, Erin tampoco le preguntó por su nombre. Estaba acostumbrada a aquel trato. Cruzó la habitación y se sentó ante la mesa. El hombre tomó asiento frente a ella y abrió una carpeta.

—Me llamo John Logan. Señorita Bailey, he venido a hacerle una propuesta —pronunció, mirándola fijamente.

Tenía una mirada inquietante, demasiado penetrante. Sus ojos castaños eran casi negros. Erin intentó reprimir su expectación. Sería inútil esperar que aquel hombre pudiera rescatarla de aquel infierno.

—Todavía no ha amanecido —le recordó—. ¿No le parece una hora muy poco adecuada para hablar de negocios, señor Logan?

Erin había aprendido, y de la peor manera, que aquellos encuentros intempestivos nunca presagiaban nada bueno. Además, no conocía a aquel hombre. ¿Qué tipo de propuesta querría hacerle? Quizá habían decidido que, después de todo, merecía la pena dar caza a Jeff.

Logan cerró la carpeta y se recostó en la silla, sin dejar de mirarla. Erin le sostuvo la mirada. No le daría la satisfacción de bajar la vista. Estaba encerrada en una cárcel, por el amor de Dios... ¿qué más podían hacerle?

—Lleva cumplidos ya cuatro meses de su condena —se frotó la mandíbula con gesto cansado—. Cinco años es mucho tiempo, señorita Bailey.

Erin se miró las muñecas doloridas. No entendía por qué el guardia le había dejado las esposas puestas.

—Soy perfectamente consciente de ello, señor Logan.

—Por eso mismo yo, en su lugar, no me quejaría de que me liberaran a una hora como esta. De hecho, me daría igual cualquier hora con tal de salir de aquí.

¿Liberarla? ¿Quién era aquel hombre? ¿De qué estaba hablando?

—¿Quién lo envía?

—No puedo decírselo —cruzó los brazos, apoyándolos sobre la carpeta que parecía contener información sobre ella—. E incluso aunque se lo dijera, usted no sabría mucho más de lo que sabe ahora.

—No entiendo —por primera vez desde que entró en aquella habitación, temió por su seguridad. Se preguntó si el guardia seguiría apostado en la puerta—. Creo que debería volver a mi celda ahora mismo...

Se dispuso a levantarse, pero lo que oyó a continuación la dejó clavada en el asiento.

—Yo puedo hacer que termine esta pesadilla.

—¿Cómo? —le preguntó Erin, sabiendo que aquello no podía ser verdad.

—La gente para la que trabajo es muy poderosa. Si acepta cooperar con nosotros, le limpiaremos su expediente. Será libre para rehacer su vida de la manera que guste.

Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Tenía que haber alguna trampa.

—¿Qué tengo que hacer a cambio? —su expresión no decía nada. Y tampoco sus ojos. ¿Cómo podía confiar en él? No lo conocía, Era un extraño. Un desconocido con el poder suficiente para entrar en una prisión federal en mitad de la noche.

—La necesitamos para una misión relacionada con la seguridad nacional.

Asumirá la identidad de otra persona. Trabajaré estrechamente conmigo. Sin usted, la misión no podrá realizarse.

¿Seguridad nacional? ¿La identidad de otra persona?

—¿Qué identidad? —tenía que estar soñando. Aquello no podía ser real. Esas cosas sólo sucedían en las películas.

—Se le informará de todo lo que necesite saber antes de que comience la misión —colocó un maletín sobre la mesa, lo abrió y guardó la carpeta. Luego se levantó, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Alguna pregunta?

—Espere —resistió el impulso de agarrarlo, de tocarlo... sólo para ver si era real. Aquello era demasiado increíble. No podía esperar que tomara semejante decisión a partir de una información tan mínima—. No puedo decidir algo así con los pocos detalles que me ha dado, Necesitaré tiempo para pensarlo...

—No tenemos tiempo —apretó la mandíbula, impaciente—. Si decide cooperar, hará exactamente lo que yo le diga, sin discusiones —recogió el maletín—. Y ahora... ¿se viene o se queda?

Erin sacudió la cabeza. Aquello era una locura.

—¿Qué tipo de misión? ¿Dónde?

—No puedo responder a esas preguntas. Ahora mismo no necesita saber más. ¿Cuál es su decisión?

—No puede esperar que le diga que sí —protestó con una mezcla de miedo e irritación—. Hay cosas que tengo que saber y sobre las que reflexionar...

—¿Como cuáles? —la fulminó con la mirada, ladeando la cabeza—. ¿Cómo si sobrevivirá o no si la interna Evans decide hacerle a usted lo que le hizo a aquel juez de Savannah? ¿O quizá prefiera esperar al siguiente movimiento del guardia Roland, para saber si cumplirá o no sus amenazas?

¿Cómo podía saber aquellas cosas? Nadie lo sabía. No se lo había

contado a nadie.

—¿Quién es usted?

—Soy su benefactor, Erin Bailey. Puedo hacer realidad sus mayores anhelos. Puedo limpiar su nombre, y hacer que su viejo amigo Jeff pague cara su traición —Logan se la quedó mirando directamente a los ojos antes de girar en redondo y retirarse. Sólo se volvió en el último momento, con una mano en la puerta—. Insisto: ¿se queda o se viene conmigo?

Erin tuvo que tragarse el miedo que le subía por la garganta. ¿Y si tenía razón? ¿Y si aquella era la única posibilidad que tenía de salir de allí? Recordó sus palabras: «yo puedo hacer que termine esta pesadilla».

—Sólo quiero saber una cosa —insistió, retrasando su respuesta—. La misión en la que usted quiere que lo ayude... ¿es peligrosa?

Algo cambió en la expresión del hombre. Su anterior expresión condescendiente se evaporó por completo. Con el corazón acelerado, Erin esperó a que contestara.

—Mucho.

El eco de aquella única palabra resonó en torno suyo, para mayor desesperación. Sin dejar de mirarla, Logan llamó una vez a la puerta. Se abrió al instante y salió rápidamente, dejándola abierta de pan en pan. Permitiéndole tomar su propia decisión.

Quedarse dentro o irse con él.

Capítulo 2

Una simple palabra: «acepto».

Logan se la había quedado mirando durante lo que le pareció una eternidad, con una especie de vago arrepentimiento en sus ojos oscuros, antes de volverse hacia el guardia para informarle de que Erin se marchaba con él. El hombre le había quitado inmediatamente las esposas. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, las palmas de las manos húmedas de sudor, veinte minutos después se encontraba sentada en el asiento trasero de un enorme coche negro.

Era increíble que aquello estuviera sucediendo, pero así era. Logan le cerró la puerta y se sentó delante.

—¿Al aeropuerto? —inquirió el conductor.

—Sí.

El vehículo se puso en marcha, ganando velocidad. Erin contuvo el aliento cuando se abrió la gran verja de entrada y salieron a la calle. La sensación de alivio fue tan abrumadoramente intensa que casi se mareó. Pero al cabo de unos segundos comenzó a tomar conciencia de su situación. ¿Qué era lo que había aceptado hacer? Un escalofrío le recorrió la espalda, congelando la dulce sensación de alivio anterior, mientras especulaba sobre su destino. Se volvió para ver cómo los grises muros de la prisión se alejaban por momentos. Al fin había abandonado aquel horrible lugar. Aquello no era ningún sueño. ¡Estaba fuera!

Cuando las luces desaparecieron en la distancia, se volvió de nuevo para mirar hacia delante. Para enfrentar las consecuencias de la decisión que había tomado.

Atrás quedaba el uniforme penitenciario que tanto había odiado. En su lugar llevaba los vaqueros, la camiseta y las zapatillas con las que había entrado. El resto de sus efectos personales, su carné de identidad, joyas, fotos,

etcétera, seguían en un gran sobre marrón, ahora en poder de Logan. Le había dicho que no los necesitaría por el momento. De repente se le ocurrió algo. Se mordió el labio inferior, estremecida. ¿Y si simplemente había cambiado una prisión por otra?

—¿Por qué vamos al aeropuerto? —su voz sonaba débil en medio de aquel silencio opresivo.

—Tenemos que tomar un avión —respondió Logan, sin mirarla—. Eso es todo lo que necesitas saber por el momento.

Erin abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo. No tenía sentido hacer preguntas cuando sabía que no se las iban a contestar. Lo último que deseaba era enfrentarse con el hombre que tenía su destino en sus manos. Las autoridades de la prisión le habían conferido su responsabilidad sobre ella. Estaba a su merced, en su poder, igual que con Jeff.

Se estremeció involuntariamente, asaltada por una oleada de recuerdos. No. Aquel hombre no era como su antiguo prometido. La información que le había facilitado Logan hasta el momento, por muy parca y mezquina que fuese... parecía verdadera. Trabajaba para el gobierno. Había visto sus credenciales y los documentos que confirmaban su jurisdicción sobre ella cuando firmó en su orden de liberación. Nadie en la cárcel le había pedido explicación alguna.

Le había asegurado que la necesitaba para una misión relacionada con la seguridad nacional. Al parecer, tendría que asumir la identidad de otra persona. La misión sería muy peligrosa. ¿Pero qué tipo de habilidad o experiencia podía ella ofertar a aquel hombre, o a su país?

Un nuevo tipo de estrés hizo presa en ella, pero intentó controlarlo. Abrazándose, se obligó a permanecer tranquila, o al menos a parecerlo.

Cuando llegase el momento adecuado, tendría las respuestas que necesitaba. Logan así se lo había asegurado. No había ninguna necesidad de que se derrumbara tan pronto.

Cuadró los hombros y alzó la barbilla. Lo que tuviera que hacer para

volver a su antigua vida... lo haría sin dudar. Ya no era la joven ingenua y estúpida que había sido dos años atrás. Había aprendido, y de la peor manera posible, a no confiar en nadie, y sobre todo en un hombre que anteponía su trabajo a todo lo demás. Desvió la mirada hacia la cabeza oscura de Logan. «Un hombre como él», pensó instintivamente.

Bueno, al menos no tendría que confiar en él en ese aspecto. Y, definitivamente, no tenía intención alguna de llegar a conocerlo demasiado. Aquel era un trato exclusivamente profesional. Lo único que tenía que hacer era seguir sus instrucciones y volvería a retomar su antigua vida. Lo necesitaba tanto como respirar.

Y, sucediera lo que sucediera al día siguiente, una cosa era segura: en aquel momento, en aquel preciso segundo... volvía a ser libre. Con eso debería bastarle.

Para su sorpresa, no fueron a Hartfield, al aeropuerto internacional de Atlanta, como Erin había supuesto. El chófer aparcó cerca de un hangar del otro aeródromo, el de PDK, donde esperaba un pequeño reactor, del tipo que solían usar los altos ejecutivos de grandes corporaciones. Siguió a Logan y al conductor hacia allí. Un hombre los estaba esperando.

—Listos para despegar —le informó a Logan. Era mayor, fuerte, casi tan alto como él.

Erin supuso que sería el piloto. A pesar de la dureza de sus rasgos, parecía afable. En su opinión, aquellos tipos no parecían agentes secretos. Bueno, a excepción de Logan. Él sí que tenía un halo de peligro... y de sensualidad.

Destrozados los nervios por el agotamiento y la ansiedad, soltó un largo y profundo suspiro, completamente involuntario. Logan y el chófer se volvieron a la vez y se la quedaron mirando fijamente. Erin tragó saliva, intentando no dejarse intimidar.

Al cabo de unos segundos que se le antojaron eternos, Logan volvió a concentrar su atención en el piloto:

—Saldremos dentro de cinco minutos. El piloto, o lo que fuera, asintió con la cabeza y volvió a subir al avión, el chófer, de complexión más baja y delgada que los otros, lo siguió. Parecía latino, aunque su inglés era perfecto, sin acento alguno.

Erin sintió la intensidad de la mirada de Logan mucho antes de que reuniera el coraje necesario para mirarlo a su vez.

—Esta es tu última oportunidad, Bailey. ¿Estás decidida o no?

¿Cómo podía pensar que iba a echarse atrás ahora? Ya había llegado demasiado lejos. No volvería a aquella prisión.

—Por supuesto que estoy decidida —le espetó, aunque su voz sonaba un tanto hueca y temblorosa. Por lo menos a sus propios oídos. Durante un fugaz instante, creyó ver un brillo de preocupación en sus ojos oscuros.

—De acuerdo. Pero luego no digas que no te he advertido.

Antes de que ella pudiera pensar en una respuesta adecuada, Logan se volvió para encaminarse hacia el reactor. Parpadeó varias veces, asaltada por una nueva oleada de dudas. Aquel hombre le había dado una última oportunidad de retirarse. No la había aprovechado. ¿Habría sido un error? Si abordaba aquel avión... ¿volvería a ver Atlanta otra vez? Su propio anhelo de libertad... ¿la llevaría acaso a la muerte?

No había nadie en quien pudiera apoyarse. Nadie a quien pudiera importarle su destino, o que la echara de menos en caso de que desapareciera. Sus padres habían muerto años atrás. Parientes no tenía. Y Jeff... Bueno, Jeff no la echaría en absoluto de menos. Del hecho de que no tuviera ninguna amiga a quien llamar no podía culpar a nadie más que a sí misma. Siempre había estado demasiado ocupada trabajando. Trabajo, trabajo y más trabajo... Eso era lo único que había hecho desde que se licenció en la universidad. «Mírate ahora», se dijo, amargada. Allí estaba, siguiendo a un extraño hacia un destino absolutamente ignoto.

Logan se detuvo a unos metros de la escalerilla.

—Hemos llegado al punto de no retorno, Bailey. A partir de este momento, tu vida jamás volverá a ser la misma.

Aunque hubiera pensado en algo ocurrente que decir, no habría podido. Se lo impedía el nudo de miedo que le atenazaba la garganta. A pesar de ello, o quizás precisamente por eso, se obligó a caminar hacia lo desconocido. Hacia aquel hombre que le ofrecía todo y nada a la vez. Ya no miraría atrás.

Menos de treinta minutos después de despegar de Atlanta, Erin Bailey dormía tan plácidamente como un bebe. Aquello no debería molestar a Logan, pero no podía evitarlo. Había vislumbrado un inequívoco brillo de miedo en sus ojos en el preciso instante en que le propuso el trato. Había vacilado, pero el deseo de alcanzar la libertad había sido demasiado grande. Demasiado abrumador.

Antes de abordar el avión le había dado una última oportunidad para cambiar de idea, y ella la había rechazado. Lo que sucediera a partir de ese momento ya no era su responsabilidad.

¿Acaso podía él cambiar el tipo de misión que tenía encomendada? Era peligrosa incluso para un agente experimentado como él. De manera que para Erin Bailey sería suicida. Y, de algún modo, ella lo sabía. Logan había leído también la verdad en sus ojos, en el aeropuerto. Pero finalmente había conseguido dominar su miedo y obligarse a subir al avión.

Era más fuerte de lo que en un principio había pensado. Le había aconsejado que durmiera un poco cuando alcanzaran la altitud de crucero. Y así lo había hecho. Probablemente más por puro cansancio que por un deseo de complacerlo.

Los seis días siguientes serían definitivos. No había tiempo para enseñarle todo lo que necesitaba saber. Lo único que podía hacer Logan era prevenir una catástrofe. Y para ello tendría que forzarla al máximo, al límite. Porque si no podía tolerar la presión, los arrastraría a ambos a la muerte y acabaría con cualquier esperanza que pudieran tener de acercarse a Esteban. Poner a prueba su fortaleza física y mental sería el primer objetivo de Logan. Después

le impartiría un curso acelerado de drogas ilegales y armas de fuego. No hacía falta que supiera tanto como Jess, pero resultaba crucial que lo pareciera.

Una palabra equivocada, un movimiento erróneo en presencia de Esteban o de cualquiera de sus compinches, y moriría. Cerrando los ojos, Logan se recostó en su asiento. Dios sabía que no quería hacer aquello, pero no había otro remedio. Jess habría hecho lo mismo si aún hubiera seguido con vida. Su muerte había sido tan injusta... Habían trabajado juntos durante tres años. Era la mejor compañera que había tenido nunca.

Abrió los ojos y miró a su nueva compañera, la especialista en informática. Erin Bailey era una mujer dulce y bella, más femenina que Jess. Pero jamás sería capaz de alcanzar el extraordinario talento de Jess como agente: ni en una semana, ni en tres años, ni en toda la vida. Bailey no sabía nada de aquel mundo, excepto las historias absurdas que había visto en las películas o leído en las novelas. La vida de un espía internacional era mucho menos seductora y mucho más peligrosa de como la describía la industria del espectáculo. Si Bailey pensaba que iba a limitarse a jugar un papel en la última película de James Bond, se iba a llevar una buena sorpresa.

No tenía ni idea del peligro que estaba corriendo ya, en aquel mismo momento. Y eso que la misión todavía no había empezado.

El sol asomaba en el horizonte cuando Erin bajó del avión, todavía adormilada. Le parecía mentira, pero se había pasado todo el vuelo durmiendo. Se frotó los ojos e intentó enfocar la mirada. A lo lejos se divisaban montañas rodeadas de extensiones interminables de desierto. El aire olía diferente. Era más seco.

—¿Dónde... —se aclaró la garganta—... dónde estamos?

Logan se volvió para mirarla, sin detenerse.

—En México. A unos cuantos kilómetros de San Cristóbal.

Frunciendo el ceño, Erin lo siguió al todoterreno que los estaba esperando. ¿México? ¿Qué había en México?, se preguntó. La misión, obviamente. Miró a su alrededor una vez más. Aquel paisaje era tan desolado... No había casas, ni gasolinera alguna.

Logan la había despertado poco antes de que el piloto comenzara la maniobra de aterrizaje. Le había sugerido que desayunara y se aseara un poco, dado que nada más pisar tierra emprenderían un largo viaje. Nada más subir al todoterreno, sin embargo, volvió a sentirse inquieta. Recordó que Logan había calificado su misión secreta de «muy peligrosa». ¿Y si aquellos tipos no eran realmente agentes del gobierno? ¿Y si sus credenciales eran falsas? Un nudo de terror le atenazó el pecho. ¿Por qué no había pensado en eso antes?

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás: eso era lo que le había dicho Logan antes de abordar el avión. No podía salir huyendo. Lanzó otra mirada a su alrededor. Si lo intentaba, la capturarían fácilmente, y aunque no fuera así, no podría sobrevivir sola en aquellos parajes. Su sentido de la orientación era inexistente y no tenía la menor idea de cómo localizar agua en aquel desierto, o de cómo encender un Riego.

Logan se puso unas gafas oscuras y le dio al chófer unas indicaciones, que ella no pudo oír debido al ruido del motor. El hombre asintió con la cabeza y pisó a fondo el acelerador. Por primera vez, Erin se dedicó a observar detenidamente a John Logan. Era guapo. Eso ya lo había advertido antes. La sombra de la barba se había oscurecido aún más. Estaba muy bronceado. Como iba arremangado, esa vez podía ver sus musculosos brazos. Era alto, mediría más de un metro ochenta, y delgado. Su voz era profunda, vibrante.

Llevaba el pelo muy corto. Ladeó la cabeza para poder observar mejor sus anchos hombros. Tenía un físico que inspiraba confianza, pero a la vez...

La miró de repente, como si le hubiera leído el pensamiento. Se quedó sin aliento, sobresaltada.

—¿Te pasa algo, Bailey? —le preguntó, quitándose las gafas.

Erin negó con la cabeza antes de responder.

—No, no... estoy bien.

Se la quedó mirando durante unos segundos más antes de desviar la vista. Sólo entonces cerró Erin los ojos y soltó el aliento que había estado conteniendo. Tenía que ser fuerte y no dejarse intimidar de aquella forma. Tenía que estar preparada para cualquier eventualidad. Esa sería su única oportunidad de regresar a su antigua vida.

Volver a la cárcel ya no constituía una opción.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Erin.

Tras dos horas de viaje, el chófer había aparcado a la puerta de lo que parecía una antigua ciudad, para luego desaparecer al otro lado. Erin arqueó una ceja mientras contemplaba una vez más los ruinosos edificios. Porque, más que una ciudad, era un montón de ruinas.

—Vamos, Bailey.

Logan ya había bajado y la estaba esperando. Le tendió la mano. Entre aturrida e impresionada, se dejó ayudar. Su mano se cerró, firme y cálida, sobre la suya. Era algo que necesitaba desesperadamente en aquel momento.

—¿Qué lugar es este? —repitió, aguijoneada por la curiosidad.

—Nuestro hogar durante los próximos días.

Cuando Logan ya se disponía a apartarse, ella se agarró a su brazo. Fue un gesto involuntario, nada premeditado. Lo soltó de inmediato, avergonzada.

—¿Qué pasa ahora? —rezongó, mirándola a través de aquellas gafas que le daban un aspecto terrible, diabólico.

Erin volvió a contemplar la ciudad que se levantaba ante ellos. Eso era. Parecía una población muy antigua, arcaica, que había conocido tiempos

mejores... pero que ahora estaba abandonada.

—¿Es aquí donde se desarrollará la misión? Todo esto no tiene sentido. No lo entiendo —hizo un gesto vago con la mano—. ¿Qué tiene esto que ver con la seguridad nacional?

Logan se quitó entonces las gafas y se las guardó en un bolsillo de la camisa.

—Este será nuestro campamento provisional de entrenamiento —señaló con la cabeza un conjunto de cabañas de adobe y casas encaladas—. El gobernador de Chiapas nos lo ha prestado porque le debía un favor a nuestro director. Aquí tenemos todo lo que necesitamos. Y ahora, en marcha. Te enseñaré todo esto. Luego comeremos —la miró de arriba abajo, con expresión escéptica—. Tendrás que hacer acopio de fuerzas. La lección número uno comienza esta tarde.

Erin siguió a Logan hacia lo que parecía un edificio abandonado. El cuartel de mando se había levantado en una capilla en ruinas, en el centro del pueblo, con instalaciones de comunicación por satélite y sistemas convencionales de radiotransmisión. Había dos ordenadores encendidos y conectados permanentemente con la red. Un gran generador aseguraba el abastecimiento de energía eléctrica.

Allí estaba también la sala de preparación física. Los cuartos de baño no eran muy elegantes, pero tenían agua caliente, jabón y champú. ¿Qué más se podía pedir para una misión tan peligrosa como aquella? Lo mejor que podía hacer era buscarle el lado positivo.

Seis de los edificios más pequeños habían sido habilitados como alojamientos, según le explicó Logan mientras se acercaban al primero de ellos.

—Este es el tuyo. Yo estaré allí —y le señaló una choza de paredes de adobe.

Erin asomó la cabeza en la cabaña y quedó agradablemente sorprendida de su aspecto acogedor.

—Vaya, es mejor de lo que había esperado —le confesó, volviéndose hacia él—. Estaba segura de que pasaría la noche en un saco de dormir, en el suelo —intentó esbozar una sonrisa, pero no pudo. Estaba demasiado cansada para demostrar algún entusiasmo.

Pero aquello era real. Y era libre. ¿Acaso no era eso todo lo que importaba?

Fuera de la cabaña, descubrió por lo menos una docena de hombres armados moviéndose por el recinto. Pensó que tal vez «libre» no fuera precisamente la palabra más adecuada.

El siguiente edificio en el que entraron era uno de los mayores y estaba débilmente iluminado. De inmediato la asaltó un fuerte olor a petróleo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, descubrió varios cajones de madera, de gran tamaño. Logan se detuvo ante uno de ellos. Erin echó un vistazo dentro, y se retiró instantáneamente. Armas. Montones de armas.

—Arma de defensa personal M9 —le informó él mientras sacaba uno de aquellos fusiles de asalto—. Carabina M4 —añadió al tiempo que sacaba otra, aparentemente ajeno a su consternada expresión—. Ligera, precisa, letal.

—¡Espera! —Erin retrocedió otro paso, con el Corazón acelerado—. No entiendo. ¿Por qué me estás hablando de todas esas armas?

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Aquello era una locura, y lo peor era que estaba a punto de llorar. Detestaba llorar, porque eso la hacía sentirse débil...

—Yo no sé nada de armas, ni de defensa personal, ni de nada —parpadeó furiosa, sin dejar de retroceder—. Dime la verdad de una vez, Logan. ¿Qué estoy haciendo aquí? —hizo un gesto con el brazo, como abarcando las armas con cuya descripción él parecía regodearse tanto—. ¿Qué significa todo esto?

Su mirada era tan fría y letal como el rifle que seguía sosteniendo en la mano.

—Esto es sólo una mínima parte de lo que necesitarás saber.

Bajó el arma y avanzó hacia ella. Erin quiso echar a correr, pero no pudo. Sus ojos oscuros la tenían en trance, como hipnotizada.

—Dispones de seis días, Bailey. Seis días para aprender lo que tengo que enseñarte. Y esto es sólo el principio. Luego tendremos que entrar en acción, tanto si estás preparada como si no.

—¿Pero y si... y si no puedo hacerlo? —no podía. No había estado tan segura de algo en toda su vida. Aquello era imposible. No podía hacerlo. Ni por su libertad, ni por venganza, ni por nada.

Logan se detuvo a sólo unos centímetros de ella, mirándola con una absoluta falta de emoción, de sentimientos.

—Entonces sólo dispondrás de seis días de vida —pronunció con tono tranquilo—. Porque al séptimo ambos estaremos muertos.

Capítulo 3

Se lo había tomado todo con mucha más tranquilidad, eso tenía que reconocérselo. Logan resistió el impulso de aflojar su ritmo. Bailey tenía que seguirlo, o al menos intentarlo. Incluso aunque tuviera tiempo para ello, que no lo tenía, no había lugar en aquella misión para la compasión o el arrepentimiento. Había aceptado participar en aquella misión a pesar de las oportunidades que le había dado para cambiar de idea. Oportunidades que, por cierto, él no había estado autorizado a Ofrecerle. Pero tenía que haberse asegurado bien antes.

Llevaba ya cinco días presionándola al máximo, al límite de su resistencia. Había reaccionado mucho mejor de lo que había esperado, pero ya empezaba a acusar el cansancio. Una vez más reprimió el deseo de volverse para mirarla, para revisar su estado. Habían pasado cinco días y aún no había concluido su evaluación. Ciertamente había pasado las pruebas físicas. Era aficionada al atletismo, y eso se notaba. Pero la resistencia física no sería suficiente. Tendría que ser capaz de soportar la tensión mental, psíquica.

Apretó la mandíbula y se obligó a seguir corriendo a buen ritmo. Bajo el sol abrasador, la arena del desierto parecía tragarse sus deportivos. Desterró de su mente una nueva imagen de Erin Bailey. Últimamente pensaba demasiado en ella. Y no quería pensar en ella como persona... sino como compañera de trabajo en aquella misión.

La misión. Eso era lo único que importaba.

—No puedo seguir.

Logan se esforzó por ignorar aquel débil grito. Aminoró el paso hasta detenerse, llevándose las manos a las caderas y respirando profundamente. Volviendo sobre sus pasos, se reunió con ella. Estaba doblada por la cintura, con las manos apoyadas en las rodillas. Los brazos y las piernas le temblaban de debilidad. Aquel día la había forzado más que los dos últimos juntos.

—Vamos, compañera, nos quedan ocho kilómetros de vuelta al campamento —se enjugó el sudor de la frente—. No tenemos todo el día.

Erin se dejó caer de rodillas en la arena y lo miró, cegada por el sol.

—Tengo... que... —jadeaba a cada palabra—... descansar.

Con el sol a la espalda, Logan se movió de forma que le diera de lleno en el rostro. Erin alzó una mano para cubrirse los ojos.

—Mientras descansas... háblame de ti.

Esperó durante unos segundos antes de responder. Logan aprovechó ese tiempo para observarla... más de lo que debería. Llevaba la melena rubia despeinada, medio recogida en una cola de caballo. Tenía el rostro sonrosado, acalorado de cansancio. El rápido movimiento de su pecho atrajo momentáneamente su atención, antes de que pudiera evitarlo. Sus senos resultaban perfectamente visibles a través de la tela empapada en sudor de su camiseta.

—Me llamo Sara Wilks —se pasó una mano por la cara y se incorporó.

Tardó un momento en recuperar el equilibrio. Logan resistió el impulso de sujetarla.

—Pero tú me llamas Baby —añadió. No le gustaba ese apodo, pero así era como Logan había llamado a Jess en los círculos donde habían tenido que infiltrarse. Ambos habían introducido pequeñas variaciones en sus respectivos nombres. Por lo que se refería a Esteban, él era Logan Wilks y Jess su esposa Sara.

—Tengo veinticinco años —continuó—, y soy de Atlan...

Logan se mordió la lengua para no soltar un juramento.

—¿De dónde? —inquirió, brusco.

—De Austin —respondió, sin retirarse la mano de los ojos—. Austin, Texas. Me gustan las armas... de cualquier tipo. Y si un tipo se atreve a

meterse conmigo, lo mato.

Lo dijo con un tono algo más convencido que de costumbre. Logan tuvo la inequívoca sensación de que estaba hablando en serio.

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos? —empezó a caminar de nuevo, volviéndose para ver si lo seguía.

—Tres años —contestó, siguiéndolo—. Mi madre ya me advirtió sobre los tipos como tú, pero no le hice caso. Lo único que quería era salir de Texas.

Logan se sonrió. Aquello era nuevo. Le gustaba.

—¿Qué es lo que pasa con los tipos como yo?

—Que mienten. Que estafan. Que roban —se puso a su altura—. Que hacen cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Tú eres un antiguo militar. Estuviste en la sección antidrogas antes de que te juzgaran en consejo de guerra. Mataste a cinco tipos. Dos solamente porque me miraron de una forma que no te gustó.

Logan estaba impresionado. Ese día lo estaba luciendo mucho mejor que el anterior.

—¿Qué hay de nuestro último trabajo?

—Pasamos armamento de contrabando. De Canadá a una milicia de Montana —lo miró de reojo—. Y así nos capturaron, porque te enfadaste con uno de los tipos.

—Muy bien. ¿Y el penúltimo?

—Tráfico de drogas. Las autoridades mexicanas aún nos están buscando.

—Entonces quizá será mejor que volvamos al campamento antes de que nos cacen aquí, a campo abierto...

Erin lo fulminó con la mirada antes de echar a correr, a toda velocidad.

Logan se reunió con ella cuando estaba dando la segunda vuelta al circuito, poniéndose a su altura. Sí, estaba decidida a terminar el entrenamiento; eso era seguro. Físicamente parecía encontrarse preparada. Sin embargo, había que ponerla a prueba. Se obligó a ignorar una punzada de arrepentimiento. No tenía más remedio. La vida de Erin Bailey, al igual que la suya, dependía de su capacidad de reacción.

Y el tiempo se les estaba escapando entre los dedos.

—Estás muerta, Bailey. En una situación real, un solo fallo le permite a tu contrincante devolver el fuego.

Erin arrojó su arma a la arena y se encaró con Logan.

—Basta ya.

Lo miró con odio. ¡Cuánto detestaba aquello! Y para colmo, durante toda la semana había estado luchando contra la absurda atracción física que sentía por aquel canalla. Ya casi era de noche y estaba agotada. Llevaban en el campo de entrenamiento desde antes del amanecer.

—Estoy harta. No puedo más —se plantó frente a él, desafiante.

Debió habérselo pensado dos veces. Un brillo de disgusto asomó a los ojos oscuros de Logan.

—Recoge tu arma, Bailey.

Lo que la intimidaba no era tanto su tono implacable como la expresión de sus rasgos: furiosa, iracunda.

—Ya —insistió.

—Maldito... —masculló Erin mientras se resignaba a recoger su arma, una pistola de nueve milímetros. ¿En qué diablos habría estado pensando para aceptar formar parte de aquella locura? Evidentemente la traición de Jeff y su breve estancia en prisión la habían afectado mucho más de lo que había

imaginado en un principio.

—Y ahora apunta a ese objetivo como si quisieras destruirlo —le ordenó Logan con tono cortante.

Desde luego que tenía ganas de destruir algo, pero no precisamente la silueta humana que se levantaba al fondo del campo de tiro. Aun así, obedeció. Sosteniendo la pistola con las dos manos, cerró un ojo y apuntó.

—Los pies separados. A la misma distancia que los hombros —añadió mientras la agarraba ele la cintura, atrayéndola hacia sí.

Erin perdió el aliento. Bruscamente, sin soltarla, Logan le separó los pies a la distancia justa.

—Y ahora dispara.

Obedeció. La bala no llegó a hacer blanco. Maldiciendo entre dientes, Logan le sujetó la mano con que sostenía la pistola, afirmándole el pulso.

—Tómate tu tiempo, Bailey —tenía la boca muy cerca de su oído. Demasiado cerca—. Concéntrate bien. Acertarle a ese blanco podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. Y tú quieres vivir, ¿verdad, Baby?

—Sí —siseó.

Odiaba que la llamara así, pero en aquel momento se hallaba distraída con sensaciones muy diferentes. El contacto de su cuerpo duro, fuerte, viril, presionado contra su espalda y sus nalgas... Su brazo en torno a su cintura, con los dedos apenas a unos centímetros por debajo de sus senos... Oh, y su fuerte aroma tan masculino... Al parecer, los largos meses de abstinencia sexual estaban empezando a pasarle factura.

—Concéntrate —murmuró con voz ronca.

Erin frunció el ceño. ¿Era su imaginación o lo estaba agarrando con más fuerza?

—¡Fuego!

Disparó. Y de nuevo erró el blanco. Logan maldijo de nuevo.

—¡Tienes que concentrarte, Bailey! —la soltó y retrocedió unos pasos, como si necesitara alejarse de ella.

Erin se esforzó por recuperar el equilibrio, privada ya del apoyo de su cuerpo. Una nueva marea de sensaciones la anegó de repente. Una manera de necesidad, aguda y exigente. Deseo. Deseo y decepción por no tenerlo tan cerca como antes.

Maldijo para sus adentros. Estaba perdiendo el juicio.

—Cuarenta y ocho horas, Bailey. Dos días. No tenemos más. Tienes que esforzarte.

—Estoy haciendo todo lo posible...

—Pues tienes que hacerlo mejor —acercándose de nuevo, la miró con un brillo feroz en los ojos—. Háblame del arma que tantos problemas parece que te está dando.

Al ver que vacilaba, murmuró una nueva maldición. Qué estúpido había sido. No había forma humana de que aquella mujer estuviera preparada a tiempo. La resistencia física no sería suficiente.

—El arma, Baby —le espetó—. Háblame del arma que tienes en las manos.

—No me llames así —replicó con un tono cargado de cansancio y disgusto.

—Pues vete acostumbrando. Háblame del arma.

Consternada, Erin bajó entonces la mirada a la pistola, como si ella misma pudiera facilitarle la respuesta.

—Es una nueve milímetros, de... —sacudió la cabeza con gesto abatido

—. No puedo recordar la marca.

Había incertidumbre en aquellos enormes ojos azules. Incertidumbre y una considerable dosis de miedo. Maldijo de nuevo, esa vez para sus adentros. Tenía que encontrar una forma de despertar su furia. Cuando estaba furiosa se esforzaba aún más.

—Entonces háblame de la mía —se la mostró para que pudiera verla—. Hace unas horas te he impartido una clase entera sobre este tipo de armas.

Erin se mordió el labio inferior, traicionando sus emociones. Logan pensó que Jess jamás habría hecho algo parecido.

—Es una Glock —bramó, impaciente—. Una pistola utilizada por la mayoría de los agentes federales. Similar en peso y tamaño a la nueve milímetros, pero con mayor capacidad letal.

—Detesto las armas —le confesó, abatida—. No quiero saber nada sobre ellas.

Logan montó en cólera. Le agarró la mano derecha, con la que seguía sosteniendo el arma, obligándola a que la mirara. Se le estaba acabando el tiempo. Tenía que saber, en aquel preciso momento, si podía o no hacerse cargo de la misión. Era la única manera.

—Tienes una Beretta —le explicó—. Muy popular, ligera, eficaz. Esta pistola puede salvarte la vida.

Erin sacudió nuevamente la cabeza. Esa vez tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo hacerlo. Te has equivocado de persona para este trabajo.

—Tienes que hacerlo —le soltó la mano—. Y tú eres la única persona para este trabajo.

—Podrías llevarme de vuelta a Atlanta... Yo jamás sería capaz de dispararle a nadie —cerró los ojos por un instante—. No puedo hacerlo. Logan. Reconócelo. Esto no va a funcionar.

«Respuesta equivocada», pensó Logan. Habían llegado demasiado lejos para poder dar marcha atrás. No podía permitir que se rindiera.

—Recuerda esto, Bailey. Cuando te enfrentas a una situación extrema, tienes que tomar medidas extremas.

Antes de que ella pudiera reaccionar, le acercó el cañón de su Glock a la sien.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió, incrédula.

—La pregunta es: ¿qué estás haciendo tú, Bailey? Tienes un arma apuntándole directamente a la cabeza. Tienes que hacer algo, ¿no?

—Esto es absurdo, tú...

—¡Haz algo, Bailey! Si dudas, estás muerta.

—¡Espera!

—Yo te he metido en este lío. Te he estado presionando día y noche. ¡Lucha! ¡Defiéndele! ¡Haz algo!

—No... no puedo hacer lo que tú quieres que haga.

—Entonces morirás —amartilló la pistola—. Haz algo, Bailey. ¡Haz algo ya!

Pálida, alzó la Beretta y lo apuntó a su vez.

—Con eso no va a bastar. Dispara —le ordenó—. O lo haré yo.

Erin empezó a temblar.

—Es un farol —lo desafió. Pero el brillo de miedo de sus ojos desmentía sus palabras.

—¿Realmente quieres que haga la prueba? ¿Qué es lo que sabes de mí?

¿Estás segura de que puedes confiar en mí? Ahora mismo podría matarte y... ¿quién se enteraría? —se inclinó hacia delante, acercando su rostro al suyo—. ¿A quién le importaría?

Erin apretó los labios, furiosa. Logan apretó con fuerza el cañón contra su sien.

—¿Quién va primero, Baby? ¿Tú o yo?

Vio el súbito cambio de su mirada una fracción de segundo antes de oír el click de la Beretta. No se disparó. No había bala alguna en la recámara. Ante su expresión mezclada de miedo y sorpresa, esbozó una leve sonrisa.

—Muy bien, Bailey.

La pistola se le escurrió entre los dedos.

—Eres un canalla —el fulgor de miedo de sus ojos desapareció para ser sustituido por otro de rabia, de ira—. Sabías que estaba vacía. ¡Sabías que estaba vacía y me empujaste a hacerlo!

Logan sabía que había gastado toda su munición, pero además llevaba un chaleco antibalas. Nunca preparaba a un novato sin llevar uno. De lo contrario, a esas alturas ya estaría muerto.

—Al menos ahora sabemos que eres capaz de disparar contra alguien, en caso necesario.

En una especie de metamorfosis que lo dejó sorprendido, Erin lo empujó con las dos manos, haciéndolo tambalearse.

—¡Eres un maldito canalla, Logan! ¡Y ya estoy harta! ¡Cuéntame de una vez qué es lo que está pasando! ¿Por qué estoy aquí?

Logan había estado esperando que le exigiera respuestas, que se le enfrentara. Y al final había reaccionado justo cuando ya estaba a punto de perder toda esperanza. Aquella mujer era una caja de sorpresas.

—De acuerdo, te lo diré —se guardó el arma en la cintura de los vaqueros

—. Pablo Esteban es el hombre más peligroso que existe actualmente en el negocio de la cocaína. Todo el mundo, desde la CÍA a la DEA, anda detrás de él, pero es demasiado inteligente. Jamás comete un error. Nunca abandona Colombia. Ni se expone a una situación comprometida —añadió, enjugándose el sudor de la frente—. Hace cerca de un año se introdujo en el tráfico de armas. Ahora se dedica a robar armamento militar y a venderlo por todo el mundo. Vamos a atraparlo, pero primero tenemos que averiguar quién le está mirando la información sobre esas armas.

Erin había palidecido. Aunque aún seguía furiosa, parecía aturdida, mareada.

—Oh, Dios... —obviamente, lo que le había contado superaba con mucho sus peores expectativas—. ¿Y cómo vamos a atraparlo?

—Tranquila, ya llegaremos a eso —le aseguró Logan. No quería facilitarle más información de la que pudiera asimilar—. Por el momento, puedes sentirte satisfecha —rió entre dientes—. Si puedes disparar contra mí, es seguro que lo harás contra los malos.

La realidad de lo que acababa de hacer la golpeó con toda su fuerza. Desaparecido todo rastro de furia, lo miró con ojos sospechosamente brillantes.

—Yo no quería... yo sólo...

Logan recogió su arma.

—Tú sólo querías defenderte a ti misma —respondió por ella—. Y eso es un comienzo.

—Oh, Dios mío... —se llevó una mano a la boca. Parecía a punto de desmayarse.

—Siéntate —le ordenó—. Y mantén baja la cabeza, entre las rodillas.

El lejano sonido de un motor distrajo la atención de Logan. Miró hacia el oeste. La segunda fase estaba a punto de comenzar. Si Erin elegía aquel

momento para desmayarse, lo echaría todo a perder.

—¿Qué es eso?

—¡Corre!

Erin se tensó, alerta.

—¿Qué pasa?

—Parece que el gobernador nos ha traicionado.

—¿Qué? —inquirió, entre asustada y confundida.

Logan le lanzó la Beretta.

—¡Corre, maldita sea!

Como en una película a cámara lenta, Erin se volvió hacia el lugar del que procedía el sonido. Tres jeeps con hombres uniformados se acercaban a toda velocidad hacia ellos. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que se trataba de las autoridades mexicanas. Para entonces Logan ya la estaba empujando.

Se preguntó a cuánta distancia quedaría el campamento. ¿Tres kilómetros? Nunca lo conseguirían. El todoterreno en el que habían llegado estaba a más de cien metros. Demasiado lejos.

Una nube de polvo se levantó a su alrededor. Los vehículos los habían rodeado. Logan se detuvo y colocó a Erin detrás suyo. Estaba aterrada. Aquello no podía estar sucediendo.

Luchó por no desmayarse, por no perder la concentración. Logan se movía en círculo en torno a ella, protegiéndola con su cuerpo. Cuando se disipó la nube de polvo, vio más de una docena de rifles apuntándolos. Se aferró al brazo de Logan. ¿Qué podían hacer? Nada. No podían enfrentarse contra tantos hombres.

—Recuerda todo lo que te he enseñado, Bailey —murmuró él, sin

mirarla.

—¡Tiren las armas!

Erin obedeció. Todo había terminado. Estaban muertos, y ni siquiera habían agotado el plazo de los siete días.

Aún seguía viva.

Solamente eso ya era un milagro. Erin recorrió la celda. Era más amplia que la que había ocupado en Atlanta, pero de peores condiciones. Esbozó una mueca de asco al ver lo que pretendía ser el lavabo y el inodoro. Bueno, al menos estaba viva.

Ojalá Logan hubiera tenido la misma suerte. Los policías los habían separado tan pronto como los llevaron al campo de prisioneros. En el registro, la habían obligado a desnudarse. Por suerte le habían permitido conservar la ropa interior. Cerró los ojos, esforzándose por no llorar. Ninguna agente femenina se había encargado de registrarla. Después de mirarla de arriba abajo, le habían ordenado que volviera a vestirse.

Fue entonces cuando dio comienzo el interrogatorio. Durante dos horas seguidas habían estado haciéndole preguntas. Se abrazó, procurando dominar el temblor que sacudía su cuerpo. Había conseguido contarles la historia que se había aprendido. Se llamaba Sara Wilkins y era de Austin. Le habían mostrado un cartel en el que aparecían, reclamados por la justicia, Logan y su antigua compañera. Una especie de hermana gemela de Erin, sólo que morena, la había mirado desde aquella foto. El parecido era asombroso. Durante el interrogatorio, el oficial que parecía estar al mando se había mostrado implacable. Después de llamarla mentirosa en varias ocasiones, le había insinuado la posibilidad de recurrir a ciertos métodos para arrancarle la verdad. En aquel instante estaba esperando a que la sacaran de un momento a otro de la celda... para torturarla.

Se llevó las manos a la cabeza, suspirando. Pensó que quizá debería contárselo todo. Pero Logan le había aconsejado que recordara bien todo lo

que le había enseñado. Debía tener una buena razón para mentir a aquellos policías. Se puso a caminar de nuevo por la celda. ¿Los matarían si supieran la verdad... o eso simplemente daría al traste con la misión?

Frunció el ceño, extrañada. Logan era un hombre demasiado experimentado como para que algo así pudiera haber ocurrido. Pero había ocurrido, eso era innegable. Ambos se encontraban en una prisión mexicana. Recordaba lo suficiente del español que había aprendido en la universidad para saber que se encontraban en un grave problema. Convencidos de que desconocía por completo su idioma, los agentes habían hablado delante de ella con entera libertad. Se estremeció al recordar sus comentarios acerca de lo que les habría gustado hacerle.

Al oír unos pasos, se acercó a la reja de la celda. Un renovado terror se apoderó de su corazón. Logan, flanqueado por dos policías, se detuvo ante la puerta. Al verlo, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Afortunadamente, no parecía tener muy mal aspecto. Se había imaginado que lo habían sometido a todo tipo de terribles torturas...

—Abra la celda y déjenos solos. La orden, en español, la pronunció el propio Logan. Erin contempló sorprendida cómo los ardías obedecían sin rechistar. Durante un minuto entero, fue incapaz de hacer otra cosa que mirarlo. Grabó en su memoria cada detalle de su cuerpo, de su rostro. Por muy absurdo que fuera, en el fondo confiaba en él.

—No lo entiendo —logró pronunciar al fin.

Nada de aquello tenía sentido. ¿Acaso Logan había conseguido convencerlos de algo? ¿Serían libres para marcharse? ¿Habría quedado abortada la misión?

—Lo has hecho muy bien, Bailey —le comentó, sonriente.

De repente lo comprendió todo.

—Era un montaje —la rabia que había sentido cuantío la obligó a disparar la pistola retornó con toda su fuerza.

—Una prueba. Teníamos que estar seguros de que aguantarías la presión psicológica —se apoyó contra la puerta abierta—. Era la única manera.

—Creía que iban a matarme —había dejado que pensara lo peor. Y le había hecho malgastar su tiempo y su energía preocupándose por él, rezando por él...—, Creía que a ti te habían torturado, o asesinado —le clavo el dedo índice en el pecho—. Y durante todo ese tiempo probablemente estarías tranquilamente sentado en algún despacho, riéndote a carcajadas de mi ingenuidad...

Logan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pues no. De hecho, estaba observando tus reacciones durante el interrogatorio —arqueó una ceja—. Estoy impresionado, Bailey. Les contaste la historia desde el principio hasta el final.

Erin estaba roja de furia.

—¿Me extraña que no me hayan interrogado durante más tiempo! ¿Por qué no durante tres, cuatro o cinco horas, en vez de dos? Quizá entonces mi humillación habría sido completa.

—Porque eso habría sido una pérdida de tiempo —respondió, muy serio—. Y Esteban no pierde el tiempo. De no haberte creído, te habría matado en seguida.

—No quiero más sorpresas, Logan —con las manos en las caderas, lo fulminó con la mirada—. No estoy de broma. Si voy a estar dentro de este asunto, quiero meterme a fondo. ¿Me has oído? Ni una sola sorpresa más.

—Te he oído perfectamente, Bailey Pero antes de nada tenemos que aclarar una cosa. Hoy es nuestro tercer aniversario, Baby.

Detestaba que la llamara así. Logan se lo recordaba constantemente para eme no se le olvidara.

—¿A qué viene eso? No quiero que me llames Baby a no ser que sea estrictamente necesario.

—Todo lo que yo hago es necesario —le espetó en un tono que no admitía discusión—. Y nuestro aniversario es precisamente la razón por la que tuvimos que posponer nuestro encuentro con Esteban hace una semana. Él cree que estamos en las Bahamas, pasando una segunda luna de miel. Dentro de veinticuatro horas esperará ver a una pareja fresca y relajada después de unas cortas pero intensas vacaciones.

—Ve al grano, Logan —le exigió, impaciente—. ¿Qué diablos es lo que tienes que aclarar antes de que salgamos de esta pocilga?

Debería haberlo previsto. O al menos sospechado.

Enterró los dedos en su pelo y la besó. En un primer momento Erin se resistió, pero el delicioso contacto de sus labios terminó por seducirla. Apoyó las palmas de las manos sobre su pecho en un último esfuerzo por apartarlo, pero fracasó miserablemente.

El fuego corría por sus venas, calentándole la piel, inflamando el deseo que había estado allí, en el fondo, desde el principio. Algo había estallado en su interior desde el primer instante en que lo vio.

La atrajo hacia sí, envolviéndola en sus brazos. Con la lengua le delineó el contorno de los labios, antes de explorar el dulce interior de su boca. Erin no se echó atrás: el corazón le latía a toda velocidad, como si fuera a estallarle en el pecho. Todo su ser parecía consumirse en su sabor, en su aroma, en sus caricias. Si decidía desnudarla y hacerle el amor allí mismo, en la celda, ella ni siquiera querría resistirse. Su contacto era mágico como una droga. Estaba deseosa, dispuesta...

De pronto Logan se apartó, acariciándole los labios con su aliento acelerado.

—Necesitaba asegurarme de que podías hacer un papel convincente como esposa. Y que no echarías a correr.

Se quedó tensa, rígida: otra prueba. No había sido real. Solamente se había tratado de una simple prueba. Se ruborizó.

Aquello, sin embargo, había sido demasiado real para ella. Sólo que Logan no tenía por qué saberlo.

—Ahórrate el teatro para cuando tengamos audiencia —le espetó—. No eres el primer hombre que me ha besado, ni tampoco serás el último.

Logan esbozó una sonrisa irónica que no hizo sino irritarla aún más.

—No esperaba serlo —le señaló la salida—. Tenemos que hacer los preparativos finales antes de salir para Colombia.

Erin lo agarró de un brazo antes de que pudiera alejarse.

—¿Vamos a ir a Colombia? —el corazón se le había vuelto a acelerar. Se habían acabado las pruebas. Aquello sí que era real. Un juego a vida o muerte.

—Exacto, Bailey. Salimos mañana por la noche. Al amanecer del otro día, estaremos en la finca de Esteban. ¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida por mí, Baby?

Erin se tensó. No había marcha atrás. No había otra opción. Quería recuperar su libertad, retomar su vida anterior.

—No. Estoy dispuesta a arriesgar mi vida por mí.

Una sonrisa iluminó los rasgos de Logan. Fue en aquel instante cuando una especie de corriente eléctrica restalló entre ellos... una suerte de íntima conexión, mucho más profunda que cualquier vínculo físico.

—Adelante entonces.

Erin lo siguió por el lóbrego pasillo. Mientras rememoraba los acontecimientos de aquellos seis días, rezó en silencio una última oración. Ahora podía hacer cosas de las que jamás antes se había creído capaz. Era más fuerte de lo que había imaginado, pero... ¿bastaría eso para mantenerla con vida?

Capítulo 4

La primera mirada al país colombiano le quitó el aliento. Las escarpadas laderas de los Andes, tapizadas de árboles color esmeralda, se elevaban contra el cielo hasta perderse en las nubes. La gran ciudad que anidaba entre aquellas cumbres le sugería una sensación de vulnerabilidad.

Pero Erin sabía, por la descripción que le había facilitado Logan, que Medellín podía ser cualquier cosa menos vulnerable. Una vez más, no pudo menos que asombrarse del extraño giro que había dado su vida. Era una ciudadana tranquila, pacífica; jamás había hecho deliberadamente daño alguno a nadie. La idea de que ahora fuera una delincuente, una presa, todavía la sobrecogía. Había crecido con una pequeña población a unos pocos kilómetros al oeste de Atlanta. Hija única, sus padres la habían mimado y protegido en exceso. Pero un día su madre no fue a buscarla al colegio. Erin la había esperado y esperado, en vano. Hasta que llegó un coche de policía para llevarla a la comisaría más próxima. Aquella misma tarde, sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico.

Y de repente, todo su mundo cambió.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Sin parientes que se hubieran encargado de ella, no podía quejarse de la familia de acogida que le había tocado en suerte. Los Martin habían sido muy buenos, pero Erin nunca les había demostrado un amor o una confianza absolutos. A pesar suyo, se había bloqueado emocionalmente.

Tras la muerte de sus padres, algo había muerto en ella. Después de todo, solo había tenido doce años en aquel entonces. Ya no volvió a permitirse confiar en alguien como había confiado en sus padres. Ellos, que deberían haber estado siempre a su lado, habían desaparecido de repente sin más, sin previo aviso. Como adulta que era, evidentemente comprendía que no lo habían hecho por gusto, que no había sido elección suya. Pero la triste y solitaria niña que seguía habitando en su corazón no podía perdonarles por haberla abandonado. Los había querido tanto... Solo cuando Jeff apareció en su vida volvió a permitirse querer a alguien.

Y Jeff la había traicionado. Le había asegurado que lo que estaba haciendo era legal, que contaba con el permiso de varias compañías para intentar romper su sistema de seguridad informático. Qué mentiroso. Evidentemente había dejado bien demostrado que su empresa era eficaz, pero había sido ella quien había pagado el precio.

Esa vez sí que ya no volvería a confiar en nadie. Nunca.

Desterró aquellos pensamientos, procurando concentrarse en el aquí y el ahora. El mismo reactor que los había llevado de Atlanta a México estaba a punto de aterrizar en un pequeño aeródromo rural, a escasos kilómetros de su destino definitivo.

El aterrizaje no fue suave. Tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas mientras veía cómo el avión se dirigía directamente hacia una muralla de árboles... los mismos que había estado admirando unos minutos antes. Por suerte, el aparato se frenó a tiempo. Transcurrieron varios segundos antes de que se acordara de respirar.

—Vamos, Bailey —le dijo Logan—. Comienza la diversión.

Le lanzó una sonrisa cargada de prepotencia mientras Erin se desabrochaba el cinturón de seguridad y se levantaba del asiento. No solía sonreír, y cuando lo hacía siempre era de esa manera, deliberadamente. Sabía que esas sonrisas la ponían nerviosa. Y cuando se ponía nerviosa, se enfadaba.

Ojalá hubiera podido enfadarse en aquel instante. Muy a su pesar, la furia había cedido paso al terror. Cuadró los hombros, intentando disimular el miedo que le quemaba las entrañas. Pero no pudo. Logan podía leer su rostro con demasiada facilidad.

—Tenemos un todoterreno esperándonos. Una pareja muy parecida físicamente a nosotros dos lo alquiló ayer en Bogotá. También reservó una habitación de hotel para pasar la noche. Iremos a Medellín, y desde allí partiremos hacia la finca de Esteban.

Cuando se disponía a bajar del avión, Erin lo agarró de un brazo.

—¿Cómo se llama el hotel? —tenía que recordar hasta el más mínimo detalle. El propio Logan se lo había insistido hasta la saciedad.

Se volvió para mirarla.

—El Bogotá Plaza —y esbozó una sonrisa, esa vez aparentemente sincera—. Muy bien, Bailey.

Aquello la tranquilizó un tanto. Finalmente había logrado lo imposible: impresionarlo por segunda vez.

La temperatura era considerablemente más fresca que aquella a la que se habían acostumbrado en el campo de entrenamiento de México. Se abrazó para entrar en calor, pensando en el abrigo que llevaba en su saco de campaña. Logan le había advertido sobre los dolores de cabeza que podía provocarle la elevada altitud de aquellas tierras.

Ramón, el chófer, cargó los petates en el maletero del todoterreno. Maverick, el piloto, estaba hablando en susurros con Logan, Erin, como era de esperar, había sido marginada de la conversación. Logan seguía sin dejarla participar en los preparativos, ni siquiera después de haber pasado las pruebas. Se estremeció al pensar en lo sucedido durante los dos últimos días. Todavía no podía creer que hubiera sido capaz de disparar contra él, cuando le encañonó la sien con su arma...

¿Y si se hubiera equivocado y aún le hubiera quedado una bala en la recámara? Se había echado a reír, diciéndole que para eso se había puesto un chaleco antibalas. De cualquier forma, le había dejado muy clara la lección. Y tenía que reconocer que ahora era una mujer mucho más capaz y decidida que antes. Quizá se debiera al estrés acumulado durante los últimos meses, mezclado con la insoportable presión de aquella semana. Fuera como fuere, había cambiado. ¿Qué pensarían sus padres si hubieran podido verla?

Una sonrisa asomó a sus labios. Si la viera en aquel mismo momento, Jeff se lo habría pensado dos veces antes de traicionarla. Ahora no sería un objetivo tan fácil, y todo gracias al entrenamiento al que la había sometido

Logan. Además, Logan le había prometido que Jeff recibiría su merecido si aceptaba participar en la misión, lo que constituía un incentivo más, y nada desdeñable.

Logan advirtió que, aquella mañana, Bailey parecía más firme y confiada que de costumbre. La decisión que había tomado de no teñirse el pelo y dejárselo rubio había sido la adecuada. A él, por lo menos, le gustaba. Y, a juzgar por su afición por las rubias, probablemente a Esteban también le gustaría.

Pero no había sido esa la razón de su decisión. Además de un conductor de primera, especialista en carreras, Ramón había sido peluquero. En su opinión, copiar el tono exacto del cabello de Jess habría sido imposible. Era preferible aparentar que había decidido teñírselo de rubio, antes que exponerse a levantar sospechas.

Al mismo tiempo, Ramón había sugerido una imagen más «sensual» para Bailey. Con ese fin le había cortado el pelo a capas, además de vestirla con un top y unos vaqueros muy ajustados, Aun así, no era Jess.

Logan suspiró profundamente. Tenía que dar la espalda a aquel dolor hasta que todo hubiera terminado. Jess y él habían trabajado juntos durante mucho tiempo, y habían estado muy unidos. Pero tenía que concentrarse en el presente. La propia Jess así lo habría querido. Se lo debía. Luego, por último, daría a Sánchez su merecido. Y se encargaría personalmente de ello, pese a lo que Lucas y Casey pudieran decir al respecto.

Obligándose a volver a la realidad, Logan vio que Bailey daba una vuelta en torno al todoterreno como si quisiera memorizar cada detalle del vehículo. Se sonrió. Era una gran alumna, eso era innegable. Y tenía que admitir que sus habilidades para la informática eran todavía mayores que las de Jess. Había sido capaz de romper todas las barreras de seguridad que le habían puesto. Como hacker, no tenía rival. Y sin embargo, aún parecía tan fuera de su elemento... ¿Sería capaz de mantener la calma cuando las balas empezaran a llover a su alrededor, cuando comenzara a caer y a morir gente? ¿Sería capaz de desempeñar su papel hasta el final, costase lo que costase?

Logan intentó sobreponerse a la punzada de inquietud que lo acosaba cada vez que pensaba en el futuro. La noche anterior, durante la teleconferencia que mantuvo con Lucas, le había confesado que su preocupación no podía ser mayor. Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Hey, ¿me estás escuchando o no?

Logan frunció el ceño al darse cuenta de que no tenía ni la menor idea de lo que le estaba diciendo Maverick.

—Repasemos las actividades de ayer —le sugirió Logan, procurando disimular su distracción—. ¿Cuándo llegaron los hermanos Caldarone a la finca?

—A las cuatro de la tarde —respondió, sacudiendo la cabeza—. Pero a mí no me engañas, Johnny —le advirtió, sagaz—. Yo le aseguré a Lucas que podrías manejar bien esto. Y no me equivocaba, ¿verdad?

—No necesito que ni Lucas ni tú me fiscalicéis. Si no estuviera a la altura de este desafío, no habría venido aquí. Lo sabes perfectamente.

De unos cuarenta años, Maverick tenía porte militar y una mirada acerada, capaz de intimidar al hombre más templado. Había preparado a Logan como especialista, y era como un hermano mayor para él. Tanto Ramón como Maverick formaban parte de Mission Recovery. Solían encargarse de pequeños detalles, como el peinado de Bailey o la gestión de la pareja de Bogotá cuando alquiló el todoterreno y reservó la habitación de hotel.

—Esa chica no es Jess —añadió Maverick—. Y te preocupa haberla metido en este lío.

—Ya sé que no es Jess —masculló Logan, impaciente.

—Os he visto juntos a los dos, Johnny. Hay algo ahí. El más estúpido podría verlo —alzó una mano, adelantándose a sus protestas—. En cierta

manera, eso es positivo. Esteban se dará cuenta. Utilízalo como una ventaja. No importa que esté basado en un anticuado instinto de protección, o en un simple interés sexual. Utilízalo, pero no lo pierdas. ¿Me oyes, Johnny? No lo pierdas. Incluso el mejor tiene su talón de Aquiles. Quizá esa chica, teniendo en cuenta las circunstancias que os han reunido, sea la mujer de tu vida.

—Ya, y quizá te ha afectado el mal de altura —le espetó Logan, sosteniéndole la mirada—. A estas alturas deberías saber que no debo permitir que nadie, y menos que nadie una mujer, se interfiera en el éxito de una misión.

Maverick no dijo nada durante un buen rato.

—Ya —soltó una carcajada, como para rebajar la tensión del momento—. Tienes razón, Johnny, tú siempre haces bien tu trabajo... —le dio una palmadita en la espalda mientras se acercaban al todoterreno—. Iría contigo a cualquier parte. Incluso con esa asustada chiquilla a remolque.

Logan desvió la mirada hacia Erin, que estaba hablando con Ramón. Parecía nerviosa, y tenía sus razones. Estaba a punto de entrar en un mundo desconocido donde no podría confiar en nadie. Y donde nada era lo que parecía.

Hasta allí había llegado el cometido de Ramón y de Maverick. A partir de ese momento, Logan y Erin seguirían solos. Se preguntó si sería consciente de que, una vez que estuviera dentro de la finca de Esteban, ya nadie podría ayudarlos. Quizá resultaba preferible que no lo supiera.

—Buena suerte, Logan —se despidió Ramón, antes de hacerle un guiño a Bailey—. No te dejes intimidar por él, cariño. Puede que sea el jefe, pero tú eres el factor clave. Recuérdalo.

Erin no supo qué responder a eso.

—Gracias por el consejo.

—Para cuando volvamos a Chiapas, el campamento de entrenamiento ya habrá sido desmontado y partiremos en seguida a los Estados Unidos —le

informó Maverick a Logan—. Ferrelli estará pendiente de vosotros —al ver el gesto de incompreensión de Erin, se apresuró a explicarle—: Es vuestro ángel guardián. Ferrelli vigilará que no os pase nada, al menos hasta que entréis en la finca.

Erin intentó esbozar la mejor de sus sonrisas... con escaso éxito, Una nueva oleada de terror la anegó por dentro mientras Ramón y Maverick subían al avión. Minutos después ya estaban volando. Esperó hasta que los perdió de vista, con el corazón acelerado y el cerebro paralizado de miedo.

—Manos a la obra, Baby —pronunció Logan a sus espaldas, abriéndole la puerta del todoterreno.

Parpadeó varias veces, estremecida. No tanto por la irritante forma que tenía de llamarla, como por la ofensiva y descarada mirada con que midió su cuerpo, de arriba abajo. Cuadrando los hombros, se reunió con él.

—Dime una cosa, Logan —le dijo con el tono más seductor que fue capaz de adoptar—. ¿Tenía también Jess un nombre especial para ti? —se encogió de hombros—. Después de todo, somos una feliz pareja que acaba de disfrutar de una segunda luna de miel, ¿no? Lo lógico sería que te llamara de otra forma, más cariñosa...

—Por supuesto. Debería habértelo dicho ya.

Hizo un gesto con la mano, indicándole que subiera al vehículo. Erin obedeció, incómoda. Logan cerró la puerta y se apoyó sobre ella.

— Lover —le dijo en un susurro—. Cuando quieras mostrarte cariñosa conmigo... llámame Lover.

De repente le dio más miedo la perspectiva de quedarse a solas con Logan, en aquella insoportable cercanía, que cualquier amenaza que pudiera representar Esteban. Justo cuando estaba a punto de gritar de frustración, o al menos eso le parecía a ella, Logan se apartó. No dejó de mirarlo mientras rodeaba tranquilamente el todoterreno y se sentaba al volante.

Ella misma se lo había buscado, ¿no? No volvería a suceder. Se

avercinaban problemas suficientes como para encima ponerse a jugar al gato y al ratón con Logan. Y sin embargo, había algo en él que excitaba su sentido de la competitividad, que la incitaba a... jugar.

Sacudió la cabeza, reprimiendo un suspiro. ¿Acaso no había aprendido la lección de la peor manera posible? Una mujer nunca podía confiar en un hombre cuya prioridad descansaba en el trabajo, y nada más que en el trabajo. Porque John Logan encajaba definitivamente en esa categoría.

Acunada entre montes, la vista de Medellín la impresionó por su belleza. Según Logan, Esteban era la principal autoridad del cártel de la droga, aunque su actividad no se limitaba a aquel negocio, el gobierno sabía que estaba importando y revendiendo equipamiento militar. Sólo cuando las demás agencias del gobierno habían fracasado en capturarlo, se le había encomendado la misión al equipo del que formaba parte Logan.

Minutos después entraron en la ciudad. Logan aparcó frente a lo que parecía una cantina, aunque no había letrero alguno con su nombre, o su propietario. De hecho, no había ningún cartel.

—Haz simplemente lo que yo haga.

Pronunció las palabras con tono tranquilo, sin mirarla. Bajaron sin prisa del todoterreno. Erin se tomó su tiempo para mirar en torno suyo y revisar los alrededores, tal y como Logan le había enseñado. «La clave está en los detalles», le había repetido sin cesar durante la última semana. «Que ni un solo detalle se te escape. Nunca dejes un ángulo muerto, sin revisar. Permanece alerta. Fíjate en cada detalle como si tu vida dependiera del más insignificante».

Logan le rodeó los hombros con un brazo y se dirigieron a la puerta medio abierta de la cantina, justo antes de entrar, le dio un rápido beso en la mejilla, murmurándole:

—Actúa como si quisieras estar aquí. Como si esto te gustara.

Sus ojos tardaron algunos segundos en adaptarse a la penumbra. Mesas y sillas de madera llenaban completamente el local, todas ocupadas. A un lado se extendía una larga barra, con algunas banquetas libres. Logan se dirigió hacia allí. Se sentó en una y atrajo a Erin hacia sí, entre sus piernas.

A pesar del miedo que latía en sus venas, no pudo evitar una punzada de excitación. Se tensó de inmediato, dispuesta a apartarse, pero Logan no se lo permitió. Tomándola de la cintura, la acercó aún más a su cuerpo.

Luego pidió una botella de tequila, en un español perfecto. El camarero les sirvió la botella con dos vasos mientras Logan dejaba un arrugado billete de veinte dólares sobre la barra. Erin se inquietó una vez más al sentir las no menos de veinte miradas que la devoraron como si fuera el plato más apetitoso del mundo.

Logan le mordisqueó entonces el lóbulo de la oreja, provocándole un escalofrío... y un estremecimiento de placer.

—Sonríe, cariño, esta es nuestra gente —musitó—. Tenemos que encajar a la perfección en este escenario.

Erin se las arregló para sonreír mientras le acariciaba una mejilla.

—Lo que tú digas, Lover...

Poco a poco, los parroquianos dejaron de mirarlos y volvieron a concentrarse en lo suyo. Erin lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¿Ves aquel tipo que acaba de entrar? —le preguntó Logan.

Erin se apoyó de espaldas contra su pecho, ladeando la cabeza para mirar al recién llegado de manera disimulada. Y cuando lo hizo, no pudo evitar una nueva punzada de excitación al contacto del cuerpo de Logan, era tan duro, tan masculino...

—Sí —susurró.

El hombre, alto y de anchos hombros, permaneció en el umbral de la puerta durante varios segundos antes de volver a salir.

Logan le dio un beso en el cuello.

—Ese es nuestro contacto.

Dentro del círculo de sus brazos, Erin se volvió para mirarlo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —sintió unas irrefrenables ganas de echar a correr. Eso era lo que quería hacer ella. El corazón seguía laténdole a toda velocidad, tanto por la cercanía de Logan como por el miedo que la anegaba por dentro.

—Reunimos con él ahí fuera —respondió, taladrándola con sus ojos oscuros como si estuviera leyendo en un libro abierto.

Deslizando los dedos por su cintura, fue descendiendo cada vez más hasta acariciarle el trasero, perfectamente consciente del efecto que ejercía sobre ella. Erin creyó morir de vergüenza. ¿Cómo podía excitarla de esa manera contra su voluntad? Resultaba absolutamente patético...

Esa vez la besó en los labios, apenas un simple contacto, pero lo suficiente para trastornarla por completo. Mientras se dejaba guiar fuera del local, los oídos le atronaban, le ardía la piel. El miedo y el deseo parecían anudarse estrechamente en su interior.

Sintió el súbito y abrumador impulso de correr, o de llorar, o de hacer ambas cosas a la vez. Oh, Dios, tenía que concentrarse, que prestar atención. Logan casi tuvo que arrastrarla mientras se dirigía hacia el hombre que los estaba esperando en una esquina. Segundos después entablaba una animada conversación con él. Era su contacto. La persona que se encargaría de guiarlos a la finca de Esteban.

Erin soltó otro suspiro de alivio. Miró a Logan, que seguía sin soltarle la mano. Guapo, fuerte, parecía el clásico héroe dispuesto a defender a su país. Y de paso a ayudarla a ella a recuperar su libertad, y a hacer justicia.

Ya. Y Santa Claus era un ser de carne y hueso.

Capítulo 5

La finca de Esteban se extendía a lo largo de una cresta montañosa, sobre el valle y la carretera. Al fondo de la propiedad se divisaban unos profundos precipicios de más de cien metros de altura. Gracias a las fotografías por satélite, el equipo de Mission Recovery sabía que resultaba prácticamente imposible acceder al recinto por aquella parte. Por delante, o en helicóptero, sería mucho más factible, aunque la larga carretera que llevaba a la mansión excluía toda posibilidad de un ataque por sorpresa.

Lo fundamental no era solamente capturar a Esteban, sino identificar a la persona que le facilitaba la información; un estadounidense, como Logan, que parecía dispuesto a sacrificarlo todo en el altar del dios del dinero.

Miró de reojo a Bailey, que seguía demasiado callada. Sabía que se estaba esforzando por mantener una apariencia tranquila. Terminaron de subir por la carretera de montaña, detrás de su escolta. Altos muros de seguridad cubiertos de hiedra cercaban la residencia y los edificios anejos, incluido el centro de operaciones. La mansión era un edificio de piedra maciza, rematado por un tejado rojo. El servicio de inteligencia le había calculado unos siete mil metros cuadrados.

La casa de los huéspedes se encontraba tan cerca que casi servía de vestíbulo a la elegante mansión. Otros edificios más pequeños completaban la inmensa propiedad. El gran portón de hierro se abrió para franquear el paso a los dos vehículos. Una suntuosa fuente se levantaba en el centro del immaculado jardín. Enormes ventanales y galerías porticadas daban a la mansión la apariencia de un gran y antiguo hotel.

—No me esperaba algo así —comentó Erin, impresionada.

Logan frenó varios metros por detrás del otro vehículo y entró en el aparcamiento.

—A partir de ahora, ten mucho cuidado con lo que digas —le aconsejó con tono suave—. Este lugar está lleno de micrófonos.

Asintió, mirándolo con los ojos muy abiertos, temerosa. No por primera vez, Logan se arrepintió de haberla metido en aquel asunto. Era demasiado arriesgado. Él podía cuidar perfectamente de sí mismo, pero Bailey... era una novata, carente de la preparación adecuada.

Un lastre, en suma. Para ella misma y para la misión. Y sin embargo, también la única esperanza que les quedaba.

—Estoy lista —pronunció Erin con un leve temblor en la voz.

Logan sabía que no debía, pero no pudo evitarlo: la tocó. Extendió una mano y le acarició una mejilla con la punta de los dedos.

—Te debo esta, Bailey.

Erin se quedó sin aliento. Logan se vio asaltado por el súbito impulso de ponerse en marcha, huir rápidamente de allí... y no parar hasta llevarla a un lugar donde pudiera estar completamente a salvo.

Pero unos ligeros golpes a la ventanilla lo devolvieron a la realidad.

—¡Vamos, vamos! —exclamó una voz con fuerte acento hispano. Era Cortez, su escolta—. ¿No habéis tenido suficiente con las vacaciones en las Bahamas? ¡Esteban os está esperando!

Logan abrió la puerta y bajó del todoterreno.

—Con una mujer así, uno nunca se cansa —sonrió al gigantón antes de rodear el vehículo para reunirse con Erin—. ¿No es cierto, Baby?

—Lo que tú digas, Lover... —susurró.

Cortez gruñó algo en español que Logan no acertó a escuchar, y los guió por el vestíbulo principal. La casa parecía todavía mayor que en las fotografías por satélite que había estudiado.

Logan mantenía a Bailey bien agarrada de la cintura, sin soltarla. Intentó decirse que era para que se sintiera más segura. Que no era porque parecía

adaptarse naturalmente a su cuerpo, como si fueran uno solo, o llevaran juntos toda la vida. Recordó el consejo de Maverick. Tenía que utilizar aquella atracción física en su beneficio, como una ventaja. Porque no era nada más que eso: una simple química.

Sólo cuando entraron propiamente en la casa pudo sentirse Erin algo más tranquila. La docena de soldados o más que había visto patrullar los alrededores le había puesto demasiado nerviosa: el ejército privado de Esteban. Tenía que admitir que eran los soldados mejor equipados que había visto en su vida. Algunos llevaban trajes muy elegantes, y por supuesto, sofisticadas armas de guerra. Otros vestían ropa militar, de camuflaje.

Pero se olvidó de todo aquello cuando su acompañante los hizo pasar al salón. Jamás se había imaginado algo parecido. La inmensa habitación estaba decorada con espléndidas artesanías, pinturas de un gusto exquisito y maravillosas esculturas que exudaban un aire de elegante suntuosidad, Esteban tenía buen gusto, eso no podía menos que concedérselo.

—¡Ah, el señor y la señora Wilks!

Una voz retumbante sacó a Erin de sus reflexiones, Esteban no era tan alto como Logan, pero a sus cuarenta y tantos años parecía conservar una excelente forma física. Tenía los ojos negros, de mirada penetrante, escrutadora. A pesar de que no le habían facilitado su descripción, supo inmediatamente que era él.

—Señor Esteban —Logan le tendió la mano—, le agradecemos su hospitalidad.

Le estrechó la mano, pero en seguida concentró su atención en Erin.

—Espero que hayáis disfrutado a fondo de vuestras vacaciones en las Bahamas... —los tuteó de inmediato, como queriendo dejarles claro quién era el que mandaba.

Bajo su descarado escrutinio, Erin resistió el impulso de abrazarse a Logan. La miraba de la misma forma que los hombres de la cantina.

—Así es. Hemos disfrutado de cada segundo, ¿verdad, Baby? —y la acercó hacia sí.

Erin suspiró aliviada. Necesitaba su contacto, aunque sólo pretendiera con ello dar credibilidad a su actuación. Esteban la contempló una vez más, a placer.

—Te has teñido el pelo.

La frase sonaba a acusación, Erin intentó pensar en alguna respuesta, pero no se le ocurrió ninguna. De repente Esteban esbozó una sonrisa ávida, casi voraz.

—Me gusta —comentó, y se volvió hacia Logan, adoptando esa vez una expresión fría, profesional—. Tenemos mucho de que hablar. Cortez llevará a tu encantadora esposa con Sheila, otra de mis huéspedes, que la atenderá debidamente. Ella será la encargada de que os sintáis como en vuestra casa.

—Estupendo —Logan le dio a Erin un rápido beso en la frente—. Hasta luego, Baby.

La soltó y, sin volver la mirada, siguió a Esteban fuera del salón.

—Por aquí, Baby —la urgió Cortez, burlón.

Ignorándolo, Erin se dejó guiar. Una vez fuera, se dirigieron al ala este. La inmensa terraza corrida comunicaba con las habitaciones interiores. Vio a una mujer recostada en una tumbona, bajo un árbol frondoso, con un cigarrillo en la mano.

Mientras se acercaba a ella, suspiró aliviada. Se sentiría mucho más cómoda en compañía de una mujer. Sobre todo cuando no parecía ir armada...

Cortez lanzó una desdeñosa mirada a la mujer, que no se levantó.

—Esteban quiere que le enseñes la casa —le espetó antes de marcharse.

Sheila lanzó a Erin una mirada cargada de antipatía.

—Así que tú eres la chica nueva, ¿eh?

—Exacto —sin esperar a que la invitaran, se sentó en otra tumbona, frente a ella. Pensó que, por desgracia, su anfitriona parecía tan cruel y malvada como los guardianes que custodiaban la casa.

—Pues recuerda que yo estaba aquí primero. Lo de los rangos tiene sus privilegios. No te vayas a creer que, sólo porque eres nueva, me vas a pisar mi territorio.

Erin frunció el ceño, adoptando la expresión más inocente de que fue capaz.

—Yo soy la favorita de Esteban —esbozó una falsa sonrisa—. Aparte de su hermana, yo soy la única mujer que lleva más de un año viviendo en esta casa. Tu presencia aquí no va a cambiar nada —hizo un gesto de desprecio—. Por lo demás, no durarás ni una semana.

A pesar de sus temores, Erin se las arregló para proyectar una imagen de tranquilidad.

—Bonito anillo —comentó, en lugar de discutir con la mujer. Cambiar de tema le pareció lo más prudente en aquel momento. Además, no pudo evitar fijarse en el gran diamante que llevaba en la mano izquierda—. ¿Estás casada?

—Por supuesto —respondió Sheila, engreída—. Se llama Larry. Ya lo conocerás —se llevó una mano al pelo—. Tiene debilidad por las pelirrojas. Tu teñido es horrible. ¿Qué clase de imbécil pudo hacerte algo así?

Sólo entonces tomó conciencia Erin de hasta qué punto había logrado engañar a todo el mundo. Todos ellos debían de haber visto fotos de Jess o incluso haberla conocido en persona; únicamente de vista, por supuesto, sin presentaciones. Y ninguno había sospechado que ella no era Jess. Aquel presunto teñido era su color natural de pelo. ¡El plan de Logan había funcionado!

—Lo hice por capricho. Como dicen que las rubias suelen divertirse más... —repuso, encogiéndose de hombros.

Sheila alzó los ojos al cielo.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Realmente crees que el cabello rubio es lo único que puede seducir a un hombre como Esteban?

Antes de que Erin pudiera pensar en una respuesta apropiada, Sheila se levantó. Lo que constituyó un verdadero milagro, a juzgar por la ajustadísima falda que parecía cortar la circulación de las piernas.

—Vamos —le ordenó—. Te enseñaré todo esto. Aunque dudo que dures lo suficiente para necesitarlo.

Erin la siguió, preguntándose cómo podía caminar con unos zapatos de tacón tan altos. Era muy alta y delgada, con tipo de modelo.

—Esta es la casa de los invitados —le explicó con tono desdeñoso mientras se acercaba a un pequeño edificio de dos pisos. Parecía más antiguo que la mansión. Los muros de piedra cubiertos de hiedra le daban un lóbrego aspecto—. Aquí te alojarás tú —añadió, abriendo la puerta.

Una vez dentro, una ancha escalera llevaba a la planta superior. Dos puertas se abrían a cada lado, en los dos pisos.

—Esta es tu habitación —le señaló la primera puerta a la derecha—. Tus cosas ya están dentro.

Erin la siguió al interior. Los dos petates estaban en el suelo. Resultaba obvio que los habían registrado.

—La mayor parte de los chicos de seguridad viven en los barracones —le informó Sheila, acercándose a la ventana y señalándole unos edificios al otro lado del jardín—. Hay diez. Ya los irás conociendo. Esteban quiere que comamos juntos con la mayor frecuencia posible. Tiene otras muchas manías, pero ya las irás descubriendo por ti misma —se dirigió hacia la puerta—. Avísame si necesitas alguna cosa más. Estoy arriba, en el apartamento de la

izquierda —en el último momento se volvió para mirarla de arriba abajo, despreciativa—. No me gustas Baby. No te entrometas en mi camino y nos llevaremos bien.

Y cerró de un portazo. Erin soltó un tembloroso suspiro. Apenas llevaba media hora en aquella casa y ya se había ganado un enemigo.

Se asomó a la ventana. Un par de guardias paseaban por el perímetro este de la casa, con las ametralladoras al hombro. En el ala oeste del edificio se levantaba una especie de torreta. No se necesitaba ser un experto en seguridad para saber que se trataba de una torre de control. Desde allí podía divisarse todo el valle. Esteban localizaría cualquier presencia inesperada diez o quince minutos antes de que llegara a la verja de entrada.

Más guardias se hallaban apostados en el imponente portón. De repente tuvo la sensación de que los muros de aquella fortaleza se cerraban en torno suyo. Se abrazó, cerrando con fuerza los ojos, luchando contra el miedo y el vértigo que experimentaba siempre que la asaltaban aquellos ataques de claustrofobia. Reprimió el impulso de echar a correr hacia la puerta. Nada de errores, le había dicho Logan.

Respiró profundamente varias veces hasta que consiguió dominar la sensación de pánico. Cuando cedieron los temblores, abrió los ojos de nuevo. Lo único que tenía que hacer era mantener la calma. Logan se encargaría del resto.

Decidió familiarizarse con su alojamiento temporal. Podía deshacer su bolsa de viaje y quizá dar un paseo por los jardines, si se lo permitían. En la habitación principal, que hacía las veces de salón, había un gran sofá con un sillón a juego y un par de mesas. Una televisión con aparato de DVD ocupaba una esquina, y una alta estantería de libros en la otra. Entre las dos había una chimenea de piedra que daba al apartamento un aspecto cálido y acogedor.

Recordó lo que Logan le había dicho acerca de los micrófonos. Estremecida, se preguntó si también habría cámaras. Detrás del salón había una cocina funcional, con un pequeño comedor. Abrió algunos armarios y la nevera, que estaba bien surtida. Luego entró en el dormitorio, con el cuarto de baño contiguo. Había una gran bañera de jacuzzi. La habitación, de

aspecto muy cómodo, tenía una sola cama, pero inmensa. Se dejó caer en ella, suspirando.

Se suponía que Logan y ella tenían que ser marido y mujer. Miró la alianza de oro que llevaba en la mano izquierda. El problema era que no sabía cómo soportaría dormir con él en la misma cama. Y no podía negarse. Si lo hacía, parecería extraño, y no podía arriesgarse a eso.

Por otro lado, carecía de sentido preocuparse por lo inevitable. Lo superaría. Decidida, se dedicó a deshacer su equipaje y el de Logan. Ocuparse en algo le permitiría distraerse y dejar de pensar en aquel lugar.

Cuando ya casi había terminado de guardar sus cosas, miró el reloj digital que había sobre la mesilla y frunció el ceño. ¿Dónde se habría metido Logan? Supuestamente tenía que hablar de cosas importantes con Esteban, pero no podía tardar tanto tiempo. Encogiéndose de hombros, abrió su petate. Después de todo, era su esposa, ¿no?

Se podían saber muchas cosas por la manera de vestir de una persona. Su antiguo novio, Jeff, siempre había cuidado mucho su aspecto. En vez de trajes, solía vestir suéteres y pantalones de sport, tic marca, muy elegantes. Habría muerto antes que ponerse una camiseta y unos vaqueros.

Logan era todo lo contrario. Pasó una mano por el par de vaqueros, viejos y gastados, que acababa de sacar de su petate. No necesitaba marcas selectas para ganar en seguridad y confianza, pensó mientras se los guardaba en la cómoda. Confiaba lo suficiente en sí mismo como para no tener que imponerse sobre los demás, o proclamar a los cuatro vientos lo bueno e inteligente que era. Esbozó una mueca al recordar la cantidad de veces que había consentido que su antiguo novio la hiciera sentirse inferior, infravalorada, tanto en el plano profesional como personal.

Pero eso no volvería a suceder. Cerró el cajón de la cómoda y se ocupó de las camisas. Después de aquello, nadie sería capaz de decirle que no era capaz de hacer algo que se había propuesto. Nadie. Una vez guardadas las camisas y los suéteres, se extrañó de no encontrar la ropa interior. Volcó el petate y la sacudió: nada. Metió los dos petates en el armario y se apoyó durante unos segundos en su puerta cerrada, intentando recordar. No, ese era

el único equipaje que habían traído.

Arqueó una ceja. Quizá no llevara ningún tipo de calzoncillo... Se le secó la garganta. Eso era ridículo, todo el mundo llevaba ropa interior. Pero, aparentemente, Logan no... a no ser que se hubiera olvidado de guardarla. No. Era un hombre demasiado meticuloso para olvidarse de algo así. Un hombre que no se olvidaba de su bolsa de aseo o de su dentífrico, tampoco se olvidaría de sus calzoncillos... si los llevaba.

La imagen de Logan completamente desnudo asaltó de pronto su mente. Abrió mucho los ojos. Le convenía salir a dar un paseo.

Cuando salió de la casa el sol ya estaba alto, arrancando reflejos a los tejados rojos y al agua de la gran fuente que se levantaba frente a la mansión. El clima era perfecto. Quizá demasiado frío por la mañana temprano, pero excelente a esa hora. Contempló los altos muros cubiertos de hiedra. Al fondo podía distinguir una garita de vigilancia.

Hacia la parte posterior de la casa, el primer piso parecía enteramente de cristal. No tardó en descubrir el motivo: el quebrado perfil de los Andes se divisaba al fondo. La vista era espectacular.

Desde luego Esteban tenía buen gusto, pero carecía de corazón. Desconocía el significado de la bondad humana. Era perverso. Y si Logan tenía éxito en su misión, lo capturarían.

Frunció el ceño de nuevo. ¿Dónde se habría metido Logan? En el jardín no había nadie, a excepción de los omnipresentes guardias. No pudo evitar sentir una punzada de inquietud. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Acaso había sucedido algo importante y ella se lo había perdido? No había oído tiroteo alguno, ni gritos...

¿Y si algo le había sucedido a Logan? Un nudo de terror le atenazó la garganta. ¿Y si lo habían descubierto?

Una rápida sucesión de disparos resonó a lo lejos. Erin corrió a refugiarse detrás del árbol más cercano, aterrada. ¿Dónde estaría Logan? ¿De dónde habían procedido aquellos tiros?

—Tiene que volver a sus habitaciones.

Erin se volvió al escuchar aquella voz masculina, nada familiar.

—Vuelva a sus habitaciones —le ordenó el hombre, brusco—. Ahora.

Se recordó que tenía que estar en su papel. No aparentar miedo. Jess lo habría disimulado. Tenía que demostrar a Logan que podía hacerlo. O mejor: tenía que demostrárselo a sí misma. Cuadró los hombros y alzó la barbilla.

—No pienso ir a ninguna parte mientras no me diga qué es lo que está pasando.

Fue demasiado rápido. Sintió el golpe, pero su cerebro casi no lo asimiló. Como si no pudiera dar crédito a lo que veía: la culata de su arma cerniéndose sobre ella. Hasta que de repente todo se tornó negro.

Capítulo 6

—Esos tres hombres deberían servir de ejemplo —tronó Esteban, con un brillo de furia en los ojos.

Pasó por delante de Logan y los demás. Logan estaba informado de sus famosas rabietas. El espectáculo que acababa de presenciar había acentuado el desprecio que sentía por él. Había ejecutado a tres hombres de su ejército privado, a pesar de sus súplicas. Logan no había tenido manera de saber qué tipo de prueba había utilizado contra ellos. Fuera cual fuera, al parecer había bastado para provocar su ira.

Miró al hombre que seguía paseando ante ellos, de un lado a otro, como una bestia rabiosa.

—La traición se castiga con la muerte —pronunció Esteban, deteniéndose delante de uno de sus más fieles servidores—. ¿No es verdad, mi viejo amigo?

—Así es, jefe.

Era Larry Watters. Antiguo militar estadounidense. Reclamado en Texas por un asesinato en primer grado. Su esposa y él llevaban cerca de un año trabajando para Esteban. Justamente el tipo al que Logan necesitaba acercarse.

—Y tú, mi nuevo amigo... —Esteban se detuvo frente a Logan—... ¿tienes alguna pregunta?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, esbozó una leve sonrisa.

—Sólo una. ¿Cuándo comemos?

Esteban se lo quedó mirando fijamente durante lo que le pareció una eternidad, con inescrutable expresión. Un absoluto silencio se abatió sobre ellos. Logan no bajó la vista en ningún momento.

De repente, Esteban estalló en carcajadas. Los otros también rompieron a reír, como marionetas. Logan se sonrió de nuevo. Se había arriesgado, y no sólo había sobrevivido, sino que parecía haberse ganado la simpatía de su jefe.

—Tienes razón, amigo Logan —dándole unas palmaditas en la espalda, empezó a alejarse del escenario del crimen—. Ya es más de mediodía. Me gustaría que tú y tu encantadora esposa os reunierais a comer conmigo.

«Encantado», pronunció Logan en silencio. Ya estaba dentro.

—Mi esposa se sentirá encantada.

Minutos después, cuando llegó a su alojamiento, le sorprendió el absoluto silencio reinante. De inmediato se puso alerta. ¿Dónde diablos se habría metido Bailey? Empujó sigilosamente la puerta y entró en el salón. Todo parecía en su sitio, no había señal alguna de forcejeo. Tampoco se oía ruido alguno... Hasta que de repente escuchó algo. Una especie de maldición susurrada al otro lado del dormitorio, en el cuarto de baño. Era Bailey.

En vez de entrar directamente, se lo pensó mejor y llamó a la puerta. Lo último que quería era asustarla. Tal vez pudiera decir o hacer algo imprudente, olvidándose de que la casa estaba llena de micrófonos.

—Baby, ¿estás allí?

—Ahora mismo salgo —dijo Erin tras una corta pausa, sin abrir.

Logan se tensó, Algo marchaba mal. Echó mano al picaporte. ¿Se habría desmayado?

—Voy a entrar.

Abrió la puerta y se encontró frente a una temblorosa Bailey. Se estaba presionando la sien izquierda con un improvisado paquete de hielo. El moretón que tenía bajo el ojo parecía oscurecerse por momentos. Estaba congestionada; se notaba que había llorado.

—No es nada —se apresuró a tranquilizarlo, retrocediendo un paso.

—¿Qué diablos ha pasado? —exclamó furioso.

Al principio no pensó en nada más que en matar a la persona que le había hecho aquello.

—Estoy bien, de verdad —parpadeó varias veces, con los ojos llenos de lágrimas.

—Dime lo que ha sucedido.

—Decidí dar un paseo por ahí... —se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Cuando oí unos tiros me preocupé mucho... Uno de los guardias me ordenó que volviera aquí, pero yo quise asegurarme de que tú... de que tú te encontrabas bien. Al parecer se tomó muy mal mi réplica y...

—¿Te golpeó? —inquirió Logan, rabioso. Erin asintió con la cabeza.

—Hablaré con Esteban de esto —pronunció, tenso. Esbozó una mueca cuando le retiró la mano y echó un vistazo a la contusión de la cabeza—. Y creo que voy a matar al tipo que te ha hecho esto —sabía que no se estaba comportando de manera racional. Pero no podía controlarse. Su rabia era genuina—. Maldito canalla... —musitó mientras le acariciaba tiernamente la mejilla.

—No. No tiene importancia. Debí haberte hecho caso. El error fue mío —se aferró a su mano—. No lo empeores, yo... —se interrumpió, cerrando los ojos con fuerza— yo no quiero causar problemas.

Logan se dijo que tenía que hacer algo. Atrayéndola hacia sí, la estrechó en sus brazos. Era tan suave, tan cálida, tan frágil... No podía decir nada por miedo a que lo escucharan, si realmente había algún micrófono en la habitación. En aquel lugar no había nadie en quien pudiera confiar. Bailey era un ser por completo ajeno a la sordidez de aquel mundo, y él no podía protegerla. Estaban rodeados de gente que mataba por deporte, por afición. La brutalidad era su forma de vida.

No tenía forma alguna de proteger a la mujer inocente que tenía en aquel momento en sus brazos. Cerró los ojos y le hizo una silenciosa promesa. Encontraría una forma de mantenerla a salvo. De una forma u otra.

Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de ver a nadie como cuando vio a Logan. Había temido lo peor. Había temido que estuviera muerto y que ella fuera a ser la siguiente. Cuando recuperó la consciencia, el guardia ya se la había cargado al hombro y estaba a punto de entrar en su apartamento. Forcejeó y pataleó hasta conseguir que la bajara. Luego lo amenazó con gritar si no se marchaba de inmediato. Se estremeció al pensar en lo que habría podido hacerle si lo hubiera dejado entrar en la casa, donde nadie habría podido oír sus gritos.

Logan había estado en lo cierto; jamás había podido sospechar siquiera la brutalidad de aquella gente. Por lo demás, la intensidad de su reacción al verla la había sorprendido.

Luego le había explicado, con la menor cantidad posible de detalles, que Esteban había ejecutado a tres traidores: ese era el tiroteo que ella había oído. Erin se estremeció de nuevo, preguntándose durante cuánto tiempo podrían aguantar hasta que los descubrieran. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado.

Más tarde, cuando entraban en la casa principal, Erin rezó para que aquella inesperada invitación no presagiara nada malo. Logan insistía en que era un buen indicio, según pudo adivinar por las señas que le hizo. Tenían que ser extremadamente cuidadosos con lo que hablaban, aunque sólo fuera en susurros, para no levantar sospechas. Ya estaban dentro. Lo único que podía hacer Erin era tener esperanzas. Y rezar.

Al lado de Logan se sentía a salvo. Durante las últimas horas, el respeto y la admiración que le profesaba se habían duplicado. Tenía que ser muy bueno en su trabajo... de lo contrario, a esas alturas ya estarían muertos.

Continuaron caminando por el largo pasillo, hacia el comedor. Había dos guardias apostados en la puerta.

—¡Ah, aquí estáis! —Esteban se levantó de su asiento, a la cabecera de la mesa—. Sentaos, por favor. Ya conocéis a los Watters.

Sheila y Larry estaban sentados al otro extremo de la mesa. La mujer le lanzó a Erin una elocuente mirada, como recordándole la advertencia que le había hecho antes. Su marido, por el contrario, parecía absolutamente indiferente. Cortez permanecía de pie cerca de Esteban, empuñando su ametralladora.

Otra mujer, de unos treinta y cinco años, bien vestida, de sofisticado aspecto, ocupaba el asiento opuesto al de Esteban, al final de la mesa, Erin advirtió inmediatamente su parecido.

—Y esta es mi adorada hermana María —anunció, orgulloso.

Cuando sus miradas se encontraron, Erin experimentó una sensación extraña, como si aquella mujer fuera capaz de asomarse a su alma. Pero no podía ser. Seguramente el incidente con el guardia la había afectado demasiado...

Logan le sostuvo la silla para que se sentara, y tomó asiento a su lado. Erin se obligó a comer a pesar del nudo de terror que le atenazaba el estómago. La conversación giró en torno a temas intrascendentes.

Finalmente, después del último plato, Esteban se levantó de la mesa.

—Ven conmigo, Sara.

Erin tardó algunos segundos en darse cuenta de que se estaba dirigiendo a ella. «No temas», se ordenó, con la sangre atronándole en los oídos.

—Vamos.

Logan le sacó la silla mientras ella se levantaba, con las piernas temblando. En vano procuró transmitirle confianza con la mirada.

—¿Sí? —preguntó Erin cuando se detuvo frente al hombre que tenía el poder de acabar con su vida en cualquier momento, a su capricho.

Esteban le puso una mano en la cintura. Erin tuvo que apretar los dientes para sobreponerse al escalofrío que la asaltó.

—¿Es aquel el hombre que hoy te golpeó? —señaló el extremo más alejado de la habitación.

Se quedó asombrada al ver al guardia entrar en el salón. Ya no parecía tan fiero como antes, desarmado y custodiado por un compañero. De hecho, parecía terriblemente asustado... al igual que ella.

—Se llama Manuel, ¿es este? —inclinó de nuevo, esa vez con un leve dejo de impaciencia.

—Sí.

Esteban se volvió entonces hacia Cortez.

—El arma, por favor.

Cortez colocó la brillante pistola en la mano extendida de su jefe. Esteban desvió la mirada hacia Erin.

—Este hombre te hizo daño, ¿verdad?

Erin se humedeció los labios, vacilante. E hizo la única cosa que podía hacer en ese momento: decir la verdad.

—Sí.

Esteban le ofreció la pistola.

—Entonces se merece morir. Mátaalo.

Era como si un nudo de pánico le explotara en el pecho. No podía respirar. Sabía que Logan estaba detrás de ella, preparado para intervenir. Pero si lo hacía, acabarían descubriéndolos. El recuerdo del instante en que apretó el gatillo, con el arma apuntando a la cabeza de Logan, asaltó su memoria. Sin embargo, aquella era una situación por completo diferente. En

aquel entonces había estado furiosa... y en ese instante sólo estaba asustada.

No tenía que mirar a nadie para saber que todo el mundo estaba pendiente de ella, a la espera de su reacción.

—No.

Lo dijo sin pensar. La palabra salió sola de sus labios. Esteban la miraba incrédulo, Pero antes de que pudiera obligarla a obedecer, Erin se apresuró a explicarse:

—Cometí un error —miró al hombre que estaba esperando morir de un momento a otro—. Él me ordenó que volviera a mi alojamiento, y yo me negué —tragó saliva, nerviosa—. Fue culpa mía. Él sólo estaba haciendo su trabajo.

Esteban le pasó la pistola a Cortez.

—Eres una mujer muy valiente, querida —pronunció antes de lanzar al guardia una mirada desdeñosa—. Y le has salvado la vida a Manuel. ¡Vete!

El guardia se retiró apresurado, tambaleándose levemente. Erin soltó un suspiro de alivio. Dos segundos más soportando aquella tensión, y habría sufrido un ataque cardíaco...

Esteban se volvió hacia los comensales.

—Que paséis todos una buena tarde —les dijo, como despidiéndolos. A continuación se volvió hacia Erin, reteniéndola a su lado—. Tu marido me ha dicho que tienes una especial debilidad por el arte.

—Sí, es la única que tengo —admitió. Cuando estudiaba en la universidad, solía pasar la mayor parte de su tiempo libre visitando museos. Era una actividad que le despejaba la cabeza y la ayudaba a pensar mejor. Ignoraba, sin embargo, que lo supiera Logan. O quizá se lo había dicho y se le había olvidado. Durante los dos primeros días de su entrenamiento, la había acribillado a preguntas.

Esteban la miró de la cabeza a los pies, una vez más, con expresión

maliciosa.

—¿De veras que sólo tienes una única debilidad? —antes de ella pudiera decir algo, añadió—: Larry, atiende a nuestro amigo Logan mientras yo le enseño a esta encantadora dama la galería.

Logan no dejó de mirarla hasta que Esteban se la llevó fuera de la habitación. Erin sabía que no parecía nada contento con la situación, pero... ¿qué podía hacer ella para evitarlo?

—El ala oeste es mi suite personal —le estaba diciendo Esteban mientras subían por la gran escalera curva.

Erin procuró concentrarse. Pese a que estaba mortalmente asustada, tenía que mantener una apariencia tranquila, Y prestar atención.

—Tiene usted una casa maravillosa —le dijo. Era lo que debía hacer: halagar su ego. Esa era precisamente la principal debilidad de los hombres como él.

Esteban se detuvo en el rellano del segundo piso, con un inequívoco brillo de avidez en los ojos.

—Tengo suerte de estar rodeado de tanta belleza...

—¿Cuánto tiempo lleva coleccionando arte? —le preguntó Erin, sin saber qué decir.

—Sólo unos pocos años. Pero mi colección es enorme.

—No puedo esperar para verla.

—¿Sabes, querida? Me intrigas. Eres una ladrona, una traficante de... digamos que de mercancías prohibidas, y te expones a mi cólera con tal de salvar la vida de un miserable guardia.

Oh... oh. Erin se preguntó, tensa, si se trataría de un cumplido o de una hábilmente disimulada acusación.

—Yo puedo ser muchas cosas, Esteban, pero no soy una mentirosa.

—Eso no lo dudo —sonrió.

Ya había transcurrido una hora. Logan y Larry se habían separado quince minutos antes. Y Logan no había dejado ni un segundo de preocuparse por Bailey.

Maldijo para sus adentros. Acababan de llegar y ya se les estaban torciendo las cosas. No quería que Esteban ni nadie más tocara a Bailey... Soltó otra maldición. Estaba experimentando una mezcla de celos y de posesividad, algo que resultaba tan absurdo como inoportuno. Tenía trabajo que hacer. Sus únicas preocupaciones deberían ser culminar con éxito la misión y mantener viva a Bailey, por ese orden.

Pero no podía evitarlo. No podía dejar de pensar en la manera en que la había mirado Esteban, en la manera en que la había tocado. Tenía que recuperar la perspectiva. Se detuvo en medio de la habitación, llevándose las manos a la cabeza. Tenía que permanecer tranquilo...

De repente llamaron a la puerta. Era Bailey. Consciente de que su alojamiento debía de estar lleno de micrófonos, Logan tardó unos segundos en pronunciar la pregunta adecuada:

—¿Se puede saber dónde diablos has estado durante una hora entera?

Bailey parecía sobresaltada. «Mejor», pensó él. Y le hizo una seña, recordándole que los estaban escuchando.

—Ya sabes dónde he estado —repuso Erin, haciéndose cargo de la situación.

—¿Te has acostado con él? —inquirió mientras se le acercaba.

Para su asombro, su furia parecía sincera.

—¿Qué? —frunció el ceño, confundida. Se plantó frente a ella, fulminándola con la mirada.

—Te he preguntado si te has acostado con él.

—Por supuesto que no. ¿Estás loco? Hemos estado visitando su galería de arte. Su colección es maravillosa. Hasta tiene un Monet.

—Si le has dejado que te toque...

—No seas niño —le dijo Erin, adoptando un tono seductor—. Tú eres el único hombre de mi vida. ¿Ya te habías olvidado, Lover?

Logan se tensó aún más. Tuvo que repetirse mentalmente varias veces que aquello no era real. El problema era que cierta parte de su anatomía no terminaba de creérselo.

—De acuerdo —cedió—. Pero acuérdate tú también.

Erin le echó los brazos al cuello.

—¿Cómo podría olvidarme?

Ansiaba besarla, con desesperación. Abrazándola por la cintura, la atrajo con fuerza hacia sí. Erin abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo excitado que estaba. Y de que no hacía intento alguno por disimularlo.

Una brusca llamada a la puerta acabó con aquel momento mágico. Logan se apresuró a apartarse, agradecido de que la interrupción le hubiera impedido hacer el ridículo. Abrió la puerta.

Era Cortez.

—Esteban quiere verte en la sala de estrategia. Ahora. Y tráela a ella también.

La sala de estrategia le pareció a Erin una típica sala de reuniones. Había

una gran mesa de madera rodeada de sillas, con un equipo de teleconferencia y una gran pantalla de proyección en el extremo más alejado. Cerca de la pantalla estaba colgado un enorme mapa del continente americano, claveteado de alfileres de colores. Al lado de la doble puerta había un mueble bar bien abastecido de licores, con un humidificador para habanos.

Cortez acompañaba a Esteban, como de costumbre. Larry y Sheila estaban presentes, así como dos hombres que Erin todavía no conocía. Logan le había puesto al tanto del equipo director de Esteban, pero aún no había tenido oportunidad de relacionar caras y nombres. Le habría gustado saber más cosas de la hermana, que apenas había abierto la boca durante la comida. Había algo en ella que la intrigaba especialmente...

Esteban señaló el estado de Texas en el mapa.

—Mañana llegará un nuevo cargamento de armas. Lo interceptaremos aquí —indicó un lugar al oeste de San Antonio—. Dispondremos de un margen de veinte minutos. No podemos cometer ningún error. Héctor y Carlos dirigirán la operación.

¿Héctor y Carlos? Erin recordaba los nombres. Los hermanos Caldarone. Héctor era el mayor, pero Carlos era el más inteligente de los dos.

—Logan —continuó Esteban—. Sara y tú os encargaréis de darles cobertura.

—No hay problema —repuso con tono tranquilo.

Esteban les lanzó una elocuente mirada.

—Entonces veremos qué es lo que sois capaz de hacer —desvió la mirada hacia Erin—. Ciertamente espero que estéis a la altura de vuestra reputación —sonrió mientras les lanzaba aquella velada amenaza.

Logan apoyó los brazos cruzados sobre la mesa.

—No te decepcionaremos.

Erin se volvió para mirarlo. Tenía un aspecto tan confiado, tan seguro de

su actuación... ¿Cómo podría ella estar a su misma altura, al menos hasta el día siguiente por la mañana, cuando se jugaran la vida para demostrarle a Esteban su lealtad? Iba a necesitar toda la suerte del mundo.

Al día siguiente por la mañana, su vida quedaría decidida para siempre. O su muerte. Pero esa noche... esa noche era distinto. Se estaba acercando rápidamente y tendría que pasarla con Logan.

En la misma habitación. En la misma cama.

Iba a necesitar algo más que suerte para superar aquella noche.

Capítulo 7

Cuando en el cielo asomaban las primeras luces del alba, Logan aún seguía despierto. Bailey estaba acurrucada contra él, como un gatito dormido. No podía moverse sin despertarla.

Contempló su rostro. Ahora sí que le resultaba fácil distinguirla de Jess. Erin Bailey era mucho más tierna y dulce. Sus labios eran más llenas, más sensuales. Se excitaba sólo de pensar en aquella boca. Y, a pesar del desengaño que se había llevado con su antiguo novio, no compartía en absoluto la actitud cínica a la que Logan estaba tan acostumbrado. Era absolutamente inocente. Todavía creía que los seres humanos eran buenos por naturaleza.

Se movió dentro del círculo de sus brazos, arrebujándose contra él. Y Logan se excitó de nuevo.

El simple hecho de mirarla lo volvía loco. Otra innegable diferencia con Jess.

Jess nunca lo había excitado de aquella manera. Nunca le había hecho desearla física, sexualmente. Incluso vestida Erin lo excitaba. Había prescindido del camión transparente, la única prenda que había encontrado en su armario, y había optado por dejarse la ropa después de encerrarse durante una hora en el cuarto de baño, con el pretexto de disfrutar de un buen baño. En realidad sólo había estado retrasando lo inevitable. Acostarse con él.

Sacrificando su comodidad, Logan había dormido con los téjanos puestos, Pero la fina tela vaquera había hecho muy poco por disimular la reacción de su cuerpo a su contacto.

Tenía un brazo levemente apoyado sobre sus senos, pequeños y perfectos. El impulso de atraerla con mayor fuerza hacia sí, o de acariciarla, resultaba abrumador. Pero estaba dormida, y eso sería como aprovecharse de ella. Frunció el ceño al ver el moretón que tenía debajo del ojo izquierdo. Hirviendo de furia, tuvo que hacer uso de toda su capacidad de autocontrol

para no levantarse y correr a buscar al autor de aquel golpe brutal.

Se relajó, sin embargo, cuando evocó su reacción a la orden que le dio Esteban de matar a Manuel. Esteban se había quedado tan sorprendido... como agrado. Más una vez se había fijado Logan en la manera que tenía de mirarla...

Nada le habría gustado más que alejarla de aquel canalla. La misión, sin embargo, era lo primero.

Erin se desperezó, abriendo lentamente los ojos. Logan pudo leer en ellos confusión, asombro y, por último, reconocimiento. La sintió tensarse. El brillo de deseo de su mirada debilitó su voluntad de restringir su relación a un plano estrictamente profesional.

—Buenos días —murmuró, soñolienta.

—Buenos días.

—¿Ya es hora de salir?

Vio que el deseo de sus ojos cedía paso al temor mientras rememoraba los sucesos de la víspera. Se sentó, observándola. Estaba tan sexy toda despeinada, con el pelo revuelto... Se suponía que solamente tenía que mirarla así en beneficio de los demás, para no desvelar su verdadera identidad. Él, sin embargo, no era el único. Estaba sin camisa y la mirada de Bailey había volado instantáneamente a su pecho desnudo cuando lo vio incorporarse. Se levantó rápidamente de la cama, ruborizada.

—Prepararé un café mientras tú... —retrocedió hacia la puerta, procurando mirar a todas partes menos a él—... te duchas o... lo que sea —hizo un vago gesto con la mano, giró sobre sus talones y salió apresurada de la habitación.

Logan apartó bruscamente el edredón y se levantó de la cama. Desde luego, aquella no era la mejor forma de empezar el día: él terriblemente excitado y ella corriendo como un conejo asustado.

Mientras preparaba el café, Erin se maldijo por ser tan estúpida. Aquello era ridículo. Se suponía que no tenía que caer rendida a los pies de un hombre como Logan. Tan sólo unos días atrás lo había odiado por lo mucho que la había presionado, por haberla obligado a hacer cosas contra su voluntad... Y allí estaba ahora, babeando por su pecho desnudo.

Suspirando, se apoyó en el fregadero. En realidad, todo había empezado la noche anterior. Se había quedado en el cuarto de baño hasta que no tuvo más remedio que salir. Hasta que comprendió que no podía retrasar el momento de acostarse en la misma cama con él.

Aunque Logan ya estaba acostado y tapado hasta la cintura, no pudo evitar admirar su impresionante pecho. Desvió de inmediato la mirada, se metió bajo el edredón sin desvestirse y apagó la luz.

Suponía que a Logan le extrañaría que no se hubiese puesto el camisón. El problema estribaba en que era demasiado transparente, demasiado revelador. No podía ponérselo. No cuando se hallaba torturada por unos sentimientos que nada tenían que ver con su relación. La suya era una relación estrictamente profesional, sin más. Habían hecho un trato. Ella jugaría su papel, Logan el suyo, y después cada uno seguiría adelante con su propia vida.

Se suponía que el corazón no debería acelerársele tanto, o que no debería sentir aquel ardiente calor entre los muslos... ¿Acaso no había aprendido nada sobre los hombres? Evidentemente, no.

Porque se había despertado en sus brazos, deseando además que no se limitara simplemente a abrazarla...

Y, para colmo, Esteban había flirteado descaradamente con ella. Aquel hombre no tenía vergüenza. Pero... ¿qué habría podido esperar de un narcotraficante y comerciante de armas?

A veces se olvidaba de lo que estaba haciendo allí. Ah, sí, buscaba la libertad. Aunque teniendo en cuenta lo sucedido hasta el momento, dudaba que viviera lo suficiente para disfrutarla.

Cuando se aseguró de que Logan se estaba duchando y de que no saldría durante los próximos minutos, se apresuró a cambiarse de ropa. Eligió unos vaqueros viejos y gastados, un top ajustado, sin mangas, que le dejaba al descubierto el ombligo, y unos sencillos deportivos. Luego se cepilló el pelo, peinándose tal y como le había aconsejado Ramón. No se entretuvo demasiado; ese día tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Bajó la mirada a las dos armas que había sobre la mesa del tocador. La pistola negra, de nueve milímetros, era la suya. Se alegró de ello. La conocía bien; era con la que más había practicado.

Casi se rió en voz alta. Toda su experiencia con armas de fuego se limitaba a una sola semana, con Logan como profesor.

Logan salió en aquel momento del cuarto de baño, vestido con unos ajustados vaqueros negros y una camisa a juego. No podía estar más atractivo...

—¿Tienes hambre? —le preguntó con su voz profunda y vibrante, que siempre le provocaba un estremecimiento de placer.

—Sí.

Por supuesto que estaba hambrienta. Pero no de comida.

Un avión de carga los llevó a un pequeño aeródromo cerca de Ciudad Acuna, México, a un tiro de piedra de la frontera mexicana. Héctor Caldarone demostró una notable habilidad como piloto. Sólo durante el aterrizaje pensó Erin que iba a devolver el desayuno. No fue así.

Los estaba esperando un todoterreno. Una camioneta con el logotipo de una famosa empresa de mensajería se presentó poco después. Había cuatro hombres armados esperando instrucciones. Los hermanos Caldarone se pusieron a hablar en voz baja con uno de ellos, mientras los otros se apresuraban a esconder el pequeño reactor en un antiguo granero convertido en almacén. El grupo se dividió entonces en tres equipos. Dos de los sicarios se quedaron a custodiar el avión, mientras los demás subían a los vehículos.

Logan y Erin acompañarían a Héctor y Carlos en el todoterreno.

Poco después todo el mundo estaba ya en su puesto. Según les había informado Carlos, un camión militar se dirigía en aquellos momentos hacia un nuevo centro de entrenamiento situado en una zona despoblada del sur de Texas. Una vez secuestrado, por fuerza tenía que pasar por el lugar donde lo estaban esperando. Al parecer transportaba un nuevo tipo de fusil que dejaría obsoleto al último M16. Esa información, sin embargo, le decía muy poco a Erin. Por muy increíble que pareciera, allí estaba ella, bajo el sol abrasador de Texas, esperando a que apareciese un camión del ejército para saquear su cargamento.

La realidad de la situación la impactó con toda su crudeza: al cabo de unos cuantos minutos, podían matarla. Ella no sabía nada de robos, ni de armas... sólo era una analista informática a la que habían engañado para transgredir la ley. Aquello era ridículamente absurdo. Se volvió hacia Logan, dispuesta a decirle algo, pero ningún sonido salió de su garganta. El corazón le latía a tanta velocidad que le impedía hablar.

No podía hacer aquello. No era posible. Ella no pertenecía a ese mundo.

Problemas. Logan lo vio en los ojos de Bailey. Había visto aquella mirada en una única ocasión, durante su entrenamiento: por eso lo sabía. Miró de reojo a los hombres, que esperaban pacientemente al lado de sus vehículos. Aquel no era un buen momento para perder los nervios. Volvió a mirar a Erin justo en el momento en que abrió la mano, lánguida, soltando la pistola. El arma cayó en el suelo con un ruido sordo.

Maldijo para sus adentros. Si alguien se daba cuenta... Lo único que se le ocurrió fue agarrarla bruscamente por los hombros y besarla en los labios. Erin protestó al principio e intentó empujarlo, pero él la obligó a abrir la boca, invadiendo con la lengua su dulce interior.

Una tensión desconocida sacudió sus músculos. Cuando sintió que se relajaba, aflojó la presión. A partir de ese instante, fue como si el beso persiguiera un objetivo diferente al de acallarla...

Los hombres se echaron a reír, intercambiando jocosos comentarios. Un

torrente de deseo corría por las venas de Logan, impulsándolo a tumbarla en la arena y... Maldijo para sus adentros.

Se retiró, alejándose de ella. Había estado a punto de perder completamente el control.

Erin parpadeó varias veces. Sin dejar de mirarlo a los ojos, se llevó una mano a los labios. Logan esperaba que comprendiera que no era ese el momento más adecuado para que perdiera la cabeza. Aquellos tipos eran de gatillo fácil.

Erin se agachó y recogió su pistola. Cuando se incorporó, dobló los brazos sobre el pecho y se apoyó en el todoterreno. Sólo entonces se permitió soltar un profundo suspiro de alivio, consciente de que había estado a punto de estropearlo todo.

Transcurrieron veinte minutos sin que sucediera nada. Héctor Caldarone empezó a pasearse de un lado a otro, nervioso. Logan se preparó para lo peor.

—Algo malo ha debido de pasar —aventuró Héctor.

Carlos musitó algo inaudible en español.

—El camión aparecerá —afirmó José, el jefe de los cuatro hombres armados—. Ya lo verás.

Mientras analizaba el lenguaje corporal de José, Logan no pudo evitar un escalofrío. Pese a sus palabras, parecía demasiado inquieto, demasiado agitado. Como si pretendiera convencerse a sí mismo, en vez de a los demás, de que todo iba a salir bien. Sabía algo.

Héctor blasfemaba acalorado, sin dejar de moverse. Como jefe del operativo, lo último que deseaba era que fracasara la misión. A ojos de Esteban, sería el máximo culpable.

De repente Logan tuvo una intuición. Dio unos pasos hacia la camioneta, como si también estuviera impaciente. Cuando llegó ante José, sus miradas se encontraron. Y en sus ojos descubrió una verdad que era incapaz de

disimular. Con un rápido movimiento, le acercó el cañón de su pistola a la cabeza.

—¿Qué es eso que no quieres decirnos, amigo?

Inmediatamente oyó a sus espaldas el click de varias armas.

—¿Qué diablos estás haciendo? —exigió saber Héctor.

—Este tipo trama algo —explicó Logan, sin dejar de mirar al aterrorizado José. El tipo estaba muy asustado. Lo que significaba que había estado planeando algo grande—. Es una trampa, ¿verdad? Quizá ni siquiera tiene que venir ningún camión...

—¡Va a venir, va avenir! ¡Lo juro!

—¡No te muevas!

La orden surgió de Bailey, que estaba detrás de Logan. Se tensó. Cuando se volvió para mirarla, el corazón se le congeló en el pecho.

Maldijo para sus adentros. Erin se había interpuesto entre él y el otro hombre de la camioneta, el que estaba al servicio de José. Sosteniendo su pistola con las dos manos, le estaba apuntando a la cara.

—¿Qué demonios significa todo esto? —gritó Héctor, desesperado.

Manoteando como un poseso, Carlos se puso a insultar a todos los presentes, sin excepción.

—Dispáralos, maldita sea... ¡Esteban nos matará de todas formas!

—Héctor, te aseguro que Logan sabe lo que se hace —intervino Erin—. Tiene un sexto sentido para esas cosas. Será mejor que hagas algo. No disponemos de mucho tiempo.

—Yo que tú le haría caso, Héctor —pronunció Logan, sin apartar la mirada de José.

Transcurrieron varios segundos sin que nadie se moviese. Logan empujó a su prisionero hacia Carlos.

—Pregúntaselo tú mismo, a ver si estoy o no en lo cierto... —Logan se volvió rápidamente hacia Bailey y se hizo cargo del tipo al que estaba encañonando.

El interrogatorio duró unos cinco minutos. Al cabo de diez llegó el camión secuestrado. El conductor y el copiloto fueron ejecutados, compartiendo así el mismo destino que José y su lugarteniente. Los cajones de armas fueron transportados rápidamente a la camioneta.

Por último, los dos hombres que habían quedado a cargo del avión sufrieron la misma suerte que los demás traidores.

Logan no respiró tranquilo hasta que estuvieron de nuevo en el aire, con el pequeño reactor cargado de armas. A Esteban no le iba a gustar nada enterarse de que su contacto en Texas se había convertido en un traidor. Según la confesión de José, su jefe había decidido vender el armamento a otro cliente. Esteban no descansaría hasta darle caza. El traidor era ya hombre muerto.

Miró a Bailey, ceñudo. No estaba nada contento con ella. Había arriesgado estúpidamente la vida al intervenir para encañonar al lugarteniente de José. ¿En qué habría estado pensando? No estaba entrenada para hacer ese tipo de cosas. Diablos, si apenas sabía cómo se disparaba una pistola... Apretó la mandíbula, furioso.

Pero aquel asunto tendría que esperar hasta que pudieran hablar sin miedo a ser escuchados.

Algo que no parecía que fuera a suceder muy pronto.

Erin jamás había visto a nadie enfadarse tanto como Esteban. Abrió los grifos de la ducha mientras se desnudaba. Revisó su moretón en el espejo. Casi había desaparecido, pero todavía le dolía.

Continuó mirándose durante unos segundos más. Ese día había actuado bien. Aunque al principio había estado a punto de perder los nervios, había evitado que aquel sicario se abalanzase sobre Logan. Estaba orgullosa de su comportamiento. Pero en vez de estarle agradecido por haberle salvado la vida, el muy estúpido se había enfadado con ella. No conseguía entenderlo. Incluso Héctor y Carlos la habían felicitado. Logan, en cambio, se había mostrado hosco, distante.

¿Qué había que hacer para agradar a ese hombre?

El recuerdo de su pecho desnudo casi la hizo derretirse por dentro. ¡Y el beso que le había dado aquel día! A punto había estado de enloquecerla de deseo.

Tal vez no supiera lo que hacer para agradar a Logan, pero definitivamente sabía cómo excitarlo. Y él también. Eso era seguro.

Suspirando, contempló su imagen en el espejo. Cuando terminara aquella misión, si acaso salía con vida, ya nunca más volvería a verlo. Bajó la mirada a su alianza de oro. Nada de aquello era real. Ni siquiera el coraje que había demostrado cuando creyó que la vida de Logan se encontraba en peligro...

Todo aquello era una farsa, una simulación. Y cada uno estaba jugando su papel. Un papel que terminaría muy pronto, de una manera u otra.

No tenía sentido inquietarse por ello, decidió mientras se descalzaba y se disponía a desabrocharse los vaqueros. No sería la primera vez que se enamoraba del hombre equivocado. Suspiró de nuevo.

De repente se abrió la puerta y entró Logan.

—Voy a ducharme —le espetó, volviéndose hacia él. La manera que tenía de mirarla la hizo estremecerse.

—Yo también.

Se lo quedó mirando con la boca abierta, pero antes de que pudiera pedirle cualquier explicación, Logan la agarró y la metió en la ducha. Una

vez que ambos estuvieron dentro, cerró la mampara.

El agua caliente se derramó sobre sus cuerpos, empapándoles la ropa en medio de una nube de vapor. Cuando Erin se recuperó de su sorpresa y quiso gritar, él le puso una mano en la boca.

—No digas nada —le dijo al oído—. Sólo escucha.

Erin sintió una punzada de terror. ¿Acaso había sucedido algo? ¿Los habrían descubierto? El corazón se le encogió en el pecho. Y ella que creía que había salvado el día, ganándose el respeto y la confianza de Esteban...

—No vuelvas a cometer una estupidez como la que cometiste hoy, ¿entendido? —murmuró, impaciente. La apartó de sí, fulminándola con la mirada. Vio que sacudía la cabeza como si no comprendiera ni una palabra de lo que le había dicho. Una vez más, acercó los labios a su oído—. Ese hombre pudo haberte matado —gruñó—. Y tú no estás entrenada para ese tipo de enfrentamientos. A partir de ahora permanecerás en un segundo plano, ¿me oyes?

La furia reverberó en el pecho de Erin, ahuyentando el miedo que había sentido tan sólo unos segundos antes. Agarrándolo de los hombros, le explicó con todo lujo de detalles a dónde podía irse, y qué podría hacer cuando estuviera allí.

—¿Comprendido? —musitó en español antes de abrir la mampara, invitándolo a marcharse.

El duelo de miradas sólo duró unos segundos. Logan salió de la ducha tan rápidamente como había entrado. Maldiciendo entre dientes, Erin se apoyó contra la pared de vidrio y cerró los ojos. Oyó el portazo que dio al marcharse. Los cristales temblaron. Tras un primer sobresalto, se obligó a respirar profundamente varias veces mientras el agua caliente seguía derramándose sobre su cuerpo. Era una auténtica estúpida. Había arriesgado su vida por aquel canalla y así era como se lo pagaba.

Después de quitarse la ropa, continuó duchándose. Poco a poco se fue calmando. Finalmente, cuando ya no pudo retrasar más el momento, salió y

se metió en la cama. Se alejó de Logan todo lo posible. Que tuvieran que dormir juntos no significaba que tuviera que acercarse a él. Ni siquiera le gustaba.

Lo dramático era justamente que le gustaba. Y mucho.

Podía oír su respiración: lenta, firme, regular. Podía oler su masculino aroma. Por desgracia, también podía recordar demasiado bien lo que se sentía al estar en sus brazos...

Cerró los ojos con fuerza, obligándose a no pensar en Logan. Lo único que debía hacer era dormirse, para no tener así que pensar. Pero entonces soñaría...

Abrió los ojos. Estaba atrapada. No tenía escapatoria.

De una manera u otra, seguía siendo tan prisionera de Logan como el primer día. Como el día en que entró en la cárcel a buscarla. Nada había cambiado.

No, eso no era cierto, todo había cambiado.

Capítulo 8

—Tres días —insistió Esteban—. Han pasado tres días desde que ese traidor intentó robarme las armas, y aún no ha sido encontrado...

Logan esperó pacientemente a que continuara. Llevaba rabiando y vociferando durante media hora sin decir realmente nada. Paseaba nervioso detrás de su elegante escritorio de caoba.

—Tú —se volvió de repente hacia Logan—, tú fuiste el único que intuyó que algo andaba mal. Ni Héctor ni Carlos detectaron el nerviosismo de ese tipo —sacudió la cabeza—. No tienen ninguna excusa.

—Yo estaba más cerca de él.

—Eso no los disculpa. Tu intuición es mejor que la suya. Me temo que los hermanos Caldarone han empezado a descuidar sus obligaciones para conmigo...

Logan comprendió que esa era su oportunidad. No había descubierto nada importante desde su llegada. Esteban era demasiado discreto a la hora de hablar de sus contactos, y hasta el momento había sido completamente imposible acceder a su ordenador personal. Logan necesitaba completar su misión, y cuanto antes, mejor. Erin Bailey lo estaba volviendo absolutamente loco. Si tenía que pasar una noche más en aquella cama, sin tocarla...

Pero en aquel instante no podía pensar en eso. Tenía que concentrarse. Esteban lo estaba mirando con una fijeza inquietante, como si fuera un lunático...

—Necesito sangre nueva en mi equipo directivo —le estaba diciendo, deteniéndose nuevamente frente a él—. Como tú, mi nuevo amigo.

—Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—Te creo —un extraño brillo asomó a sus ojos—. Y tu esposa reviste

también un valor inestimable.

—Para mí, sí —señaló deliberadamente Logan.

—Desde luego, desde luego. La lealtad es lo principal. Sin lealtad, un hombre... o una mujer —se corrigió— no es nada. No puedes ser completamente leal y al mismo tiempo descuidar tus obligaciones.

—Estoy de acuerdo —se obligó a relajarse. Quizá había llegado el momento de mostrarse algo más posesivo con Bailey. Desde que volvieron de Texas, llevaba tres días comportándose de una manera tan estúpida como imprudente; ahora se daba cuenta de ello. Durante todo ese tiempo, Bailey apenas le había dirigido la palabra.

—Dentro de un par de días tendré un trabajo muy importante —le confesó Esteban, sentándose en una esquina del escritorio—. Me gustaría que tu encantadora esposa y tú os encargaraís de ello.

Logan se irguió, fingiendo un entusiasmo exagerado.

—Por supuesto. Será un placer.

—Bien. Pronto tendrás los detalles.

Logan ya se disponía a levantarse cuando Esteban lo detuvo con un gesto.

—Una cosa más.

—Tú dirás —volvió a sentarse, alerta.

—Parece que tu mujer y tú trabajáis muy bien. Estoy impresionado, sinceramente. Pero... —frunció el ceño— ¿acaso en el plano personal no es así? ¿Ya se ha terminado vuestra luna de miel?

Logan lo comprendió todo. Evidentemente, su alojamiento estaba lleno de micrófonos. Había estado tan pendiente de lo que hacían o decían que no se había parado a pensar en lo que no hacían, o no decían...

—¿Tenéis algún problema? —le preguntó Esteban.

—No. Para nosotros, la oportunidad de entrar a formar parte de tu grupo ha supuesto un cambio trascendental —se encogió de hombros—. Hasta ahora, hemos llevado un estilo de vida bastante libre y, como comprenderás, estos últimos días han significado un cambio bastante profundo —forzó una sonrisa—. Pero creo que nos estamos adaptando bastante bien.

Esteban asintió con la cabeza.

—Es evidente que un cambio semejante puede generar algunos contratiempos... temporales —se levantó—. Confío en que todo termine arreglándose.

—Cuenta con ello —repuso Logan, levantándose también—. Esperaré ansioso la oportunidad que nos has dado. No te decepcionaremos.

—No tengo la menor duda.

Logan abandonó el despacho de Esteban. Ignoraba cómo iba a salir del apuro. Por mucho que deseara a Bailey, no podía... No, no le pediría que mantuviera relaciones sexuales con él solamente para complacer a Esteban, o para guardar las apariencias.

Tenía que haber otra manera...

Erin dejó de correr cuando rodeó una de las esquinas traseras de la mansión. Jadeante, se había quedado sin aliento. Debido a la diferencia de altitud no podía correr todos los kilómetros que tenía por costumbre, pero quería mantenerse en forma. Al menos por si finalmente tenía que escapar a la carrera para salvar la vida, antes de que todo aquello terminara de una vez... Aunque estaba empezando a pensar que no terminaría nunca. Su relación con Logan no podía ser más tensa. Era como patinar sobre una fina capa de hielo, sin saber cuándo iba a romperse. Apenas hablaban lo estrictamente necesario para guardar las apariencias. Y apenas se miraban.

Pero las noches eran lo peor. Yacer a su lado en la cama, esperando, deseándolo... Resultaba sencillamente patético. Si volvía a sonar con Logan

una vez más...

Suspiró, cansada. No sabía cómo controlar aquella atracción física. Tal vez Logan fuera un buen tipo y la estuviera ayudando a recuperar su libertad... pero había sido él quien la había metido en todo aquel lío. Así que, de alguna forma, era su enemigo. Y estaba durmiendo con él.

Y lo peor era que deseaba tener sexo con él casi tanto como recuperar su libertad...

—Vaya, vaya, aquí tenemos a nuestra atleta...

Erin resistió el impulso de alzar los ojos al cielo al oír la irritante voz de Sheila. En lugar de ello, forzó una sonrisa.

—Hola, Sheila. Veo, en cambio, que tú sigues intoxicándote con esos cigarrillos.

—Será mejor que tengas cuidado —le advirtió, levantándose de la tumbona y plantándose ante ella—. Puedo ponerte las cosas muy difíciles.

Erin no la temía, pero era lo suficientemente inteligente como para tenerle cierta prevención.

—Hey, sólo estaba bromeando —sabía que aquella mujer la odiaba. Y sospechaba que aquel odio tenía algo que ver con el evidente interés que Esteban le demostraba.

—Te dije que recordaras bien cuál era tu lugar, y que no te salieras de él —le espetó, furiosa—. Es mi último aviso. La próxima vez...

—Señora Watters.

La voz procedía de algún lugar más allá de la terraza. Las dos mujeres se volvieron en esa dirección. Para sorpresa de Erin, la hermana de Esteban no tardó en aparecer ante ellas.

—Me gustaría hablar en privado con la señora Wilks —pronunció con un tono tan sereno y majestuoso como su aspecto.

Sheila parpadeó varias veces, entre incrédula y airada.

—Por supuesto —y se marchó, no sin antes fulminar una vez más a Erin con la mirada.

Erin también tardó en salir de su asombro. Pollo que había visto hasta el momento, María apenas había pronunciado una sola palabra en presencia de ella o de cualquier otra persona. Todo el mundo se comportaba como si no estuviera presente, como si fuera invisible. Y su hermano era el primero. Aunque Erin tenía la sensación de que la trataba con un cierto servilismo.

—¿Te importaría acompañarme a dar un paseo?

Erin se preguntó si se trataría de una trampa. ¿Se metería aún en mayores problemas si le decía que sí? Por el contrario, si se negaba... ¿se ganaría acaso la cólera de su hermano? De cualquier forma, sentía una gran curiosidad por conocer a aquella elegante dama...

Finalmente, se impuso la curiosidad.

—Claro.

María se dirigió hacia el jardín particular. Nada más llegar a la finca, a Erin le habían advertido que no entrara en aquel recinto privado. El alto muro de piedra que servía de valla estaba cubierto de hiedra, y parecía contar con una sola entrada: una gran puerta de madera en forma de arco, con un formidable cerrojo. Aquello intrigó más a Erin. ¿Qué sentido podía tener un jardín cerrado a cal y canto?

María abrió la pesada puerta y la hizo pasar.

—Este es mi primer amor —le dijo, cerrándola de nuevo.

Erin se quedó contemplando con la boca abierta aquel exuberante jardín tropical. Aparte de las rosas, no reconoció ninguna flor. Todas eran de un exotismo y de una belleza que quitaba el aliento.

—Es maravilloso —se inclinó para oler una rosa, de un color rojo púrpura.

—Estas son mis favoritas —María cortó una flor y se la regaló—. Esta variedad es sublime en todo: en color, tamaño, fragancia... Y posee una virtud más que nadie sospecharía a primera vista.

Erin tomó la rosa teniendo buen cuidado de no pincharse con las espinas. Para su sorpresa, no tenía ninguna. María se sonrió.

—La falta de espinas la convierte en perfecta. Su belleza no se ve ensombrecida por la amenaza de violencia, de dolor.

«Interesante», pensó Erin. La flor se parecía a aquella mujer, tan hermosa como inofensiva. Un inesperado descubrimiento en aquel mundo de crímenes y avaricia.

—No sabía que existieran rosas así —admitió.

—Yo detesto la violencia en todas sus formas —le confesó María mientras continuaban paseando.

—Supongo que eso hará que su vida aquí no le resulte muy... fácil.

Silencio. Erin deseó haberse mordido la lengua. ¿Por qué había tenido que decir eso? ¿Acaso se había vuelto loca?

María se volvió entonces para mirarla. No había rastro alguno de desconfianza, ni de resentimiento, en sus grandes ojos negros.

—A decir verdad, me resulta muy difícil.

Erin reprimió un suspiro de alivio.

—Tiene que perdonarme, no era mi intención ser descortés, yo...

—Lo sé —repuso sonriendo—. Tú no eres como las demás. Yo... —procuró encontrar la palabra adecuada— No percibo en ti malicia alguna.

A Erin se le aceleró el pulso. Aquello podía ser bueno o malo, dependiendo del punto de vista. Lo último que necesitaba era que aquella buena mujer descubriera el engaño.

—Bueno, tampoco soy tan inocente.

María siguió andando, con la mirada baja, por el sendero flanqueado de flores.

—Sí, pero eres distinta de los demás. Me di cuenta de ello cuando te negaste a matar a Manuel.

Erin maldijo para sus adentros. Estaba segura de que aquel episodio traería consecuencias.

—No podía matarlo por un error que había cometido yo —se apresuró a explicarse—. Todo el incidente había sido culpa mía.

—Pocos habrían sido capaces de admitir esa verdad. Mi hermano tenía razón. Eres una mujer muy valiente.

El nerviosismo de Erin crecía por momentos.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —le preguntó, adoptando un tono ligero e intentando cambiar de conversación.

—Pablo y yo nos vinimos aquí hace diez años.

Diez años. ¿Nunca se había casado? ¿Siempre había estado al lado de Esteban sin llevar una vida propia, autónoma?

—¿No está casada?

Otro silencio. De nuevo se arrepintió Erin de no haberse mordido la lengua.

—No —pronunció al fin María—. Nunca he estado casada. Sólo dejo la casa para ir a comprar nuevas variedades de flores para mi jardín. Incluso entonces Pablo se preocupa muchísimo, y no respira tranquilo hasta que estoy

otra vez de vuelta.

En otras palabras: no tenía vida alguna más allá del dominio de su hermano. Era una prisionera, al igual que la propia Erin. Tenía que preguntárselo. No quería cometer un error, pero tenía que saberlo.

—¿Alguna vez se ha resentido de esa protección tan... excesiva?

María se detuvo para mirarla directamente a los ojos.

—A veces. Pero Pablo me quiere, y sólo desea lo mejor para mí. ¿Sabes? Este es un mundo muy cruel. La vida de mi querido hermano es una lucha constante. Trabaja demasiado.

Erin simuló estar de acuerdo. Esteban tenía completamente engañada a aquella mujer. Ella pensaba que la estaba protegiendo al tenerla allí encerrada. Y, lo peor de todo: creía que era una especie de ejecutivo agobiado de trabajo. Contuvo el impulso de preguntarle si sabía exactamente cómo se ganaba la vida su hermano. Afortunadamente, se impuso su sentido común y mantuvo cerrada la boca. María se dirigió entonces hacia la salida.

—Ya seguiremos hablando, Sara. ¿Puedo llamarte así?

—Por supuesto. Gracias por haber compartido este maravilloso jardín conmigo.

—Ha sido un placer.

Erin se encaminó hacia la casa de huéspedes, reflexionando sobre todo lo que había averiguado acerca de la hermana de Esteban. Lo aterrador era que María había dado en el clavo por lo que se refería a ella misma: no era como los demás.

Tendría que intentar corregir eso, pero antes de nada se daría una buena ducha.

Logan había pasado una hora entera con Larry Watters y los hermanos

Caldarone, repasando una y otra vez el plan de embarque para las mismas armas que habían robado tres días atrás. Hasta el momento, lo único que tenía era una lista de clientes, con una media docena de nombres. A algunos los conocía, a otros no.

Mission Recovery se encargaría de investigarlos tan pronto como les hiciera llegar la lista. En su calidad de ángel guardián, Ferrelli debía de hallarse en alguna parte del país. Estaría vigilando cada uno de sus movimientos, a la espera de la menor oportunidad de hacer contacto. Cuando eso sucediera, Logan le entregaría el informe de inteligencia.

Tan pronto como entró en su alojamiento, oyó el agua de la ducha. Cerró la puerta y se dirigió hacia el cuarto de baño. Sabía lo que tenía que hacer. No podía evitarlo. Esteban ya estaba sospechando.

El cuarto de baño estaba lleno de vapor. La ropa de Erin se hallaba regada por el suelo, al igual que los zapatos. Estaba tarareando una canción. Logan podía ver su silueta desnuda tras el cristal de la mampara, borroso de vaho. Se excitó de inmediato. Apretando la mandíbula, volvió a decirse que tenía que hacerlo, que no había más remedio. La misión tenía que ser la máxima prioridad. Y, para ello, el mantenimiento de sus falsas identidades resultaba primordial.

No iba, sin embargo, a meterse vestido en la ducha otra vez. Se desnudó rápidamente. Abrió la mampara y entró. Erin se estaba enjabonando el pelo. Abriendo mucho los ojos, lanzó un grito.

—¿Qué diablos...?

Acallándola con un beso, Logan la estrechó entre sus brazos. Erin intentó empujarlo, pero él la mantuvo inmóvil hasta que la sintió relajarse.

—Esteban está escuchando —le murmuró al oído—. Sospecha de nosotros porque no hemos mantenido ninguna relación física...

Erin intentó apartarse una vez más, con la respiración acelerada.

—Tenemos que hacer que parezca real —la urgió—. Confía en mí. Yo

no... —aquella era la parte más difícil—... no dejaré que las cosas lleguen demasiado lejos. Te lo prometo.

Erin dudó. Pero finalmente asintió con la cabeza. Logan se apartó levemente, barriendo su cuerpo con la mirada. No podía evitarlo... tenía que mirarla. Cuando le apartó el cabello de los ojos, no le pasó desapercibido el brillo de deseo que vio en ellos.

Cerró el grifo y la ayudó a salir. Descolgando la toalla, empezó a secarla. La frotaba suavemente, acariciándola, excitándola. La respiración de Erin se aceleraba por momentos. A él le ocurrió lo mismo.

Logan se arrodilló y empezó a secarle los muslos y las pantorrillas. Procuró no fijarse en la leve mata de vello rubio de su sexo. Intentó recordarse que aquello formaba parte de su trabajo... que resultaba imprescindible para su misión. Repitió la misma operación con la espalda. La vista de sus nalgas casi le hizo perder el control, pero luchó contra el deseo que vibraba en sus venas.

No fue hasta que ella le quitó la toalla y empezó a secarlo cuando empezó a dudar de su capacidad para controlarse. Y eso que le había prometido que no llegaría demasiado lejos...

La llevó a la cama. Suciedera lo que sucediera entre ellos, tenía que parecer real. Cuando se tumbó a su lado, Erin lo miró con los ojos muy abiertos, vacilante, insegura.

—No nos apresuremos, Baby. Déjame demostrarte lo mucho que significas para mí.

La besó de nuevo, explorando el dulce interior de su boca. Erin le acarició el pecho musculoso, ansiosa y temerosa a la vez. El contacto de su miembro excitado la excitaba terriblemente. Soltó un gemido, clavándole las uñas en la piel.

Febril, arrebatado de deseo, Logan le besó la barbilla y fue descendiendo todo a lo largo de su cuello, cada vez más abajo. Cuando llegó a sus senos, le delineó los pezones con la lengua. Todos sus instintos le advertían de que

estaba llegando demasiado lejos... pero no podía detenerse.

Erin gimió con más fuerza. Logan comenzó a lamerle un pezón. Esa vez soltó un grito, aferrándose a sus hombros para atraerlo hacia sí, desesperada. Los gemidos se convirtieron en gritos de placer.

Le acarició los endurecidos pezones, lamiéndoselos y succionándoselos sin cesar. Luego descendió aún más abajo, a lo largo de su vientre, de su ombligo...

—¡Oh, Logan! —se arqueaba hacia él, buscando estrechar su contacto. Tenía los ojos cerrados con fuerza.

Le alzó las caderas, acercando los labios a su sexo. Erin gritó de nuevo. Logan la saboreó, deslizando la lengua en su interior, lamiéndola, probándola, explorándola con los dedos y la boca, precipitando los primeros espasmos del orgasmo. Su cuerpo se tensó violentamente y después quedó blando y laxo, con un grito final de éxtasis temblando en sus labios.

El corazón le latía a toda velocidad. Estaba dolorosamente excitado, a punto de perder el control. Ansiaba con tanta desesperación hundirse en ella... Jadeaba por el esfuerzo de calmarse. Cada uno de sus músculos latía de necesidad.

Cuando sintió sus dedos cerrándose de pronto sobre su sexo... perdió el aliento, presa de un placer insoportable. Erin empezó a acariciarlo, deleitándose con el contacto de su miembro erecto. Un gruñido salvaje escapó de su garganta. Quería resistirse, pero no podía. Lo necesitaba tanto...

No tardó en provocarle el orgasmo. Logan se arqueó hacia delante, tenso como un cable de acero, soltando un bramido animal. Aquel inesperado desahogo sólo consiguió aumentar su desesperación, pero se obligó a relajarse. Sus alientos acelerados eran el único sonido de la habitación. El aroma del sexo los envolvía en una suerte de mágico y frágil hechizo.

Logan quería decirle algo, cualquier cosa... Pero no había nada que decir. Todo aquello había sido un acto de desesperación... para que lo oyera Esteban.

Erin se levantó de pronto de la cama y corrió al cuarto de baño, cerrando la puerta a sus espaldas. Logan cerró los ojos y, por primera vez en su carrera, se odió a sí mismo... y lo que acababa de hacer.

Pero no había tenido otra elección. Y ella tampoco.

Capítulo 9

La mañana del sábado trajo consigo una nueva oleada de preocupaciones y quebraderos de cabeza para Erin. Llevaba ya cinco días en la finca de Esteban y se suponía que debería sentirse agradecida de seguir con vida. Pero, por alguna razón, no era así.

Sentada en el borde de la cama, mientras se ataba las zapatillas, hizo un recuento de los últimos acontecimientos. La había golpeado un guardia, había sobrevivido a dos desagradables encuentros con Sheila, que parecía haberla tomado con ella sin razón aparente. Esteban había conseguido ponerla nerviosa por más de una razón... y, para colmo, había mantenido relaciones sexuales con Logan.

Suspiró. Qué estúpida era. Aunque la cosa no habría sido tan mala si no se hubiera comportado, a la primera caricia, como una especie de ninfómana...

Cuando se despertó aquella mañana, se había alegrado enormemente de que Logan ya se hubiera marchado. No estaba segura de que pudiera volver a mirarlo a la cara pronto. Quizá ni siquiera en lo que le quedaba de vida.

Hasta el lunes no tendrían otro encargo de Esteban. Tal vez pudiera encontrar alguna manera de evitarlo durante todo el fin de semana. Quizá María estuviera interesada en invitarla nuevamente a visitar el jardín. Porque con Sheila no podía contar, eso era obvio.

Se dispuso a salir del alojamiento. Justo en ese momento se abrió la puerta. Era Logan.

Se mordió el labio para no soltar una maldición. ¿Por que no se había dado más prisa? ¿Y por qué tenía que ofrecer aquel aspecto tan endiabladamente atractivo? Lo barrió con una ávida mirada. Vaqueros ajustados, fina camisa de algodón con los bolones superiores desabrochados... Tragó saliva. Y luego estaba su rostro: sus ojos, su nariz recta, su mandíbula maravillosamente cincelada, como si hubiese sido

esculpida en piedra...

—Recoge tu bolso. Tenemos que hacer un pequeño viaje a la ciudad.

Sorprendida, le preguntó por señas qué era lo que pasaba. Logan se llevó un dedo a los labios.

—Pensé que ya era hora de llevar a mi Baby de compras. No te vendría mal un vestido nuevo. Mañana por la noche habrá una fiesta.

—¿Una fiesta? ¡Es... estupendo! —exclamó Erin, en beneficio de los micrófonos que debía de haber en la habitación. Recogió el bolso de la mesa —. Hacía semanas que no salía de compras. No puedo esperar. Y una fiesta... ¡Qué maravilla!

De repente Logan la fulminó con la mirada e hizo un gesto terminante, como indicándole que acabara ya con la farsa. Que ya era suficiente. Que estaba exagerando demasiado.

Erin, a su vez, lo miró furiosa. ¿Cómo podía saber cuándo era suficiente y cuándo no? Todo aquel enredo de espías era nuevo para ella.

De repente, cuando se dirigía hacia la puerta, se le ocurrió algo. Fue un descubrimiento inesperado, como un relámpago estallando en una plácida noche de verano. Ella era, en realidad, una espía.

Frunció el ceño mientras su compañero de espionaje pasaba de largo ante ella y salía de la habitación. ¿No era divertido? Si era una espía, se comportaría como tal. Y disfrutaría haciéndolo. Como en las películas.

Erin seguía enfadada por lo del día anterior.

Logan maldijo para sus adentros mientras la seguía por las bulliciosas calles de Medellín como si fuera un perrito faldero. ¿Por qué diablos había empezado a llamarla Erin, y no Bailey? Procuraba mirar a todas partes menos a su delicioso trasero. Se alegraba de haber hecho aquella salida. La tensión estaba consumiendo sus fuerzas. Unas cuantas horas alejados del trabajo no

les sentarían mal. Además, necesitaban hablar. Y las conversaciones en la ducha se habían acabado. Cuando se reunía allí con ella, con el agua derramándose sobre sus cuerpos, solamente podía pensar en tocarla, en acariciarla...

—Logan.

—¿Qué? —inquirió, deteniéndose. A punto estuvo de chocar contra ella.

—¿Cuánto dinero dijiste que tenías?

—Suficiente —alzó los ojos al cielo. Confiaba en que no lo hubiera notado, gracias a sus gafas oscuras.

Sonriendo, Erin le entregó las dos bolsas que llevaba.

—Me alegro. Estoy segura de que encontraré algunas cosas más.

¿Y ahora cómo se suponía que iba a protegerla cargado con aquellas bolsas de ropa? Un elocuente silbido atrajo de inmediato su atención. Apoyado en una pared con gesto despreocupado, un tipo estaba mirando descaradamente a Bailey. Lo que faltaba.

Sin embargo, cuando se fijó bien en él, Logan lo reconoció de inmediato. Y eso que llevaba una gorra de béisbol y gafas oscuras. Era Ferrelli, su ángel guardián.

Bailey se volvió hacia su admirador, lanzándole una radiante y provocativa sonrisa.

—Hola, preciosa —se insinuó Ferrelli a Erin, exagerando su acento italiano.

—Lo siento, amigo —repuso ella, echando a andar de nuevo y señalando con el pulgar a sus espaldas—. Tengo compañía.

Logan se indignó. Aquel provocativo contoneo era en beneficio de Ferrelli. No había duda de ello. Se preguntó por lo que diría cuando se enterara de que había estado flirteando con el único contacto que tenían en

Colombia.

Alcanzándola, sujetó las dos bolsas con una mano y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Te apetece comer, Baby?

—Sólo si me prometes que me llevarás a esa boutique de ropa antes de que nos marchemos.

Logan miró en la dirección que le señalaba y soltó un gruñido. Era la más selecta y elegante de toda la ciudad.

—Claro, Baby. Lo que quieras.

Entraron en el restaurante. Comieron sin prisas, disfrutando de la comida, hablando muy poco.

Logan llevaba toda la mañana observándola. Estaba tan contenta, tan animada...

Nunca la había visto así. Había disfrutado comprando, examinando los vestidos, las telas, hablando con los dependientes. Su español era bastante bueno. Y la manera que tenía de moverse, de caminar, era... «Increíble», pensó con un suspiro. Toda ella era increíble, impresionante. Se preguntó si sería consciente de ello.

—No estás comiendo —observó Erin.

—Estoy pensando —le confesó. «En ti», añadió para sus adentros.

—Oh, qué miedo —se burló, llevándose la copa de vino a los labios.

En silencio, Logan le dio la razón. Aquella mujer se le había metido de tal manera debajo de la piel que daba miedo. Era una locura, pero así era. No tenían nada en común. Tan pronto como terminara la misión, suponiendo que salieran con vida, sus caminos se separarían para siempre. E incluso aunque volvieran a verse, su relación terminaría tan pronto como Erin descubriera la verdad.

Lucas o Casey, o quizá ambos, la habían manipulado desde el principio. Lo habían organizado todo: el acoso del guardia de la prisión y la amenaza de la reclusa, que teóricamente debían predisponerla a aceptar su oferta, en caso de que llegaran a requerir sus servicios. Cuando descubriera la verdad, Erin le echaría en cara todo aquello a Logan.

Porque tendría que saberlo. Su relación no podría continuar sin una completa sinceridad entre los dos. Y ese sería precisamente su final.

Desvió la mirada. ¿Por qué aquello le parecía de repente lo peor que podía ocurrirle, la peor de todas las perspectivas imaginables? En el pasado había tenido docenas de relaciones, todas intensas, aunque breves. Pero en esa ocasión era distinto. Esa vez había algo que no podía definir. Quizá su vulnerabilidad lo impulsaba a mostrarse demasiado posesivo con ella. Fuera lo que fuese, era algo intenso, poderoso. Tendría que llevar un cuidado exquisito si no quería perder la cabeza.

Advirtiendo que Erin estaba a punto de acabar el postre, Logan anotó una lista de nombres en su servilleta. Esa podía ser su única oportunidad de transmitirle la información a Lucas. Mission Recovery necesitaba conocer a los destinatarios de las armas robadas. Cuando terminó, dobló la servilleta y la dejó al lado de su copa.

—¿Ya has terminado? —le preguntó a Erin.

—Sí —tomó un último sorbo de vino, saboreándolo con los ojos cerrados—. Gracias por esta comida tan deliciosa —susurró.

Con la garganta seca, Logan contempló cómo se humedecía los labios con la punta de la lengua. No fue la única parte de su anatomía que reaccionó ante aquella visión.

—Me alegro de que te haya gustado —se levantó para retirarle la silla.

—Dime una cosa... Si yo voy a necesitar un vestido, ¿no necesitarás tú un traje?

Ignoró su sugerencia, aun sabiendo que tenía razón. Esteban quería que todo el mundo se presentara en su fiesta de punta en blanco, con sus mejores galas.

Cuando se disponían a salir, Logan se detuvo un momento como si estuviera buscando algo en sus bolsillos. Vio que la camarera estaba recogiendo su mesa. Cuando pasaba al lado de Ferrelli, que se hallaba sentado en una mesa cercana, éste la sujetó de la muñeca y le preguntó algo. En el instante en que se inclinaba para responderle, el agente le retiró la servilleta de la bandeja sin que se diera cuenta.

Satisfecho, Logan abrió la puerta a Erin. Al cabo de una hora, la lista estaría en manos de Lucas. Sólo faltaba que Erin pudiera entrar en el despacho de Esteban y acceder a su ordenador personal. Era su única oportunidad de atraparlo, ya que jamás se involucraba personalmente en ninguno de sus negocios. Ninguno de los colaboradores que habían logrado detener se había atrevido a denunciarlo. Y ninguna de sus llamadas o mensajes interceptados había servido jamás para relacionarlo con sus actividades ilegales. Todo dependía de Erin.

Logan tenía la penosa sensación de que el precio del éxito de aquella misión acabaría siendo muy alto para Erin. Más del que ella estaba dispuesta a pagar. Y del que él querría que pagara.

Ese era otro síntoma de que su relación estaba yendo demasiado lejos. Había llegado la hora de dar marcha atrás.

Poco después de llegar a la finca, Logan fue conducido hasta los Watters y de los hermanos Caldarone, todavía algo abatidos por el fiasco de la última misión. Erin aprovechó para visitar a María. La perspectiva de sentarse en la terraza con Sheila no le apetecía demasiado.

Además, necesitaba distraerse. Para no pensar en Logan.

Entró en la enorme mansión como si le perteneciera. ¿Y por qué no? Conocía el camino que llevaba al salón y al comedor. Incluso había estado en

la sala de reuniones del final del pasillo. Lo único que tenía que hacer era preguntar a alguno de los guardias por María.

Casualidad de casualidades. El guardia que custodiaba el largo corredor que llevaba a las alas este y oeste de la casa no era otro que Manuel.

—Hola —pronunció en español.

Manuel la observó por un momento antes de responder a su saludo.

—Estoy buscando a María.

—No está aquí.

—Oh —frunció el ceño. Era extraño. Según le había dicho ella misma, María abandonaba la casa muy raras veces.

—Gracias.

Manuel murmuró algo inaudible y Erin volvió sobre sus pasos. Tenía un mal presentimiento. Era posible que María simplemente se hubiera ido de visita a la ciudad, aunque, a juzgar por el tono de Manuel, parecía como si hubiera abandonado el país...

—¡Vaya! ¿A qué debo el placer de esta encantadora compañía?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Esteban. Reacia, se volvió hacia él.

—Estaba buscando a María —ensayó una radiante sonrisa.

—María estará fuera durante todo el fin de semana. Pero yo estoy aquí. ¿Qué puedo hacer por ti? —inquirió. Se estaba acercando demasiado. Tanto que a Erin le entraron ganas de salir corriendo—. Estoy seguro de que valorarás mi buena disposición a complacerte...

—No lo dudo —se obligó a tranquilizarse—. Pero supongo que Logan me estará buscando en este mismo momento...

Se preguntó por qué se estaba inventando excusas. Aquella podía ser su

oportunidad. Sin embargo, todavía no estaba preparada para aprovecharla. Lo supo en el momento en que lo miró a los ojos. Quizá nunca estuviera preparada para encerrarse en una habitación a solas con Esteban.

—Tómame una copa conmigo, querida —la urgió—. Logan y los demás tienen entre manos un encargo muy importante.

—¿Y no han contado conmigo? —inquirió, decepcionada—. ¿Por qué no me lo han dicho?

—No había ninguna necesidad —sonrió Esteban—, y alguien tenía que quedarse para distraerme —la tomó del brazo—. Vamos. Distráeme.

A Erin no le pasó desapercibida la desconfiada mirada que le lanzó Manuel mientras Esteban la guiaba por la gran escalera central, hacia territorio prohibido... sus aposentos privados. Y no había nadie cerca que pudiera acudir en su ayuda. Estaba sola.

La esperanza de conseguir la información que necesitaban batallaba con la preocupación por su propia seguridad. Tenía que intentarlo. Su libertad dependía de ello. Y Logan le había asegurado que cuanto más se prolongara su estancia allí, más peligro corrían de ser descubiertos.

Cortez esperaba a la puerta de la suite privada. Esteban le dio una orden que Erin no alcanzó a entender. Y aquel hombre, que era como una sombra de su jefe, desapareció rápidamente.

Erin intentó ganar tiempo insistiendo en que le enseñara una vez más su Monet. El corazón le latía a toda velocidad. Era una espía emboscada. Tenía que salir de aquel apuro. «Tranquilízate», se ordenó. «Y concéntrate en los detalles».

Una vez en el salón privado de Esteban, le sirvió una copa de brandy. No era aficionada a la bebida, pero se la bebió de un solo trago para darse coraje.

—¿Otra? —le señaló la licorera.

Erin asintió, incapaz de hablar con el licor quemándole la garganta. «Los

detalles», se recordó. Miró a su alrededor. Estanterías llenas de libros, obras de arte, un mobiliario exquisito. Ni un solo ordenador. Ni siquiera un escritorio.

Se volvió hacia Esteban en el preciso instante en que estaba vertiendo una extraña sustancia en su copa. Sintió una punzada de terror. ¿Iba a matarla o simplemente pretendía drogarla para asegurarse de su cooperación? Se estremeció. Ninguna de las dos opciones le satisfacía demasiado...

Oh, Dios... ¿y si planeaba interrogarla? Rememoró de golpe aquellas largas horas que había pasado en la prisión mexicana. No quería volver a pasar por aquello.

—Brindemos —pronunció Esteban, ofreciéndole la copa.

Sonriendo, Erin adoptó el tono más seductor del que fue capaz. Tenía que conseguir distraer su atención de la bebida.

—Pero primero... ¿por qué no nos ponemos más cómodos?

Un brillo de avidez asomó a sus ojos.

—Oh, veo que eres muy impaciente... —dejó a un lado las copas y empezó a desabrocharse la camisa—. Estoy completamente de acuerdo —prácticamente se arrancó la prenda—. Ese marido tuyo no te presta toda la atención que te mereces...

Erin le echó los brazos al cuello, reprimiendo un sentimiento de asco, de repulsión.

—Jamás habría imaginado que terminaría haciendo algo así... —susurró con tono inocente—... si no hubiera necesitado tanto las caricias de un hombre de verdad.

Esteban soltó un gruñido de placer.

—Yo te enseñaré lo que es un hombre de verdad.

Cuando empezó a mordisquearle el cuello, Erin recogió la copa que se

había servido para él.

—Espera —murmuró—, estoy tan sedienta... —apuró la copa—. ¿Por qué no bebes tú también? Así podremos ir directamente... al negocio que tenemos entre manos.

Esteban sonrió mientras apuraba la bebida de un solo trago.

—Por los tontos —brindó con la copa vacía—. Porque Logan, definitivamente, lo es.

Erin no tenía manera alguna de saber qué tipo de droga había echado en el brandy. Sólo podía esperar que surtiera pronto su efecto. Comenzó a desabrocharse los botones de la blusa, lo más lentamente que pudo. Con disimulada desesperación, terminó de quitársela y la dejó caer al suelo.

—Permíteme ayudarte —insistió Esteban, pronunciando las palabras con dificultad. Extendió las manos hacia ella para ayudarla con el sostén.

—Espera —se apartó. Ella misma se sentía un tanto marcada. Era el brandy. Estaba segura de que no se había equivocado de copa—. El dormitorio, amor mío. Tenemos que hacerlo apropiadamente.

—Bien dicho —agarrándola de una muñeca, la llevó a la habitación contigua.

A pesar del miedo que sentía, Erin reparó inmediatamente en el gran escritorio de caoba. Era una replica exacta del que tenía en su despacho, pero con un ordenador. Eso era. Ya estaba dentro.

Aprovechando su distracción, Esteban la arrojó sobre una cama y se tumbó encima de ella. La asaltó una punzada de pánico. Era un hombre fuerte. A no ser que la droga le hiciera efecto, sería incapaz de resistírsele.

Poco a poco se fue adormilando, hasta que de repente Erin se dio cuenta de que había perdido el sentido, como si se hubiera dormido de pronto. Lo apartó de sí, reprimiendo una exclamación de asco. Aquella habitación también podía estar llena de micrófonos. No podía arriesgarse a que la

escucharan.

Se levantó de la cama y se quedó observándolo por un momento, asegurándose de que no fuera a despertarse. Llevándose una mano al estómago, cerró los ojos. Gracias a Dios que la droga había funcionado...

Al ver que seguía sin moverse, se acercó a su escritorio. Nada más tocar el ratón, el salvapantallas desapareció. Se encogió por dentro al recordar que podían estar escuchándola. Tenía que guardar las apariencias.

—Oh, sí —exclamó. Se sentía como una estúpida, pero no tenía otro remedio—. ¡Así, así...!

Ni siquiera se atrevía a sentarse en el sillón, por temor a hacer demasiado ruido. En lugar de ello se arrodilló en el suelo y empezó a buscar alguna manera de penetrar en su sistema de seguridad.

Estaba sudando. Su sistema no era muy sofisticado, pero sí eficaz. De vez en cuando soltaba un grito o una exclamación de falso placer. Quienquiera que la estuviera escuchando debía de pensar que Esteban era un portento en la cama...

Una nueva imagen surgió de repente en el monitor. ¡Estaba dentro!

Una larga serie de nombres de archivo fue apareciendo en la pantalla. Erin sonrió, orgullosa de sí misma.

Pero su sonrisa se convirtió en un gesto de extrañeza cuando revisó archivo tras archivo y no encontró nada ni remotamente parecido a fechas de entregas, nombres o cualquier otro dato que Logan hubiese estado buscando. En cualquier caso, encontró un disquete virgen y sacó una copia de todo. No era gran cosa.

Esteban soltó un gruñido.

Erin se guardó rápidamente el disquete. Volviendo a la cama, revisó las opciones que tenía. Había transcurrido más de una hora. Tiempo suficiente para una violación. Ahora ya tenía una idea bastante exacta de la finalidad de

aquella droga.

Repugnada por la idea, pero consciente de que no había otra salida, se desnudó y luego terminó de desvestir a Esteban. Por último se metió en la cama con él y cerró los ojos. Estremeciéndose de asco, rezó para que funcionara la estratagema.

Lentamente, Esteban se fue desperezando. Erin se acurrucó contra él. Una náusea le atenazó el estómago.

—He debido de quedarme dormido —murmuró con voz espesa.

Erin estiró los brazos, como si se estuviera despertando.

—Yo también.

Esteban se apartó bruscamente, mirándola sorprendido.

—Lo siento. Yo...

—Ha sido magnífico —lo tranquilizó ella, acariciándole una mejilla con un dedo—. Espero que tú también hayas disfrutado...

Su confusión pareció profundizarse por unos instantes. Erin contuvo el aliento. Estaba completamente a su merced. Podía gritar y escaparse, pero no llegaría demasiado lejos. Podía morir en aquella misma cama. «Por favor, por favor, que me crea», empezó a rezar.

Finalmente, Esteban sonrió.

—Estaba seguro de que sería así. De hecho, creo que deberíamos repetirlo...

—Oh, debo irme —intentó apartarse—. Logan me estará buscando y...

—Quiero que te quedes —insistió, reteniéndola.

—No debe enterarse. Te matará si lo descubre.

—Bah —esbozó una mueca de indiferencia.

—Lo intentaré. De eso puedes estar seguro —declaró Erin, solemne.

Sólo entonces Esteban pareció entrar en razón.

—Pensándolo bien, Logan es un gran tipo. Lo necesito a mi lado. Por mucho que te desee... —contempló deleitado su cuerpo desnudo—... no me arriesgaré a atraer su ira. Seremos discretos.

Erin asintió, inmensamente aliviada. Recogió su ropa y se vistió de espaldas a Esteban, temiendo en todo momento que pudiera descubrir el disquete. Cuando se puso la blusa, no se la metió debajo de los vaqueros para poder ocultar los bolsillos. Luego se calzó las zapatillas, sin molestarse en atárselas.

Esteban, mientras tanto, se puso los pantalones y fue al salón a servirse otra bebida. Cuando Erin intentó pasar de largo ante él, la agarró de un brazo.

—Volveremos a estar juntos. Ya lo estoy esperando.

—Sí.

—Discreción —le recordó, soltándola.

Erin asintió con la cabeza y salió de la habitación. Cortez le hizo un guiño cuando la vio. Se sentía sucia, mareada. Bajando las escaleras de dos en dos, estuvo a punto de caerse con las prisas. Era como si el corazón amenazara con estallarle en el pecho.

—¡Alto!

Se detuvo a unos pocos metros de la puerta. Maldijo para sus adentros. ¿Habría descubierto Manuel el disquete que llevaba en el bolsillo? ¿Se habría dado cuenta Esteban de lo que había hecho?

Manuel se le acercó, mirándola fijamente.

—Está jugando con fuego, señorita —le susurró—. Procure no

equivocarse.

Erin asintió. Las piernas le temblaban tanto que apenas podía sostenerse.

—Váyase.

Erin se obligó a caminar. Para cuando llegó a su alojamiento, tenía el rostro bañado en lágrimas. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, agotada.

—¿Dónde diablos te habías metido?

Alzó la mirada. Era Logan.

Capítulo 10

Logan miró el disquete que Erin se sacó del bolsillo del pantalón. Los archivos de Esteban.

Sólo podía haberlos conseguido de una manera.

—Te he hecho una pregunta —insistió. Por desgracia, la furia de su voz no era simulada. Era real—. ¿Dónde diablos estabas?

Erin comprendía la intención de su pregunta. Estaba fingiendo, en previsión de que pudieran estar escuchándolos. El nudo de terror que le atenazaba el estómago aún no había desaparecido.

—Fuera. Por ahí, dando un paseo.

—No te creo —repuso mientras pensaba en un lugar donde esconder el disquete hasta que se lo entregara a Ferrelli—. Mientes.

—Te estoy diciendo la verdad —protestó mientras se acercaba a la mesa del teléfono y abría el cajón—. Y no me importa que me creas o no.

Logan vio el ejemplar de la Biblia que había dentro e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ten cuidado —gruñó, viendo cómo Erin guardaba el disquete en el interior del libro forrado en piel—. No me obligues a ponerme duro contigo, Baby.

—Y tú no me amenaces —se le quebró la voz.

La observó con expresión preocupada. Estaba muy pálida y temblaba visiblemente. Todavía no sabía lo que le había ocurrido, pero estaba terriblemente afectada. Sintió unas inmensas ganas de matar a Esteban. La trajo hacia sí y ella se refugió en sus brazos, sollozando.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó en voz muy baja, para que no

podieran oírlos—. Dime si te ha hecho algún daño...

—No —susurró ella.

—Lo siento, Baby. No quería hacerte llorar —alzó la voz, pensando en los micrófonos que debía de haber en la habitación.

La levantó en brazos y se sentó con ella en el sofá, meciéndola con exquisita ternura.

—Sshhh, no pasa nada. Ya no estoy enfadado.

Y era verdad. Su furia había cedido paso al deseo de consolarla. No podía soportar verla así... no podía soportar la idea de que Esteban la hubiera tocado.

Echándole los brazos al cuello, Erin le murmuró al oído:

—Hemos fracasado. Esos archivos no contienen nada.

La abrazó con más fuerza. Si eso era verdad... en aquel momento no le importaba.

—¿Te tocó? —susurró. Fue incapaz de disimular un tono de rabia.

Por toda respuesta, Erin se levantó, lo miró directamente a los ojos y negó con la cabeza.

Gracias a Dios. Logan soltó un suspiro de alivio. Si Esteban la hubiera tocado... habría sido capaz de cualquier cosa, de cualquier locura. Sólo en ese momento fue consciente de ello.

No quería que nadie más tocara a Erin de esa manera. Sólo él.

Pero tampoco él se merecía una mujer así. Ni siquiera se merecía su confianza. Le acarició una mejilla con un dedo. Al ver que seguía temblando, se le encogió el estómago. Todo era culpa suya.

Y cuando descubriera la verdad, jamás lo perdonaría.

Logan estuvo evitando a Esteban durante toda la tarde del sábado y el domingo entero. Se había pasado la noche consolando a Erin. La había abrazado, presa de un doloroso deseo, pero consciente de que lo que necesitaba era ternura y cariño.

Hacer el amor con ella estaba descartado. Le estaba ocultando una información vital que podía cambiar enteramente la opinión que tenía de él, que podía cambiar de manera dramática su relación.

Suspiró, maldiciéndose a sí mismo. Se suponía que aquello no tenía que ser «una relación». Era una misión. Su trabajo. Nada más. Erin Bailey era un peón. Un peón al que había manipulado, y que no lo perdonaría cuando descubriera la verdad.

Hizo a un lado el trapo con el que había estado limpiando su arma. Las horas que había pasado con Erin lo habían impulsado a refugiarse allí, en la armería. Necesitaba estar a solas para poder pensar con claridad.

De repente se abrió la puerta. Logan alzó la mirada, sin soltar la pistola. Era Cortez.

—Esteban quiere verte en su despacho.

Logan se guardó el arma en la cintura de los vaqueros.

—Y lo que quiere Esteban, siempre lo consigues, ¿verdad? —repuso, sarcástico.

La satisfecha expresión del esbirro fue suficiente respuesta. Logan sintió una punzada de furia. Iba a disfrutar viendo cómo todos esos tipos se llevaban su merecido.

Esteban lo estaba esperando.

—Logan, amigo mío, ¿te apetece un habano? —le preguntó, a modo de saludo.

—No, gracias —respondió con tono levemente hosco.

—Bueno, pues toma asiento.

—Prefiero quedarme de pie —vio que su negativa lo molestaba, pero no le importó. De hecho, eso era precisamente lo que quería.

Esteban dio una larga chupada a su cigarro y soltó una bocanada de humo.

—Te he estado observando, Logan. Ya me dejaste impresionado con tu primera misión. Pero lo que más me maravilla es la capacidad de concentración que has demostrado durante toda esta semana.

—Intento tomarme en serio mi trabajo.

—Desde luego. Necesito más hombres como tú. Gente en la que puedo confiar a ciegas y que se ocupa de todos los detalles. Algo tan escaso comopreciado en este negocio.

Logan cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Me has mandado llamar para decirme algo concreto?

Esteban sonrió.

—Veo que estás molesto conmigo —hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Pero no deberías preocuparte. Tengo planes para ti, Logan. Grandes planes.

—Me alegro de saberlo.

—Esta noche te presentaré a una gente muy importante que trabaja para mí en otros... sectores.

«Narcotraficantes», pensó Logan.

—Y el lunes dirigirás personalmente una misión muy delicada. Si lo

consigues, descubrirás lo muy generoso que puedo llegar a ser —se levantó de su escritorio—. En cambio, si fracasas... recibirás un merecido castigo.

—Me parece justo.

Esteban le tendió la mano.

—Sellemos nuestro trato entonces.

Logan se la estrechó, consciente de la gran importancia de aquel gesto. Esteban confiaba en él.

Nada podría detenerlo ahora.

Erin se calzó los elegantes zapatos de tacón de aguja que le había comprado Logan, a juego con su corto vestido negro. Aunque «corto» era un adjetivo que no le hacía del todo justicia. El vestido se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, no dejando nada a la imaginación.

Se miró en el espejo mientras se recogía el pelo en un moño. El moretón del ojo prácticamente había desaparecido, y lo que quedaba podía disimularlo el maquillaje. Estaba muy satisfecha de su aspecto. Ideal para codearse con la élite de la alta delincuencia de Colombia.

Se volvió al oír un largo y elocuente silbido. Desde la puerta, Logan la estaba admirando abiertamente.

—Estás maravillosa.

Erin se ruborizó de placer. Le estaba tan agradecida por la ternura que le había demostrado la noche anterior, abrazándola y susurrándole palabras cariñosas...

—Tú tampoco estás nada mal, Lover —era verdad. Estaba fantástico con aquel traje negro. Y terriblemente sexy.

—¿Vamos? —le ofreció su brazo.

Erin lo aceptó, aspirando su sensual aroma. La luna llena derramaba su luz de oro sobre el sendero que llevaba a la mansión. Confiaba completamente en Logan. Después de lo de la noche anterior, estaba incluso dispuesta a entregarle su corazón. Se había enamorado.

Era un pensamiento luminoso a la vez que sombrío. Era lo peor que podía haberle sucedido, pero aun así no lo habría cambiado por nada. Por desgracia, su relación no tenía futuro alguno. Sólo existía el presente, el aquí y el ahora.

Cuando llegaron, la fiesta se encontraba en su apogeo. Al fondo del gran vestíbulo de entrada había un salón de baile de gigantescas dimensiones. Varias puertas se abrían a la elegante terraza corrida, que tanto solía frecuentar Sheila. No tardó en localizarla entre la multitud. Ataviada con un vestido azul aún más corto y ajustado que el de Erin, se hallaba rodeada de admiradores.

Esteban se había apresurado a buscar a Logan para llevárselo con un nutrido grupo de hombres, probablemente los principales narcotraficantes del país. Cuando salieron a correr un poco aquella tarde, Logan le había puesto al tanto de todo, sin miedo a que pudieran escucharlos. La nueva oferta de Esteban representaba una gran ventaja. De ese modo, si no conseguían sacar nada en claro del disquete, Logan estaría en condiciones de acceder a algún tipo de información secreta.

Pero Erin no sabía durante cuánto tiempo podría soportar aquella situación. Si Esteban volvía a acercársele...

Le había contado a Logan lo ocurrido. El la había entendido perfectamente, e incluso se había mostrado dispuesto a intervenir. Eso no había podido menos que sorprenderla. La idea de que pudiera arriesgar el éxito de su misión la había conmovido profundamente. Tomó una copa de champán cuando un camarero pasó a su lado. Quizá Logan sintiera algo más por ella...

«Vuelve a la realidad, Erin», se amonestó para sus adentros. Probablemente Logan había hecho eso docenas de veces antes. Al fin y al cabo, su trabajo también consistía en protegerla. El sutil cambio que había

creído observar en él debía de ser simplemente imaginado. Simples ilusiones tuyas.

Justo cuando Erin estaba empezando a preguntarse dónde estaba, apareció María. Tenía un aspecto tan majestuoso como elegante con su precioso vestido blanco, recatado y sensual a la vez. Cuando entró en el salón, todos y cada uno de los socios de Esteban se volvieron para mirarla.

Tal y como suponía Erin, la reacción de Esteban a la expectación que provocó su hermana no fue en absoluto de agrado. No le gustó lo más mínimo. De hecho, fulminó con la mirada a los hombres de su grupo y los sacó inmediatamente de su distracción.

Erin tomó un sorbo de champán, dejó la copa sobre una mesa y se dirigió a donde estaba María. Tuvo que esperar a que terminara de saludar a los invitados que se habían acercado.

—María, me alegro tanto de que hayas vuelto... —le dijo con toda sinceridad—. Temía que fueras a perderte la fiesta.

María la miró con expresión sorprendida por un momento, pero luego se recuperó.

—Nunca me pierdo una fiesta de mi hermano.

—¿Aprovechaste bien el viaje? ¿Has traído nuevas variedades de flores?

—Sí —le dio una cariñosa palmadita en el brazo—, pero me temo que no reconocerías sus nombres. Tendrán que transcurrir muchas semanas antes de que florezcan en todo su esplendor.

—Me encantaría verlas. Tu jardín es sencillamente maravilloso.

María se sonrió, levemente ruborizada. Era la persona más buena, humilde e inocente que Erin había conocido. Evidentemente no podía estar al tanto de la naturaleza de los negocios de su hermano.

Y sin embargo, había estado presente cuando Esteban le sugirió que disparara contra Manuel.

Aquel detalle no encajaba. O quizá María lo había interpretado simplemente como una broma demasiado pesada...

—Ven conmigo —tomó del brazo a Erin—. Como puedes ver, mi hermano tiene muchos amigos.

Erin se preguntó si eso significaría que no eran amigos suyos. Seguía sin entender cómo una mujer tan inteligente como ella llevaba una vida semejante, tan absolutamente dependiente de Esteban.

—¿Dónde fuiste a comprar las flores? —se arrepintió nada más formular la pregunta. Aquella mujer pensaría que era una maleducada. O, peor aún: que era una espía intentando sonsacarle información—. Perdona. No era mi intención ser tan curiosa.

María sonrió de nuevo.

—No seas tonta. No es ningún secreto que viajo con cierta frecuencia. Algunas veces incluso a Europa —suspiró, nostálgica—. Sólo en esos momentos me siento satisfecha, a gusto conmigo misma. Y disfruto muchísimo con mi pequeño hobby —pero de repente se interrumpió, como si hubiera dicho más de lo que debía—. Qué pésima anfitriona soy. Deberíamos hablar de ti, y no de la vida tan aburrida que llevo...

—Oh —Erin se tensó de inmediato—, pues no hay mucho que contar.

—No seas modesta. Me encantaría que me contaras cosas de ti —recogió una copa de la bandeja que le acercó un camarero—. ¿Has estudiado en la universidad?

Forzando una sonrisa, Erin se esforzó en vano por recordar lo que tenía que decir. ¿Había sido en Austin? Maldijo para sus adentros. No tenía ni idea.

—Empecé a estudiar en una universidad de una pequeña población —improvisó—. Pero me cansé y lo dejé.

—¿Fue entonces cuando conociste a Logan?

Erin recordó que se suponía que Logan y ella llevaban tres años juntos.

—Bueno, en realidad... hubo otro hombre antes que él —se esforzó por dominar su nerviosismo. De alguna manera, le dolía engañar a alguien como María—. Era un completo canalla y... —suspiró—. Bueno, me rompió el corazón.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Maldijo una vez más para sus adentros. A esas alturas, debería haberlo superado ya. Pero no era tanto Jeff como su propia estupidez lo que la indignaba. ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

María sacudió lentamente la cabeza.

—Hombres... A veces pueden comportarse como auténticos animales —desvió la mirada hacia su hermano—. Como cerdos.

A Erin le sorprendió su vehemencia.

—Tienes razón. Algunos hombres son unos cerdos.

—La mayoría. Ten mucho cuidado, Sara. No se puede confiar en ninguno. Aunque quizá tu Logan sea diferente —lo miró. Seguía hablando en el grupo de Esteban—. Es difícil de saber.

—Logan es especial —pronunció Erin sin pensar. Y tenía que reconocer que era cierto—. Me quiere mucho.

—Aun así, tienes que llevar mucho cuidado. Ningún hombre ha dejado de utilizar a una mujer por sus propios intereses.

—Descuida.

María se volvió para saludar a un invitado que se acercaba, retomando su papel de perfecta anfitriona. Erin no pudo evitar preguntarse por el daño que le habría infligido Esteban, o cualquiera de sus amigos. De repente le entraron ganas de protegerla. De interceder ante Logan para que su gente la incluyera en un programa de testigos protegidos, o como diablos se llamara eso. Aquella mujer era una prisionera.

¿Qué sería de María cuando Logan consiguiera detener a su hermano? ¿Se quedaría arruinada, viviendo en la calle, sin un céntimo? Le dolía pensarlo. De alguna forma tenía que asegurarse de que eso no llegara nunca a suceder. De pronto se le ocurrió la idea de poner a María sobre aviso antes de que fuera demasiado tarde. Tendría que reflexionar sobre ello. Pero, hiciera lo que hiciera, tendría que asegurarse de no poner en peligro la vida de Logan. Después de todo, Esteban era el hermano de María.

Había llegado la hora de tomar una decisión. Pero antes debía averiguar más cosas sobre María, para saber si realmente necesitaba salvarse o, incluso, si quería que la salvaran. Volvió a recordar el tono vehemente que utilizó a la hora de hablar sobre los hombres. Tenía el presentimiento de que tal vez no se llevaba ni mucho menos tan bien con su querido hermano...

Logan no dejó en toda la noche de admirar a Erin. Estaba magnífica.

Le entraban ganas de enviar aquella misión al diablo, pero sabía que era una locura. Lo que tenía con Erin no era nada más que un capricho... una aventura pasajera. Pronto terminaría todo, y no tardaría en hallarse inmerso en una nueva misión. Aun así, jamás antes había tenido tantos problemas para concentrarse en su trabajo.

Y no debería tenerlos ahora.

Se alegraba de que la hermana de Esteban hubiera pasado la mayor parte de la velada al lado de Erin. Incluso cuando Esteban se había mostrado demasiado amable con ella, María había intervenido en su auxilio, alejándola de su lado. Aquella extraña mujer cada vez le caía mejor.

Quizá fuera consciente del indecente comportamiento de su hermano y estuviera decidida a salvar a Erin. Fuera lo que fuese, Logan le estaba enormemente agradecido.

No esperaría mucho más a marcharse. Tan pronto como terminara con sus compromisos se llevaría a Erin de allí.

Justo cuando se disponía a reunirse con ella, vio que Sheila Watters la tomaba del brazo y se la llevaba a un aparte. Acercándose lo suficiente, alcanzó a escuchar lo que le dijo.

—Óyeme bien, pequeña zorra —siseó Sheila—. No te lo repetiré más. Si no te mantienes apartada de Esteban, te mataré con mis propias manos.

Erin se liberó de un tirón.

—No sé de qué estás hablando.

—Pues ten mucho cuidado, porque a tu marido también le puede pasar algo. Ya le he dicho a Larry de qué manera se dedica a flirtear conmigo. Si le aprieto un poco más las tuercas, acabará con él.

Ahora comprendía Logan por qué Larry se había mostrado tan ceñudo últimamente. Acercándose a Erin, la tomó del brazo.

—Buenas noches, Sheila. ¿Sabes una cosa? Quizá si Larry se enterara de que estás tan interesada en Esteban, te prestaría algo más de atención.

La mujer abrió mucho los ojos, sobresaltada. Pero cuando pudo recuperarse, se dirigió a Erin:

—Tú recuerda lo que te he dicho —y se marchó.

Se retiraron a su alojamiento. Después de las amenazas de Sheila, Logan no podía estar más preocupado por Erin. Ansiaba desesperadamente protegerla, sólo que siempre fracasaba en su empeño, por una razón u otra.

Erin se dirigió directamente al dormitorio para quitarse el vestido. Desde el salón, a través de la puerta abierta, Logan vio cómo el vestido resbalaba por su espalda desnuda hasta caer al suelo. Llevaba una braga diminuta, sin sostén. Se soltó el cabello, ahuecándoselo con los dedos.

Logan la contemplaba paralizado, arrobado, tenso cada músculo de su

cuerpo. Cómo la deseaba. Recordaba perfectamente su sabor, el contacto de su piel, la intensidad con que había respondido a sus caricias. Algo en lo más profundo de su interior se removió violentamente, liberándose.

De repente Erin se puso una camiseta y el espectáculo terminó.

Pero Logan ya no volvió a ser el mismo.

Capítulo 11

Esteban impartió sus instrucciones al amanecer.

A Larry Watters no le gustó nada que Logan quedara encargado de la operación, pero se mordió la lengua. Los deseos de Esteban eran órdenes.

El avión que los llevó a los cuatro, Logan, Erin y los Watters, era muy similar al que solía usar Mission Recovery. De tipo ejecutivo, suntuoso y rápido a la vez. Cerca de Ganoga Park, en las afueras de Los Ángeles, el reactor tocó tierra en un aeródromo particular, propiedad de una gran corporación estadounidense que lavaba dinero negro de Esteban.

Una gran limusina negra los estaba esperando.

Salieron del avión, cada uno provisto de un maletín de acero. Logan miró su reloj.

—Volveremos dentro de unas dos horas. Llena el depósito y que esté listo para entonces —le dijo a Héctor Caldarone, que hacía las funciones de piloto.

Los maletines, que contenían una enorme cantidad de cocaína, fueron cargados rápidamente en el maletero. Los cuatro subieron al vehículo sin perder el tiempo.

—¿Tienes la dirección? —le preguntó Logan al chófer.

—Sí, señor. El tiempo estimado de llegada es de diecisiete minutos.

—Perfecto.

Nadie habló mientras la limusina recorría las calles de Los Ángeles, acercándose a su destino. Logan sabía que esa era la única oportunidad de que disponía para entregarle a Lucas el disquete con los archivos de Esteban. Larry no lo perdía en ningún momento de vista, a la espera de que cometiera algún error. Aun así, resultaba de vital importancia discernir si la información

contenida resultaba o no relevante. Siempre existía la posibilidad de que estuviera codificada, ya que Erin no había tenido ninguna manera de saberlo.

Cuando vio que estaban a punto de pasar por un restaurante de comida rápida, Logan llamó al chófer. El hombre bajó la ventanilla interior que los separaba.

—Haremos una corta parada en ese restaurante. Me muero de hambre — se volvió hacia Erin—. ¿Y tú, Baby?

—Lo mismo me pasa a mí —sonrió.

—Ya comeréis después —se opuso Larry—. No queremos llegar tarde a nuestra cita.

—¿Llegaremos tarde si nos detenemos unos minutos? —le preguntó Logan al chófer.

—No, señor.

—Bien.

Larry y Sheila rabiaron en silencio mientras Logan le pedía al conductor que les consiguiera un par de hamburguesas y refrescos. Para más humillación, comieron con verdadero deleite. Al ver la airada mirada de Larry, Logan no pudo disimular una sonrisa.

Cuando llegaron al punto de la cita, un solar en medio de dos viejos almacenes, Logan bajó primero y miró en torno suyo. Luego tomó la bolsa con los restos de comida rápida, en la que había guardado el disquete, y la arrojó al suelo, al lado de uno de los dos edificios.

El lugar parecía silencioso y desierto, tal y como se lo había descrito Esteban. Si su información era correcta, ambos almacenes se hallaban vacíos y en alquiler. Mientras Larry, Sheila y Erin descargaban la mercancía del maletero, Logan mantuvo una corta conversación con el chófer.

—Sal del coche —le ordenó. El hombre pareció vacilar.

—Ahora —lo fulminó con la mirada.

Temeroso, el conductor bajó del vehículo.

—Si algo malo sucede, señor, yo...

—No sucederá nada malo. Necesito que me entregues tu cartera.

Una expresión de absoluta confusión asomó a los ojos del hombre. Logan asintió con la cabeza y extendió una mano. La cartera no tardó en aparecer en su palma. La abrió, buscando su licencia de conducir.

—Danny Marsh... ¿Sigues viviendo en el 103 de Oakley Lane?

Marsh asintió, con los ojos como platos.

Logan encontró una foto de familia, en la que aparecía con su esposa y sus dos hijos.

—Una familia estupenda —le devolvió la cartera—. Escúchame, Danny. Tenemos un negocio muy importante del que ocuparnos. Algunas cosas no están saliendo como debían y estamos un poquito... nerviosos.

—No se preocupe, señor. Ni he oído ni he visto nada —negó con la cabeza—. Nada en absoluto.

—Bien —Logan se le acercó aún más—. Pero no quiero volver al coche y encontrármelo vacío. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Marsh afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Muy bien. De modo que oigas lo que oigas, y veas lo que veas, tú como si nada, ¿de acuerdo?

Otro asentimiento de cabeza.

—Y acuérdate, Danny, de que sé dónde vives. No me decepciones.

—No, señor —se enjugó el sudor de la frente.

—Así me gusta —Logan le dio una palmadita en la espalda y se reunió con los demás, en la parte trasera del vehículo.

—¿Esperas problemas? —le preguntó Larry.

—Siempre me cubro las espaldas, amigo —respondió mientras recogía el maletín que llevaba Erin—. Siempre.

Tal y como Esteban les había informado, el almacén en el que entraron estaba completamente vacío, a excepción de una larga mesa. Colocaron los maletines encima y los dejaron abiertos. Su contacto llegaría en cualquier momento para cerrar el trato.

—Baby, Sheila y tú cubriréis esta entrada —le ordenó Logan—. Larry y yo nos encargaremos del intercambio.

El edificio tenía forma alargada, con dos portones en cada extremo.

—Quiero que sepas que esto no me gusta nada —le advirtió Larry, rotundo.

—Ya me lo imaginaba. Tendrás que aguantarte.

—Supongo que sí —replicó, tenso—. Pero al menos meterás la pata y Esteban se dará cuenta del error que cometió al confiarte el mando de la misión.

—No esperes sentado.

Erin asistió a la tensa conversación entre Watters y Logan. Sabía que no podían confiar en Sheila, y albergaba las mismas dudas sobre Larry. Si Logan la había situado a sus espaldas era precisamente para cubrirlo.

El portón del extremo más alejado del edificio se abrió con un chirrido, dando paso a otra limusina, también negra.

—Justo a tiempo —musitó Sheila.

—¿Conoces a esos tipos?

La mujer lanzó a Erin una mirada cargada de desden.

—Claro que sí. Al contrario que tú, llevo ya algún tiempo trabajándome este territorio.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué te dedicabas antes? ¿A la peluquería?

Ese día Sheila llevaba un color de pelo diferente. Durante la última semana se lo había cambiado por lo menos tres veces.

—Muy graciosa. Una vez conocí a una chica tan graciosa como tú —sacó su arma y se acarició una mejilla con ella—. Tuve que matarla. Me estaba sacando de quicio.

La limusina se acercó lentamente al lugar donde Logan y Watters esperaban. Bajaron tres hombres vestidos de negro, con gafas oscuras. Acercándose a la mesa, se concentraron en revisar la mercancía de los maletines; incluso probaron una muestra. Erin lo contemplaba todo anonadada. Era igual que en las películas. Sólo que allí estaba ella, observándolo todo... y participando.

Se estremeció. Pensó en la noche anterior, cuando se durmió en brazos de Logan. El sueño había tardado en llegar. Lo había deseado. Y él a ella. Lo había sentido. Pero se había refrenado. No quería traspasar la línea... excepto cuando fuera necesario por el bien de la misión.

Si acaso triunfaban, Erin estaba segura de que saldría de aquella misión con el corazón destrozado. Quizá Logan estuviera en lo cierto al negarse a que su relación se tornara demasiado complicada. Aunque, por lo que a ella se refería, ya lo era. Y bastante.

De repente otro hombre bajó de la limusina. Joven, delgado, de rasgos latinos. En vez de vestir traje como los otros tres hombres, llevaba unos sencillos pantalones oscuros y una camisa blanca. Esnifó y saboreó la cocaína como si fuera un experto.

Luego se dirigió hacia los demás, pero de pronto su mirada se detuvo insistentemente en Erin. «Lo que faltaba», pensó, irónica. «Ahora quiere flirtear conmigo». Un brillo de reconocimiento asomó a los ojos del hombre mientras se acercaba a ella. Erin dominó el abrumador impulso de echar a correr.

—Estás muerta —la señaló con el dedo, acusador—. Yo te maté.

Erin se tensó. ¿De qué estaba hablando?

—¿Quién es este imbécil? —inquinó Sheila.

—¡Estás muerta! —gritó—. ¡Yo te maté!

Antes de que Erin pudiera reaccionar, ya había sacado su pistola y la estaba apuntando a la cara.

—No me importa cuantas veces tenga que matarte...

Una bala en la frente no le dejó terminar la frase. Se abalanzó hacia delante, cayendo en los brazos de Erin. Con el corazón en la garganta, empezó a chillar.

Comenzó un infierno de disparos. Erin se lanzó al suelo, protegiéndose detrás del cadáver. El fragor de los tiros atronó en el edificio, salpicado de gritos y maldiciones. Estaba aterrada. Quería ver cómo estaba Logan, pero no se atrevía a moverse. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Su breve entrenamiento no la había preparado para un escenario semejante.

Pero tampoco podía quedarse así, sin hacer nada... Tenía que hacer algo.

Sólo dos hombres seguían de pie cuando se asomó detrás de su improvisado escondite. Logan y un recién llegado vestido completamente de negro, con un pasamontañas del mismo color.

Sheila soltó un chillido. Soltando su arma, se arrodilló frente al cuerpo sin vida de su marido. Erin se incorporó lentamente, con la pistola en la mano.

Logan se acercó a ella. Cuando su acompañante se quitó el pasamontañas,

Erin reconoció al hombre que había estado flirteando con ella en Medellín. El mismo que les había seguido hasta el restaurante, y al que Logan había llamado su «ángel guardián».

—¿Estás bien? —le preguntó, mirándola con expresión preocupada, temerosa.

—Sí. Será mejor que te ocupes de Sheila.

Otro grito desgarró el aire. Sheila recogió la pistola de su marido y apuntó a Logan.

—¡Tú eres el culpable!

Erin tuvo la impresión de que todo transcurría a cámara lenta, intentó empujar a Logan fuera de la trayectoria de la bala. El disparo rebotó contra el suelo, a unos metros. Luego, silencio.

Sheila se derrumbó sobre el cadáver de su marido. Ferrelli se le había adelantado. Erin ni siquiera había oído su disparo. Una mirada a su arma le confirmó que había usado un silenciador.

—El disquete está en una bolsa de papel, en el suelo, cerca de la limusina —le informó Logan mientras se guardaba la pistola.

—Llamaré a nuestra gente.

—Gracias.

Logan atrajo a Erin hacia sí y le pasó un brazo por los hombros temblorosos.

—Tenemos que regresar. Nos llevaremos las drogas y el dinero. Quizá eso consuele algo a Esteban cuando se entere de que su operación se ha ido al diablo.

Erin se volvió para mirar al hombre que había intentado matarla, en medio en un charco de sangre.

—¿Quién era ese tipo?

—Se llamaba Sánchez. El miserable que mató a Jess.

No le extrañaba que la hubiera mirado como si fuese un fantasma, pensó Erin, estremecida. La había confundido con la verdadera Jess, la antigua compañera de Logan.

—Gracias por salvarme la vida —le dijo a Ferrelli.

El agente sonrió, con un brillo de malicia en sus ojos grises. Erin jamás había visto a un hombre con unos ojos tan bonitos. A excepción de Logan, claro.

—Me alegro de haberos ayudado. ¿Hay algo más que pueda hacer por vosotros?

—Simplemente dile a Lucas que encuentre algo en ese disquete. Por aquí las cosas se están poniendo bastante calientes.

—Descuida.

Erin ya sabía que no encontrarían nada. La información secreta de Esteban no estaba en su ordenador.

Tal y como Logan le había ordenado, el conductor de la limusina los estaba esperando en la puerta. Cargaron el dinero y la droga en el maletero. Ferrelli recogió la bolsa con el disquete y desapareció.

Erin subió a la limusina, con las piernas temblorosas. Por el espejo retrovisor pudo ver la asustada mirada de Danny Marsh.

—No te preocupes —le dijo con voz cansada—. Nosotros somos los buenos.

El hombre soltó un profundo suspiro de alivio.

—Vamos —ordenó Logan, sentándose al lado de Erin y cerrando la

puerta.

La limusina se puso en marcha. Erin cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. ¿Cómo le explicarían aquello a Esteban? Se temía lo peor.

—No te preocupes —murmuró Logan—. Todo saldrá bien.

Abrió los ojos. Se preguntó cómo podía estar tan tranquilo después de todo lo que había sucedido.

—No, no es verdad. No saldrá bien.

Una expresión preocupada ensombreció sus rasgos.

—Yo me encargaré de ello —le acarició la mejilla con un dedo—. Tienes mi palabra.

Erin lo miró. En sus pupilas podía ver su propio reflejo. Una mujer enamorada de un hombre que nunca podría tener. Y el tiempo se le escapaba rápidamente. Al cabo de unas horas quizá estuvieran muertos.

—Me temo que con tu palabra no será suficiente —acunándole el rostro entre las manos, lo besó en los labios.

Logan le devolvió el beso con pasión contenida. Erin le desabrochó entonces los botones de la camisa y deslizó los dedos por su pecho. Quería tocarlo, acariciarlo por todas partes, sentir el calor de su piel contra la suya...

—Hey —murmuró él contra sus labios—, tenemos que tomárnoslo con tranquilidad...

—No —le sacó la camisa de debajo de los vaqueros—. Basta de esperas. Y de fingimientos.

Le echó los brazos al cuello y volvió a besarlo. Lo convenció. Lo supo porque la pasión de Logan afloró a la superficie con toda su fuerza. La tumbó sobre el asiento tapizado de cuero, besándola en la boca, en la barbilla, en el cuello.

De repente tocó el cristal para llamar la atención del chófer.

—¿Sí, señor?

—Necesitaremos un poco de intimidad durante la siguiente media hora.

—Lo que usted diga, señor.

Una pantalla opaca cubrió por completo el cristal. Y por primera vez en más de una semana, se quedaron completamente a solas, sin nadie que los viera o escuchase.

Logan la hizo sentarse mientras comenzaba a subirle la blusa. Se la sacó por la cabeza y la arrojó a un lado. Durante varios segundos no hizo otra cosa que admirarla. Cuando se humedeció los labios con la punta de la lengua, Erin sintió una especie de corriente eléctrica entre sus muslos, en el centro mismo de su sexo...

Logan le sacó suavemente los senos del sostén. Arrodillándose frente a ella, empezó a acariciárselos con la boca. Erin soltó un gemido, clavando los dedos en el asiento.

La acariciaba en lentos círculos, acercándose cada vez más al endurecido pezón, hasta que empezó a mordisquearlo, a lamerlo, a succionarlo. Erin se arqueó contra él, reprimiendo un grito.

Hizo lo mismo con el otro pezón, provocándole el mismo placer, enloqueciéndola de deseo. Erin movía rítmicamente las caderas, imitando un ritmo tan antiguo como el mundo, el mismo que mecía su alma. No podía esperar más. Tenía que tocarlo.

Enterró los dedos en su pelo, apretándole la cabeza contra sus senos. Las manos de Logan viajaron entonces hasta sus muslos y ella le suplicó que la tocara allí, no con palabras, sino con el desesperado lenguaje de su cuerpo.

Aquellas mágicas manos se deslizaron entonces bajo su falda y empezaron a bajarle la braga. Estaba húmeda. El contacto de un único dedo sumergiéndose en su cálido interior la hizo arquearse hacia él. Quería sentirlo

dentro de sí... ¡ya!

—Basta —apartándolo, se dedicó a desabrocharle frenéticamente los vaqueros.

Se quejó en voz alta cuando no pudo hacerlo con la suficiente rapidez. El la ayudó y su erección surgió libre, sorprendiéndola y admirándola al mismo tiempo. Se había olvidado de que no llevaba ropa interior. Lo tocó, arrancándole un gruñido. Lo quería dentro de sí, sin más demora.

Terminó de bajarle los pantalones y se sentó a horcajadas sobre él. Pero Logan la tomó de la cintura, deteniéndola.

—Espera.

—No. No quiero esperar más. Ahora —gimió.

—Hay cosas... —masculló—... que necesitas saber antes...

Sin vacilar, lo guió hasta su húmedo sexo.

—Después.

Su resistencia se debilitó. Lentamente Erin se fue dejando caer. No pronunció un solo sonido. Apenas podía respirar mientras disfrutaba de la exquisita sensación de la penetración. Sentía temblar a Logan, en sus esfuerzos por contenerse.

Sus músculos se relajaban por momentos, acercándola al clímax. Le puso las manos sobre los hombros y lo miró fijamente a los ojos.

—Sé todo lo que necesito saber.

Algo cambió en la oscura y sombría mirada de Logan: una especie de claridad, de resplandor, que disipó todas las dudas. Una necesidad que se imponía a todo lo demás. Su expresión resumía todo el deseo y la desesperación del mundo mientras Erin continuaba deslizándose cada vez más, centímetro a centímetro, a lo largo de su miembro. El orgasmo fue instantáneo. Se incorporó sin romper el contacto, tumbándose sobre ella. Y se

retiró para volver a hundirse en su interior, en un prolongado y fluido embate. Repitió tan delicioso movimiento. Otra vez. Cada vez más rápido, más fuerte. Le devoraba el alma con la mirada mientras profundizaba el ritmo, asomándose a su propio clímax. Erin tuvo otro orgasmo. Una inmensa ola de placer la barrió por dentro, liberándola.

Se derramó en ella violentamente, con un grito, los músculos a punto de estallar. Tuvo que hacerse a un lado para no aplastarla con su peso. Los brazos le temblaban de debilidad. La besó de nuevo con lenta ternura, arrancándole un gemido de gozo. Durante aquellos desesperados minutos, se habían olvidado hasta de besarse...

Como si quisieran recuperar el tiempo perdido, se besaron con enloquecida ansia, una y otra vez. Hasta que Logan se apartó para mirarla a los ojos, con expresión atormentada.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 12

—No disponemos de mucho tiempo.

Erin se apoyó contra la limusina, frente a Logan. El conductor había aparcado en un solar, no muy lejos del aeródromo.

«Tenemos que hablar». Había pronunciado aquellas palabras cuando todavía estaba dentro de ella, y desde entonces no había abierto la boca. Un nudo de terror se cerró sobre su estómago. De repente estaba absolutamente segura de no querer oír lo que tenía que decirle.

—Pues dímelo ya.

Logan se quedó mirando al suelo por un momento.

—Es culpa mía que estés metida en esto.

Aquella declaración la sorprendió tanto que se echó a reír. Se llevó una mano a la boca. Quizá fuera un ataque de histeria, teniendo en cuenta todo lo que acababa de ocurrir. Tan pronto habían visto a un montón de personas morir en torno suyo, como al momento siguiente se habían puesto a hacer el amor.

—Sé por qué estoy aquí. Tú me hiciste la oferta, pero yo tomé la decisión de aceptarla.

Vio que negaba con la cabeza. A pesar de todo, no podía dejar de admirar su rostro.

—No es eso lo que quiero decir.

Erin cruzó los brazos sobre el pecho. Todavía tenía los pezones erectos después de sus caricias.

—¿Qué es lo que quieres decir entonces?

—Todo fue un montaje de Mission Recovery —le confesó, pasándose una mano por la cara.

—¿Un montaje? Eso es imposible. Tú dijiste...

—Sé lo que dije —la interrumpió, con un nudo en la garganta.

—Dijiste que ese Sánchez mató a tu compañera y que Mission Recovery me necesitaba porque yo era idéntica a ella.

—Esa parte es verdad.

Sintió un escalofrío de miedo, pero lo dominó.

—De acuerdo, me he perdido —se llevó las manos a las caderas—. ¿Qué es lo que estás intentando decirme?

—Dentro de Mission Recovery hay un grupo llamado Forward Research, cuyo trabajo consiste en localizar y reclutar gente para nuestra organización.

Erin seguía sin entender cuál era el problema.

—Cuando localizan a una persona que reúne los requisitos buscados, no la pierden de vista. Supieron de ti por tu ficha de ingreso en prisión. Y se enteraron de tu talento para la informática.

Hasta el momento, todo tenía sentido. Ella era muy buena en su trabajo. Su único delito había sido confiar en Jeff. Pero seguía sin comprender a dónde pretendía llegar Logan.

—Algunas veces, los nuevos candidatos necesitan alguna... motivación.

Eso sí que la extrañó. El miedo que antes había sentido retornó con toda su fuerza.

—Sabían que necesitabas un estímulo.

—¿Un estímulo para qué?

—Para arriesgar tu vida.

—¿Qué tipo de estímulo? —rió, entre incrédula y nerviosa—. Yo nunca había oído hablar de vosotros hasta la noche en que aquel guardia me sacó de mi celda.

—Cuando Forward Research te descubrió, decidieron ir por ti. Tenías el tipo de habilidades que necesitaban. Y un aspecto físico casi idéntico al de Jess.

—Suéltalo ya, Logan. No nos vamos a pasar toda la vida aquí. ¿Qué es lo que no sé? ¿A qué montaje te referías antes?

No quería decírselo. No quería ver cómo aquella expresión de vulnerable inocencia se trocaba en otra de odio, y de arrepentimiento por lo que acababa de suceder entre ellos. Con aquella mentira de por medio, no debería haber hecho el amor con ella. Si al menos se lo hubiera dicho antes... Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

—El guardia, tu compañera en la prisión... todo eso fue preparado por Forward Research. Te querían en un estado especialmente... receptivo. Desde el principio sabían que eras inocente, pero esperaron hasta que les fuiste necesaria. Era su mejor baza.

Erin negó con la cabeza.

—No te creo.

Su voz sonaba hueca, vacía. El dolor que veía en sus ojos era más de lo que Logan podía soportar.

—Es verdad, Era la única forma que tenían de asegurarse de que colaborarías con ellos cuando llegara el momento.

—Ellos sabían que yo era inocente. Y además me hicieron pasar semanas de infierno. De miedo —masculló, furiosa—. Y todo ello... ¿sólo para asegurarse de que aceptaría cuando tú me presentaras la oferta?

Logan asintió con la cabeza.

—¡Y tú! —dio un paso hacia él—. ¿Tú sabías todo esto desde el principio?

—Así es —por mucho que le doliera, tenía que decírselo todo—. Incluso lo de que te esposaran aquella noche. Eso fue idea mía. Sabía que las esposas ayudarían a esa labor de presión.

Erin empezó a temblar de ira... y de dolor.

—¿No podías habérmelo dicho antes? —parpadeó para contener las lágrimas.

«Dios mío, que no lllore», rezó Logan en silencio.

—Cometí un error. Debí habértelo contado desde el principio. Yo...

Alzó una mano, interrumpiéndolo.

—No quiero seguir hablando. Esteban nos espera —le dio la espalda y subió a la limusina.

El vuelo a Colombia transcurrió en medio de un tenso silencio.

Logan intentó analizar sus sentimientos. Algunos de ellos le resultaban ajenos, extraños. Había dedicado la mayor parte de su vida a su trabajo. Nunca se había detenido a pensar en todo lo que podía estar perdiéndose. Sólo tenía treinta y cinco años. Ya tendría tiempo para una esposa e hijos.

Pero nunca se le había ocurrido pensar en esas cosas hasta que Erin Bailey entró en su vida. Miró a la mujer que se hallaba sentada a su lado. Aquella mujer le hacía anhelar cosas que no acertaba a describir. Como volver a casa después de una misión, para encontrarla esperándolo. Sin embargo, sabía que una relación semejante nunca funcionaría. Incluso aunque hubiera interpretado correctamente lo que había visto en sus ojos cuando hicieron el amor.

Erin jamás podría entender su mundo, ni por tanto aceptarlo. Ella era una de aquellas personas de vida normal y corriente que prefería pensar que la gente como él sólo existía en las películas, o en las novelas.

Él no era real para ella. Sólo era una pesadilla fugaz, pasajera. Eso si ambos tenían suerte y salían con vida del apuro. Aun así, cuando hicieron el amor, había vislumbrado en sus ojos un brillo de emoción que no pudo conmoverlo más.

Lo malo era que no sabía si volvería a disfrutarlo. Esteban estaba esperando.

Llegaron a la finca cerca de una hora después de lo planeado. Supuso que Esteban estaría rabiando impaciente, dispuesto a desahogar su furia con alguien, con cualquiera. Y ese alguien, esa vez, sería Logan.

—Vete al alojamiento y espera allí —le dijo a Erin. No la quería cerca cuando Esteban montara en cólera.

—No. Esta también es mi misión.

—He dicho que...

—No me importa lo que me hayas dicho —dando media vuelta, siguió a Héctor hacia la casa.

Logan maldijo entre dientes. Tal y como imaginaba, Esteban esperaba nervioso su llegada.

—¿Dónde está mi dinero?

Héctor dejó los dos maletines con el dinero al pie de su escritorio. Esteban estaba rojo de furia.

—Después tendréis que explicarme por qué habéis llegado una hora tarde. ¿Dónde están los Watters?

—Larry y Sheila están muertos —le espetó Logan—. Y los cuatro que trajeron el dinero también.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué diablos has hecho?

—La coca sigue en nuestras manos. Si tu gente de California desea concertar otro encuentro, yo estaré encantado de asistir.

Esteban aspiró profundamente varias veces.

—Explícamelo todo desde el principio.

—No hay nada que contar. El intercambio se fastidió. Y murió gente. Punto.

—¿Es que tienes ganas de morir, amigo Logan? —le preguntó Esteban mientras sacaba su nueve milímetros de un cajón de su escritorio.

—Uno de los tipos intentó propasarse conmigo y yo le disparé —intervino Erin con tono decidido—. Sheila y Larry lucharon hasta la muerte por recuperar tu dinero.

Logan la fulminó con la mirada. ¿Qué diablos pretendía hacer asumiendo la culpa de lo sucedido?

—¿Tú fuiste la culpable de todo este desastre? —Esteban se volvió hacia ella, incrédulo. Erin alzó la barbilla, mirándolo a los ojos.

—Ya te lo he dicho. Un hombre intentó propasarse, y tuve que dispararle.

Esteban acalló a Logan al ver que se disponía a intervenir.

—A ese hombre... ¿lo mataste del primer disparo?

—Le di justo en mitad de los ojos —respondió, sonriendo.

Logan contemplaba fascinado su magnífica actuación. Habría sido capaz de engañar a cualquiera.

Esteban soltó una corta carcajada. Y otra. Acabó riendo hasta que ya no pudo más.

—¡Esta sí que es una historia para recordar! —se volvió hacia Cortez—.
¿No te parece, mi leal amigo?

Cortez asintió.

—Desde luego que sí.

Logan, por su parte, se sentía tan irritado como aliviado. Cuando pudiera hablar a solas con Erin...

—Llamaré a mis amigos de California y les advertiré que los próximos hombres que nos envíen se muestren más... comedidos.

Esteban y Cortez se echaron a reír. Y También Héctor. Logan, en cambio, era incapaz de sumarse a su entusiasmo. Erin se limitó a sonreír, seductora. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que estaba arriesgando?

—Logan, tu esposa es una gran mujer, ¿no te parece?

Sonriendo forzosamente, Logan se volvió hacia Erin.

—Por supuesto. Es asombrosa.

De repente Esteban se puso serio.

—Marchaos. Quiero hablar con esta asombrosa mujer... a solas.

Cortez y Héctor se dirigieron hacia la puerta. Logan, sin embargo, no se movió.

—¿Tienes algún problema, mi querido amigo? —Esteban lo miró desafiante.

—Es mi esposa. No quiero que la castiguen a ella por el fracaso de una misión que sólo es responsabilidad mía.

Esteban soltó una risotada.

—No tienes nada de que preocuparte, Logan. No tengo intención alguna de castigar a tu encantadora esposa. Simplemente me gustaría charlar con ella en privado.

Estaba ardiendo de furia por dentro. No se marcharía sin Erin.

—Logan, vete —le dijo ella de pronto—. En seguida estaré contigo.

—Estaré esperando en la puerta —lanzó una última mirada de advertencia a Esteban.

—Como quieras.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Logan, Erin se preparó para lo peor. No quería morir. Pero aún deseaba menos que muriera Logan. Si Esteban requería sus servicios a cambio de respetar la vida de Logan... estaba dispuesta a resignarse. Y a fingir.

Después de todo... ¿qué diferencia había entre aquello y lo que había hecho con Logan apenas unas horas antes? Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo. Sí, existía una diferencia enorme, colosal. Para su propia desgracia, estaba enamorada.

—Siéntate, por favor —le señaló uno de los sillones—. ¿Te apetece beber algo? Debes de estar sedienta después de todo lo que ha sucedido...

—Sí —respondió, sentándose—. Un doble de whisky.

Esteban le tendió la copa, sentándose frente a ella.

—¿Sabes? Mi hermana está muy impresionada contigo, Sara.

Erin bebió un trago, esbozando una mueca.

—Yo también estoy muy impresionada con ella.

—Le gustas. Lo cual es algo muy raro, teniendo en cuenta el tipo de amistades que suelo hacer en este negocio.

—Entiendo.

—Entonces también entenderás lo importante que es alimentar esta relación...

Erin bebió otro trago de whisky, nerviosa.

—Por mí, encantada. María es maravillosa. ¿Hay algo en particular que quieras que haga?

—Te das cuenta de que ahora tienes una gran deuda conmigo, ¿verdad?

Erin se tensó, con el corazón acelerado.

—Sí. Me doy cuenta.

—A cambio del fiasco de hoy, te encargarás de vigilar a mi hermana. A veces, un miembro de una familia se convierte en una especie de... carga. Tendrás que mantenerme informado, constantemente, de todo lo que haga. Hasta que yo tome una decisión.

Erin frunció el ceño, confundida.

—¿Qué decisión?

Esteban la miró directamente a los ojos.

—La de cómo matarla.

Logan estaba a punto de entrar. Ya había esperado lo suficiente; no arriesgaría ni un segundo más.

Se dirigió hacia la puerta, acelerando el paso, sin importarle lo que pudiera decirle el guardia. Erin estaba allí. El todoterreno en el que habían vuelto estaba esperando delante de la casa, con las llaves puestas. Sabía lo que tenía que hacer. Pero primero debía rescatarla.

De pronto se abrió la puerta. Erin.

Tomándola del brazo la guió hacia el jardín, bajo la sombra de los árboles, donde pudieran hablar sin ser espiados.

Aunque su alivio era inmenso, seguía enfadado con ella.

—No entiendo cómo has podido hacer algo tan increíblemente estúpido —masculló, apretando los dientes—. Pero voy a sacarte de esta casa esta misma noche. Ahora mismo.

Erin intentó liberarse.

—No me iré.

—¿Es que te has vuelto loca? —la fulminó con la mirada—. ¿Qué clase de truco es este? ¿Qué es lo que le has prometido para tratar de salvarme?

—Suéltame.

Le estaba haciendo daño. Se dijo que él no tenía por qué saberlo.

A regañadientes, Logan obedeció.

—Tengo que sacarte de aquí —suspiró—. Este lugar ya no es seguro para ti.

—Nunca lo ha sido —lo desafió con tono firme, tranquilo.

Algo marchaba mal. Logan podía percibirlo. Lo sentía.

—Y ese truco al que te referías probablemente te ha salvado la vida —añadió ella—. Me conmueve tu agradecimiento.

—No esperes que te dé las gracias —replicó, tenso—. Has corrido un enorme riesgo. Tú...

—Hice lo que tenía que hacer —lo interrumpió—. La misión es lo primero, ¿verdad? ¿No es eso lo que tú me enseñaste?

Logan apretó la mandíbula y contó hasta tres. Sólo entonces pudo decirle con tono razonable:

—Esta noche te sacaré de aquí. Yo me las entenderé con Esteban. Te quiero fuera de este asunto cuanto antes.

—No.

Si tenía que sacarla a la fuerza, lo haría. Pero eso llamaría la atención de todo el mundo.

—¿Por qué diablos quieres quedarte? Te estoy dando la libertad, maldita sea. Puedes marcharte ya. Ya has cumplido con tu obligación. Todo ha terminado ya, finito.

—Tengo que encontrar una forma de salvar a su hermana.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Pretende asesinarla. Y yo quiero ayudarla.

Una vez más, Logan se esforzó por dominarse. No sabía cómo convencerla...

—Tienes que irte. Esta noche. Además, ¿cómo sabes que pretende matar a su hermana?

Un silencio que se le hizo eterno siguió a aquellas palabras.

—Porque quiere que yo haga el trabajo por él.

Capítulo 13

Erin se despertó antes del amanecer. Se quedó en la cama, inmóvil. No quería despertar a Logan, aunque tampoco sabía a ciencia cierta si estaba dormido. Su respiración era profunda y regular, y no movía un solo músculo, pero no podía estar segura del todo.

En realidad, ya no estaba segura de nada.

La gente de Logan había preparado todo aquel montaje. La habían hecho sentirse vulnerable, temerosa, sólo para conseguir reclutarla. Y habían sabido la verdad desde el principio. Habían tenido en sus manos la prueba de su absolución, Estaba furiosa. ¿Cómo podía alguien causarle conscientemente a otro ser humano el dolor que ella había sufrido durante aquellas últimas semanas en prisión? Le costaba creer que los que presumiblemente eran los buenos hubieran hecho algo así. Pero lo habían hecho.

Quería odiarlos por ello. Y sin embargo, no podía. En lo más profundo de su ser, sabía que jamás se había prestado a aquel asunto si no hubiera tenido aquel incentivo. Casi se echó a reír al recordar lo estúpida que había sido en aquel entonces. Apenas unas cuantas semanas atrás, Erin Bailey había sido una chica normal, que jamás daba problemas a nadie. Una buena chica.

Si la estancia en la prisión le hubiera resultado tolerable, habría cumplido su condena sin quejarse. Evidentemente la idea de volver a su antigua vida y de vengarse de Jeff le habría resultado tentadora, pero no lo suficiente.

Había cambiado. Se había dado cuenta de lo insignificantes que eran sus problemas al lado de los de otra gente. Por muy furiosa que estuviera con Logan y con Mission Recovery, ya no podía ver las cosas como solía verlas antes. Las cosas no eran simplemente blancas o negras. Había múltiples matices de gris. Y ella estaba viviendo el momento más gris que jamás había podido imaginarse.

No le daría la espalda a Logan. No podía. Muy a su pesar, lo amaba. De alguna forma, la escandalosa escena de amor que habían vivido en la

limusina había sellado su destino, tanto física como mentalmente. Por supuesto, entendía que él no la amara a ella, que una mujer como ella no estuviera en sus planes. Y Erin lo aceptaba, le parecía bien. Bueno, quizá no le pareciera bien, pero aprendería a vivir con ello. Pese a cualquier indicio que pareciera desmentirlo, lo prioritario para Logan era la misión. Lo ocurrido el día anterior no cambiaba nada.

La había deseado físicamente. Eso era todo.

Erin todavía lo deseaba. Por muy furiosa que estuviera con él. No importaba que no la amara...

«Basta», se ordenó en silencio. Tal vez lo ocurrido la noche anterior hubiera disipado las sospechas de Esteban, pero no era ninguna estúpida: no iba a confiarse. Seguían vigilándolos de cerca. Tenía que concentrarse... y jugar aquel juego según sus propias reglas.

Era la única manera de burlar a la muerte. De rescatar a la hermana de Esteban. Y de ayudar a Logan a cumplir su misión.

Los golpes en la puerta sacaron a Logan de sus sombrías reflexiones. Estaba seguro de que Erin se hallaba despierta, pero se había quedado quieta en la cama, absolutamente inmóvil, y él también. Acababan de levantarse a la vez.

Agarró su pistola y se la metió en la cintura de los vaqueros mientras se acercaba a la puerta. Descorrió el cerrojo y la abrió. Era Cortez.

—Reunión dentro de cinco minutos.

—Estaremos allí.

—Sólo tú.

Logan maldijo para sus adentros. Cerró la puerta y se pasó una mano por el pelo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Sospecharía Esteban? ¿Habría descubierto lo que realmente había sucedido en Los Ángeles? Si pretendía ejecutarlo esa

mañana, Erin quedaría a su merced. Tenía que encontrar alguna forma de salir de allí.

Logan se volvió para descubrirla esperando en la puerta del dormitorio, con el miedo dibujado en la cara.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —quería decirle mucho más, pero no podía. Estaba seguro de que lo estaban escuchando.

—Voy a vestirme.

—No hay necesidad. Quiere que vaya solo.

Logan pudo leer la preocupación en su mirada.

—Muy bien. Entonces me daré una ducha.

—Estupendo —repuso, tenso.

Erin le hizo una seña para que lo siguiera, sacó un rotulador de la cómoda y se dirigió al cuarto de baño. Después de abrir el grifo de la ducha, se sentó y se puso a escribir algo en una larga tira de papel higiénico.

Le tendió la nota. Decía lo siguiente:

¡No vayas! ¿Y si planean matarte?

Logan tomó el bolígrafo y garabateó su respuesta:

Tengo que ir. Ya lo sabes. Ten mucho cuidado. Volveré a buscarte.

Erin sacudió la cabeza, y empezó a escribir de nuevo, en grandes letras:

¡No vayas!

Se limitó a mirarla. Erin sabía que no tenía otra elección.

Esa vez le temblaron las manos, pero aun así insistió en seguir escribiendo. Cuando le tendió la nota, tenía lágrimas en los ojos. Dios, cuánto ansiaba abrazarla, prometerle que todo saldría bien... Parpadeó varias veces, abrumado de emoción.

Júrame que volverás. Júrame que no dejarás que te mate.

Arrugó el trozo de papel. Eran tantos los sentimientos que lo asaltaron a la vez que era incapaz de aprenderlos, de analizarlos...

Erin se levantó, obligándolo a que la mirara a los ojos. Luego le tomó la mano derecha y se la puso en el corazón, a la espera de su respuesta.

Perdido en la contemplación de aquellos ojos, sintiendo el latido de su corazón bajo la palma, comprendió que, sucediera lo que sucediera, volvería a buscarla. La acercó hacia sí, abrazándola con fuerza. La sintió temblar... o tal vez fuera él quien temblaba.

—Te juro que volveré a buscarte —le susurró al oído.

La dio un rápido beso en los labios y se apartó. Recogió la camisa y los zapatos de camino hacia la puerta. No miró hacia atrás. Habría sido demasiado peligroso.

Si se hubiera vuelto para mirarla, ya no habría podido marcharse sin ella.

Erin se quedó en la puerta del dormitorio, con el pedazo de papel arrugado en la mano. El pulso le latía a toda velocidad. Tenía que encontrar a María e intentar descubrir lo que estaba tramando Esteban aquella mañana. Quizá, juntas, pudieran escapar y ayudar de paso a Logan.

Cerró el grifo de la ducha y tiró el papel al inodoro. Tenía que darse prisa. Empezó a vestirse.

Lo primero de todo era encontrar a María.

Ya había transcurrido cerca de media hora y aún no había conseguido

localizar a María.

Logan se había marchado en el todoterreno con Héctor y Carlos, después de la reunión que habían mantenido con Esteban. Erin los había visto alejarse, escondida detrás de una esquina del muro del jardín. Todo parecía en orden. Logan iba armado.

Eso era una buena señal. O al menos esperaba que lo fuera.

María no estaba en el jardín, aunque aún era muy temprano. Tenía que encontrarse en alguna parte de la casa.

Decidió entrar. Si tropezaba con Esteban, le diría simplemente que tenía intención de desayunar con María, para llegar a conocerla mejor. ¿Acaso no la había empujado él mismo a profundizar su relación? Esa era su mejor baza. Disponía de la excusa perfecta para buscar a su hermana, a pesar de lo muy temprano de la hora.

La mansión se hallaba sumida en un silencio fantasmal. Por suerte, sus zapatillas no hacían ruido alguno en el suelo de mármol del vestíbulo. Dudaba que la habitación de María estuviera en el primer piso. De todas formas, quiso asegurarse.

Todas las habitaciones, incluida la terraza trasera, estaban vacías. Tenía que subir. Deteniéndose al pie de la escalera para respirar profundamente varias veces, hizo acopio de todo su coraje. Podía hacerlo.

Subió los escalones lenta y sigilosamente. Cuando llegó al rellano del piso superior, revisó sus opciones. La suite de Esteban se hallaba a la derecha, en el ala este de la casa. Lo más probable era que la de María estuviera en el ala oeste.

Caminó por el suelo enmoquetado del pasillo, procurando no hacer el menor ruido. Había un par de habitaciones de invitados vacías. Al final del corredor vio una doble puerta, muy parecida a las que llevaban a los aposentos de Esteban. Tenían que ser los de María.

Se detuvo ante la puerta. Respiró profundamente una vez más y se

dispuso a agarrar el picaporte. Le temblaba la mano. Cerró y abrió el puño varias veces antes de intentarlo de nuevo. La puerta se abrió con un leve chirrido.

El enorme salón estaba vacío. Tan silencioso como una tumba. Conteniendo el aliento, entró. En medio de aquel silencio el click que sonó al cerrar la puerta resonó en sus oídos como un disparo.

Como el de Esteban, era un salón elegantemente amueblado. Se dirigió a la puerta del dormitorio. Quizás María aún siguiera dormida.

Cuando pasó por delante del lujoso escritorio, se detuvo a echar un vistazo. Había un ordenador personal, papeles, libros y unos auriculares conectados a lo que parecía un equipo de música. Todo parecía normal. De repente vio que las luces del equipo parpadeaban. María debía de habérselo dejado encendido cuando se fue a acostar.

Cuando ya se disponía a volverse, el título de uno de los libros llamó su atención. Lo conocía; en su casa tenía un ejemplar. Lo había escrito uno de los mejores hackers del planeta. ¿Qué podía saber María de los hackers? ¿O qué era lo que querría saber?

Preso de una irrefrenable curiosidad, encendió la lámpara del escritorio y se dedicó a revisar los papeles. Boquiabierto, descubrió varias fotografías en las que aparecía ella con Logan. Se giró bruscamente para examinar la estantería de los libros. Un nudo de terror le atenazó el estómago. Cada libro, cada programa de software necesario para romper cualquier sistema de seguridad estaba allí. No faltaba ninguno.

Volviéndose hacia el ordenador, movió el ratón y una serie de iconos aparecieron en la pantalla. El sistema tenía dos discos duros: uno para Internet y otro para los archivos. Archivos que su propietario no quería exponer al mundo de la red, con el fin de protegerlos mejor.

Las luces que parpadeaban volvieron a llamar su atención. Entre incrédula y temerosa, se puso los auriculares. Era su propia voz lo que estaba oyendo. Fingidos gritos de éxtasis y el nombre de Esteban, urgiéndolo a que continuara...

Lentamente volvió a dejar los auriculares sobre la mesa. No podía ser. Era imposible.

—Veo que has descubierto mi secreto.

María.

Erin se volvió hacia la doble puerta, que acababa de abrirse. Allí estaba María, pulcramente vestida, tan majestuosa como siempre. Cuando se acercó hacia Erin fue como si flotara por el salón, como un símbolo de la gracia y de la elegancia.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? —Erin apenas reconocía su propia voz. La imagen de una rosa sin espinas asaltó de pronto su mente. La imagen perfecta de aquella mujer bella y bondadosa...

—Yo quería confiar en ti, Sara —su expresión se endureció—. Si es que ese es tu verdadero nombre, que lo dudo. Eres todavía peor que los otros. Erin sacudió la cabeza, confundida.

—¿Qué tienes tú que ver con todo esto? —le preguntó, señalando los papeles que había sobre la mesa y los libros de la estantería—. ¿Quién eres realmente?

Alzando la barbilla, María la miró directamente a los ojos.

—Soy la responsable de todo.

Erin tardó algunos segundos en comprender el alcance de aquella afirmación. Antes de que pudiera recuperarse de su sorpresa, María continuó:

—Yo tengo los contactos. Yo establezco las reglas. Yo tomo las decisiones. Esteban es simplemente una figura decorativa.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tanto secreto?

—¿Y tú, siendo una mujer, me lo preguntas? En una sociedad tan machista como la nuestra, a las mujeres no se nos permite estar en la cima de

nada. Si lo estuviera abiertamente, nadie me tomaría en serio. Y, ciertamente, se negarían a acatar mis órdenes.

Erin se había quedado paralizada. Ahora lo entendía todo. Por eso Esteban nunca bahía sido capturado. Simplemente hacía lo que le decía su hermana. Nadie había podido atraparlo porque nunca se implicaba. Era ella la que viajaba, la que hacía los contactos. Y todo bajo el disfraz de ir a comprar flores...

—Ingenioso, ¿verdad? —pronunció, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Fue esto lo que nos descubrió? —inquirió Erin, señalando los auriculares.

—Por desgracia, sí —María sacudió la cabeza—. Me preocupa enormemente que los dos hayáis conseguido penetrar en nuestro círculo. Por lo general somos mucho más prudentes.

—¿Lo supiste durante todo el tiempo?

—No hasta esta misma mañana —respondió con tono candido—. Cortez fue el primero en advertir que las grabaciones sonaban como forzadas. Así que me puse a escucharlas yo misma —se echó a reír—. He de decirte que tu actuación dejó mucho que desear.

Erin maldijo para sus adentros. La culpa había sido suya. Enteramente suya.

—Pero eso simplemente me hizo sospechar —María empezó a acercarse a ella—. Por pura curiosidad, volví a escuchar atentamente la cinta y pude oír claramente el sonido de un tecleo —se detuvo a sólo unos centímetros, sacudiendo lentamente la cabeza—. Y luego el rumor de un ordenador copiando información en un disquete. Lamento decepcionarte, pero el ordenador de Esteban no contiene nada importante... porque él no es nadie.

—¿Dónde está Logan? —una punzada de terror le atravesó el corazón.

—Ah, tu marido... —repuso María, sonriendo—. No te preocupes, aún no está muerto. Está con uno de nuestros más leales amigos, un antiguo agente de inteligencia, muy experimentado. Le sacará toda la información pertinente y luego lo matará —suspirando, miró su reloj—. Todavía le quedan algunas horas. A no ser, por supuesto, que se rinda antes de tiempo.

Erin tenía que detener aquello de alguna forma.

Pero, a una orden de María, dos guardias entraron en el salón.

—Veamos ahora qué es lo que sabes tú...

Héctor había insistido en que condujera Logan.

No estaba familiarizado con el camino que tenía que seguir, pero se esperaba que lo estuviera. Esteban había ordenado a los tres que revisaran un par de sus fábricas, y Logan aún no había tenido tiempo de conocerlas. Esteban los había convocado para explicarles que se habían producido varios incidentes en la cadena de elaboración de la cocaína.

Logan, sin embargo, no se lo creía. Probablemente iban a ejecutarlo. Esperaba que Erin pudiera mantenerse alejada de Esteban mientras él se libraba de sus silenciosos acompañantes.

El humor de los hermanos Caldarone parecía tan sombrío como el suyo. Sólo que por diferentes razones.

—Gira aquí a la izquierda —le ordenó de repente Héctor.

Logan giró bruscamente, y los dos hermanos soltaron una sarta de maldiciones mientras intentaban sujetarse. Al contrario que él, no llevaban puesto el cinturón de seguridad. Decidió utilizar ese detalle como ventaja. Ganaría velocidad, frenaría de golpe y Héctor se empotraría en el parabrisas. Luego intentaría dispararlos antes de que cualquiera de ellos se le adelantara. Era un buen plan.

—¡Más despacio, loco! —le gritó Carlos desde el asiento trasero—. Esta carretera es muy traicionera.

—Hay otra curva...

De repente un cristal se rompió y Héctor, a mitad de la frase, se derrumbó sobre el salpicadero.

Logan se volvió para descubrir un agujero de bala en el centro de la ventanilla. El cristal estaba resquebrajado.

—¿Qué diablos...? —musitó. Pensó que quizá Esteban había decidido matar no dos, sino tres pájaros de un tiro.

—Más rápido —le gritó Carlos, despreocupado ya del estado de la carretera—. ¡Busca un refugio!

Otra bala destrozó otro cristal justo detrás de Logan, y Carlos cayó sobre el asiento. Logan maldijo entre dientes y aumentó todavía más la velocidad. Si Esteban los había querido a todos muertos, ¿por qué no había ahorrado tiempo y los había ejecutado en plena reunión?

Una sombra surgió de pronto en la carretera, ante él. Hundió el pie en el pedal del freno.

Ferrelli.

Logró detenerse a sólo unos centímetros de aquel loco. Debió de haber adivinado que aquellos dos disparos tan sumamente precisos eran obra de su compañero.

Ferrelli abrió la puerta y sacó el cadáver de Héctor para ocupar su puesto.

—Creo que te estás tomando demasiado en serio tu papel de ángel de la guardia, Ferrelli. Apenas he podido frenar a tiempo.

—Te han descubierto —le explicó, ignorando su comentario—. Nuestra gente interceptó una llamada de móvil de Esteban a un tipo llamado Cruz, un

antiguo agente del servicio de inteligencia. Estos dos pensaban llevarte ante él, para someterte a un interrogatorio a fondo.

Logan metió marcha atrás y pisó a fondo el acelerador.

—Los refuerzos están en camino —añadió Ferrelli—. Se supone que tenemos que encontrarnos con ellos en...

—No hay tiempo —frenando de nuevo, dio un giro de ciento ochenta grados—. Tenemos que sacar a Erin de allí.

Su compañero le sostuvo la mirada durante el segundo que tardó en terminar la maniobra y poner el vehículo a toda velocidad.

—Quizá lleguemos demasiado tarde. En cualquier caso, no resultará fácil desembarazarnos de los guardias sin alertar a Esteban. Tal vez con ello hagamos más mal que bien...

—Tenemos que rescatarla —insistió Logan—. Ahora.

Capítulo 14

Con el cadáver de Carlos delante, amarrado con el cinturón de seguridad, y Ferrelli escondido en el asiento de atrás, nadie osó impedir la entrada de Logan en la finca. No todo el mundo estaba al tanto de que había caído en desgracia a ojos de su jefe.

Aparcó cerca de la casa de huéspedes. Tal y como había temido, estaba vacía. Bajó del vehículo armado con la pistola de Carlos y la suya. Ferrelli también iba bien pertrechado.

—Hay dos guardias en la verja, seis patrullando los alrededores de la mansión y dos por aquí, en alguna parte —le explicó Logan en voz baja, mirando a su alrededor—. Yo voy a buscar a Erin. El guardaespaldas y el par de tipos que te mencioné seguramente estarán dentro.

—Será como quitarle un caramelo a un niño —le aseguró su compañero.

Logan asintió y se encaminó hacia la mansión, poniéndose a cubierto. Sabía que Ferrelli se las arreglaría perfectamente.

La casa se hallaba sumida en un inquietante silencio cuando entró por la terraza trasera. La cocina y el comedor estaban desiertos, al igual que el despacho de Esteban, la sala de reuniones y el salón principal. Quedaba el piso de arriba.

Se acercó sigilosamente al pie de la escalera. Justo cuando se disponía a subir el primer escalón, oyó el inequívoco click de una pistola a sus espaldas. Se quedó paralizado.

—Lo de volver no ha sido una buena idea —le dijo Cortez, arrebatándole la pistola sin dejar de apuntarlo a la cabeza—. Pero ahora que ya estás aquí, bien puedes unirte a la fiesta.

—A mí siempre me han gustado las tiestas —repuso Logan, irónico. Se alegraba de que Cortez no se hubiera detenido a registrarlo. Todavía llevaba

la pistola de Carlos a la cintura. Se había sacado la camisa fuera del pantalón para disimularla.

Cortez lo urgió a subir las escaleras.

—Creo que a tu encantadora mujercita también le gustan.

Apretó los dientes, a punto de ceder al impulso de volverse y enfrentarse con él. Pero eso sería un error. Le había jurado que volvería para rescatarla. Y pensaba cumplir esa promesa.

Sólo entraría en acción en el momento adecuado.

Por fin llegó a lo alto de la escalera.

Ese era el momento adecuado. Ahora.

Se giró rápidamente, sacando la pistola al mismo tiempo. Cuando Cortez se disponía a disparar, Logan le descargó una patada en la entrepierna, haciéndolo rodar por las escaleras. El esbirro falló el tiro. Logan, en cambio, no.

Lo primero que revisó fue el ala este. Nada. Un nudo de terror le atenazaba el pecho. Le había prometido a Erin que la rescataría... y había fracasado.

Cuando se estaba acercando al final del corredor del ala oeste, alcanzó a escuchar un rumor de voces. Se detuvo al descubrir el cadáver de uno de los guardias en el umbral de una habitación. La puerta no estaba cerrada del todo. ¿Por qué habría de matar Esteban a uno de sus guardias?

Al observarlo más de cerca, lo reconoció. Era Manuel, el guardia al que Erin había salvado la vida. Quizá el tipo había querido devolverle el favor de alguna forma...

De repente oyó un grito. Erin. Se obligó a permanecer tranquilo. A servirse de los talentos y habilidades que tantas veces le habían salvado la vida. A él y a muchos otros. No era momento para apresurarse, ni para dejarse llevar por las emociones. Tenía que actuar con exquisita cautela.

La rendija de la puerta era tan estrecha que apenas podía ver nada. Podía escuchar la colérica voz de Esteban... y la temerosa de Erin. Se le aceleró el corazón. Una vez más se recordó que no podría ayudarla si no se dominaba.

Erin estaba sentada en una silla giratoria, maniatada. Sangraba de un labio y tenía un ojo hinchado. Una mezcla de furia y horror barrió a Logan por dentro, amenazando con hacerle perder la calma.

—Te lo preguntaré por última vez —pronunció Esteban, impaciente. La estaba apuntando a la sien con su pistola—. ¿Quién te envió aquí?

Erin se lo quedó mirando sin soltar una sola palabra. Logan la contemplaba emocionado, admirado de su valor. En aquel preciso instante comprendió que no podría vivir el resto de su vida sin aquella mujer.

Apuntó a su objetivo, directamente hacia la nuca de Esteban. Pero cuando estaba a punto de apretar el gatillo...

—Tira el arma.

Era una voz de mujer. Logan sintió en la espalda el cañón de una pistola.

—Tírala o te mato.

La hermana de Esteban. María.

Esteban se giró entonces, sin dejar de apuntar a Erin.

—¡Tú! —exclamó incrédulo cuando descubrió al recién llegado.

Logan apretó los labios mientras María le clavaba el cañón del arma en la espalda.

—¡Tira el arma o ella morirá en este mismo instante!

No tuvo más remedio que obedecer.

—¡Muévete! —le gritó ella.

María también estaba con ellos. Y pensar que Erin había insistido en quedarse para salvarla... Avanzó hacia el centro de la habitación.

Erin pronunció su nombre, llorosa. Fue casi un sollozo. Logan ansiaba desesperadamente abrazarla, tocarla, consolarla, pero no se atrevía a moverse.

—Quizá ahora obtengamos algunas respuestas —comentó Esteban, burlón.

—Mejores hombres que tú han intentado interrogarme —lo desafió Logan—. Pero si crees que estás preparado, adelante. Ella... —señaló a Erin— no sabe nada. Suéltala y prueba conmigo. Soy yo quien puede darte lo que quieras.

Intentó transmitir confianza a Erin con la mirada. Tenía el rostro bañado en lágrimas, pero se sentó más derecha, cuadrando los hombros, como alegrándose de que estuviera allí...

—No, no. Ella se queda —afirmó Esteban—. ¿Sabes una cosa? Seguro que hablarás después de ver lo que le tengo reservado a tu encantadora mujercita.

—¡Estoy harta de tu teatro! —tronó de repente María—. ¡Yo misma conseguiré las respuestas que necesito!

Esteban la fulminó con la mirada.

—¡Tú, tú, siempre tú! Soy yo quien hace el trabajo sucio... —se golpeó el pecho con el puño— mientras que tú no haces más que escupir órdenes inútiles.

Aquello hizo reflexionar a Logan. Los dos hermanos no parecían llevarse bien. Evidentemente, Esteban estaba harto de dejarse mandar por una mujer.

—Cuidado con lo que dices, hermanito. Sin mí no serías nada.

—¿Cómo podría olvidarme? —exclamó, dolido y humillado, en una especie de repentino ataque de humildad—. Tú eres el cerebro y yo soy el

músculo, ¿no? —señaló a Erin—. Pues entonces déjame hacer mi trabajo.

—Procede entonces —María pareció relajarse un tanto.

Logan se tensó, dispuesto a arrojarse sobre Esteban. No podía permitir que le hiciera daño alguno a Erin.

—Dime quién te envió —le preguntó Esteban a Erin una vez más—. O mataré a tu amante aquí mismo, delante de ti.

Sus miradas se encontraron. Logan podía leer el terror en sus ojos, pero también una inquebrantable determinación. Lo cual no hizo sino inquietarlo aún más. «Dios mío, no permitas que cometa una locura», rezó en silencio.

Volviéndose hacia Esteban, Erin le lanzó una mirada cargada de desdén.

—Fuiste tú, ¿es que no te acuerdas?

Esteban la abofeteó, arrancándole un grito. Logan hizo amago de moverse, pero María volvió a hundirle el cañón de la pistola en la espalda.

—Si te mueves —le advirtió—, no me molestaré en dispararte. La mataré a ella.

Logan se quedó paralizado. Cerró los puños de pura desesperación. Tenía que hacer algo... ¿Dónde diablos se habría metido Ferrelli?

—¿Quién te envió? —gritó Esteban, alzando una mano con intención de golpear nuevamente a Erin.

—Tú. Tú me encargaste que matara a tu hermana.

Esteban se tensó visiblemente.

—¿Qué clase de tontería es esa? —le acercó la pistola a la sien—. ¡Confiesa que tú organizaste todo esto!

Estaba nervioso. Y era incapaz de disimularlo. Erin se dirigió directamente a María:

—Él me dijo que yo te caía bien... que confiabas en mí. Quería que intimáramos lo suficiente para que yo pudiera vigilarte, mantenerle informado... Hasta que decidiera la manera de matarte... a través mío. Él quería que yo te matara.

—¡Mentira! ¡Todo mentira! —chilló Esteban, agarrando a Erin por el pelo—. ¡Es una zorra mentirosa!

—Era precisamente por eso por lo que quería localizarte hoy, tan temprano... —continuó Erin, esbozando una mueca de dolor—. Porque quería avisarte...

—Canalla —lo acusó María, concentrando de repente toda su atención en su hermano—. Querías quitarme de en medio.

—Te juro que está mintiendo —soltando a Erin, Esteban empezó a retroceder—. Tú sabes perfectamente que yo jamás te haría daño, María...

María lo apuntó con su pistola. Y disparó antes de que él pudiera echar a correr.

Logan la golpeó entonces en el brazo, desviando su segundo disparo, dirigido esa vez contra Erin. El tiro impactó en la ventana, a sus espaldas.

María se volvió, furiosa, pero Logan consiguió derribarla. La pistola escapó entre sus dedos.

La mujer intentó recuperarla. No le sirvió de nada. Logan se le adelantó.

—El campo está despejado —anunció en aquel instante Ferrelli, apareciendo de pronto—. Los refuerzos están al caer.

Levantándose del suelo, Logan descubrió a su compañero en el umbral de la habitación, sonriendo de oreja a oreja.

—A buena hora llegas.

—¿Qué querías? —se rió Ferrelli—. No quería robarte la gloria de este

momento.

Logan señaló a María con la cabeza.

—¿Quieres esposarla?

De inmediato se arrodilló frente a Erin, desatándola. Ferrelli le estaba diciendo algo, pero él no lo escuchaba. Lo único importante era que Erin se encontraba a salvo.

Se lanzó a sus brazos.

—Ya te dije que volvería a buscarte —murmuró él.

—Nunca lo dudé —repuso, soltando un tembloroso suspiro—. Ni por un momento.

—Salgamos de aquí —la ayudó a levantarse.

Pero mientras se desanudaba en su pecho el terror que había sentido, una nueva realidad se imponía, no menos temible. Aquel era el final de su relación.

La misión había terminado. Erin volvería a su antigua vida.

Por primera vez comprendía el significado de necesitar a alguien con verdadera desesperación. Tanto que no podía imaginarse viviendo sin esa persona.

Sin Erin.

¿Cómo podía dejar que se marchara?

¿Pero cómo podía pedirle que se quedara?

Erin y Logan volaron inmediatamente al Distrito de Columbia para presentar un informe sobre la misión. Erin ya le había contado a Ferrelli y a él

todo lo que le había dicho María. Además, su ordenador contenía toda la información que habían estado buscando y más: fechas, nombres, todo. Incluso el hecho de que María había trabajado con diferentes alias y sobrenombres en Venezuela, Brasil y México.

Su actuación en Brasil se reveló como la más interesante y enigmática. Durante años había tenido una aventura con un alto oficial del ejército, que jamás había sospechado sus verdaderas intenciones. Se había servido de su influencia sobre él para acceder a su sistema informático. Con sus habilidades como hacker, el resto había sido sencillo.

La misión había sido un éxito. Y había tocado a su fin.

Erin caminaba nerviosa de un lado a otro, en la habitación que le habían asignado para pasar la noche. Acababa de ducharse, pero no podía dormir. No dejaba de pensar en la manera en que la había abrazado Logan, después de soltarle sus ligaduras. Como si no quisiera abandonarla nunca. Como si hubiera estado a punto de perderla para siempre...

También pensaba en la promesa que le había hecho, y que había cumplido. Había vuelto para buscarla, a sabiendas del riesgo que corría. Según le había contado Ferrelli, se había negado a esperar a que llegaran los refuerzos.

Se sentó en el borde de la cama. Pensó, por último, en la pasión con que le había hecho el amor. No podía haberse equivocado a la hora de interpretar sus sentimientos por ella. Ni los suyos propios. Se miró el dedo donde antes había llevado la alianza de oro. El anillo descansaba ahora en un cajón de la cómoda, al otro lado de la habitación. Había formado parte de su actuación, de la farsa. Porque todo había sido una farsa.

La misión había sido lo principal, lo prioritario... ¿acaso no se lo había dicho él mismo? Logan no quería una esposa. Y aún menos una mujer que no formara parte de su mundo. ¿Qué podría hacer ella mientras él se jugaba la vida con su trabajo? ¿Quedarse en casa esperando a que un día no volviera? Ni una sola vez le había dado la impresión de que fuera un hombre hogareño, deseoso de formar una familia...

Sentía algo por ella; de eso estaba segura. Pero esos sentimientos jamás podrían bastar para forjar una relación duradera. Logan nunca sería feliz en su mundo. Y el suyo no era el más adecuado para albergar un matrimonio, una familia.

Lo mejor que podía hacer por Logan, y también por ella misma, era despedirse. Despedirse para siempre. Y marcharse. No le confesaría sus sentimientos.

Jamás sabría lo desesperadamente que se había enamorado de él.

Logan golpeó de nuevo la almohada. Aquella noche le resultaba imposible dormir. ¿Cómo podía hacerlo, con Erin durmiendo tan cerca, a un par de puertas de la suya? Quería estar con ella. Hacerle el amor otra vez. Demostrarle, a ella y a sí mismo, que aquello era real... y no una maldita farsa.

Pero eso no podía ser.

Aunque el comportamiento de Erin había sido excepcional, esa no era vida para ella. Tenía su propia vida en Atlanta, donde no corría peligro alguno. ¿Cómo podía pedirle que lo esperara entre misión y misión? Eso sería demasiado cruel. Se merecía algo mejor. Suspiró, resignado. Tenía que admitirlo: Erin estaría mucho mejor sin él. Lo sabía perfectamente. La dejaría marchar.

Después de la reunión del día siguiente por la mañana. Se despediría de ella y se marcharía.

De repente se le ocurrió algo. Sacudió la cabeza, No, no funcionaría. Se mordió el labio... quizá sí. Una leve esperanza brotó en su pecho. Tal vez pudiera funcionar.

Sólo había una manera de averiguarlo.

Erin se sentó, rígida de tensión, delante del escritorio de Lucas Camp. La otra silla estaba ocupada por Logan.

Se había mostrado amable y cortés con ella. Como si nada hubiera ocurrido.

¡Sentía ganas de chillar!

Pero eso no serviría de nada. ¿Acaso no había arriesgado antes su corazón por un hombre? ¿Y a dónde la había llevado eso? No volvería a pasar por aquel suplicio.

—Has hecho un excelente trabajo, Erin —la felicitó Lucas, sonriente.

—Gracias —repuso.

—Estoy seguro de que te alegrará saber que hace tres días Jeff Monteberry ha sido condenado por el delito del que a ti te habían acusado. Estás limpia. Ya no tienes antecedentes —le entregó un sobre—. Aquí está toda la documentación pertinente. Eres libre para continuar con tu vida.

Erin tomó el sobre con manos temblorosas. El inmenso alivio, el júbilo que había esperado sentir... no llegó. Jeff tenía su merecido y ella era libre. Y estaba viva. Lo cual era de agradecer teniendo en cuenta todo lo que había pasado.

—Enhorabuena.

Miró a Logan. Fue una mirada fugaz; no se atrevía a más. Pero incluso durante aquella fracción de segundo, Logan le regaló una leve sonrisa que le llegó al corazón.

—Gracias —pronunció con una voz tan temblorosa como sus manos. Sabía perfectamente que nunca más volvería a verlo. Aquello era el final.

—Una cosa más —añadió Lucas—. Logan me ha dicho que, como agente, eres una fuera de serie.

Erin soltó una exclamación que esperaba pasara por una carcajada.

Consciente de que Logan la estaba mirando, un delicioso calor la invadió por dentro. Pero no podía mirarlo de nuevo.

—Salí del paso como pude, si es eso a lo que te refieres —se encogió de hombros—. Tuve suerte.

—Oh, hiciste mucho más que salir del paso —replicó Lucas—. De hecho, creo que deberías formar parte de nuestra organización —ladeó la cabeza, observándola con atención—. Si es que estás buscando trabajo...

La oferta la puso aún más nerviosa. ¿Tanto había alabado Logan su trabajo? ¿Por qué lo habría hecho? Frunció el ceño, confusa.

El trabajo de espía... ¿sería para ella? Por fin se atrevió a mirar a Logan. Cuando sus miradas se encontraron, se estremeció visiblemente. Rápidamente se volvió hacia Lucas. Tenía que prestar atención, que pensar...

—No creo que sea la persona más adecuada para ese tipo de vida —le confesó, sincera.

Lucas asintió.

—Lo comprendo —suspiró—. Voy a sentir de verdad perder a Logan.

Erin frunció aún más el ceño. ¿De qué estaba hablando aquel hombre? Miró a uno y a otro, extrañada.

—¿Por qué habrías de perder a Logan?

—Logan insiste en que si te marchas tú, él también se irá —sonrió levemente—. Parece que ejerces un... poderoso efecto sobre él.

Temerosa de dar crédito a sus oídos, pero aterrada a la vez de no hacerlo, se volvió para mirar a Logan.

—¿Es eso verdad? ¿Realmente estás dispuesto a renunciar a todo esto por mí?

—Sin la menor duda.

Si no la sinceridad de su tono, la decisión que leyó en sus ojos bastó para confirmárselo. Una oleada de felicidad la barrió por dentro. Aquello era real. No era una actuación.

Un remolino de preguntas y posibilidades asaltó su mente. Se llevó una mano al pecho, como para tranquilizar los latidos de su corazón. Logan se la tomó, apretándosela con fuerza. Fue aquel contacto, o su mirada, o quizá ambas cosas lo que cristalizó aquel momento, tornándolo todo tan claro como el cristal. Lo amaba. Su vida estaba a su lado, la llevara a donde la llevara.

—Con una sola condición —le dijo a Lucas—. Que Logan y yo formemos equipo juntos. O somos compañeros de trabajo o no hay acuerdo.

—Me temo que no es tan sencillo —declaró Lucas, solemne—. Hay otra condición de por medio.

—No entiendo...

—Pregúntaselo a Logan. Ha sido él quien la ha impuesto.

Erin se levantó y fulminó con la mirada a Logan.

—¿A qué diablos estás jugando, dándome esperanzas para luego quitármelas? —apenas podía soportar el dolor que le atenazaba el pecho. ¿Cómo podía hacer algo semejante?

—Es un poco complicado... Verás, de repente me he dado cuenta de que no solamente quiero una compañera de trabajo. Quiero una esposa. Una esposa de verdad —esbozó una sonrisa sensual—. Cásate conmigo.

Se vio abrumada por un millar de sentimientos diferentes, pero sólo uno se impuso sobre los demás: amor. Se lanzó a sus brazos, emocionada.

—¡Sí! —se apartó para mirarlo—. Pero sólo si me besas ahora mismo.

Logan la satisfizo de inmediato.

—Gracias a Dios —exclamó Lucas Camp con evidente alivio—. Y ahora,

si os comportáis un momento, podré hablaros de vuestra próxima misión.

—Después de la luna de miel —replicó Logan entre beso y beso.

Para entonces Erin ya estaba segura de una cosa. De que para el hombre al que amaba, ella sería siempre lo primero. Y no su trabajo. Ni ninguna misión.

Fin